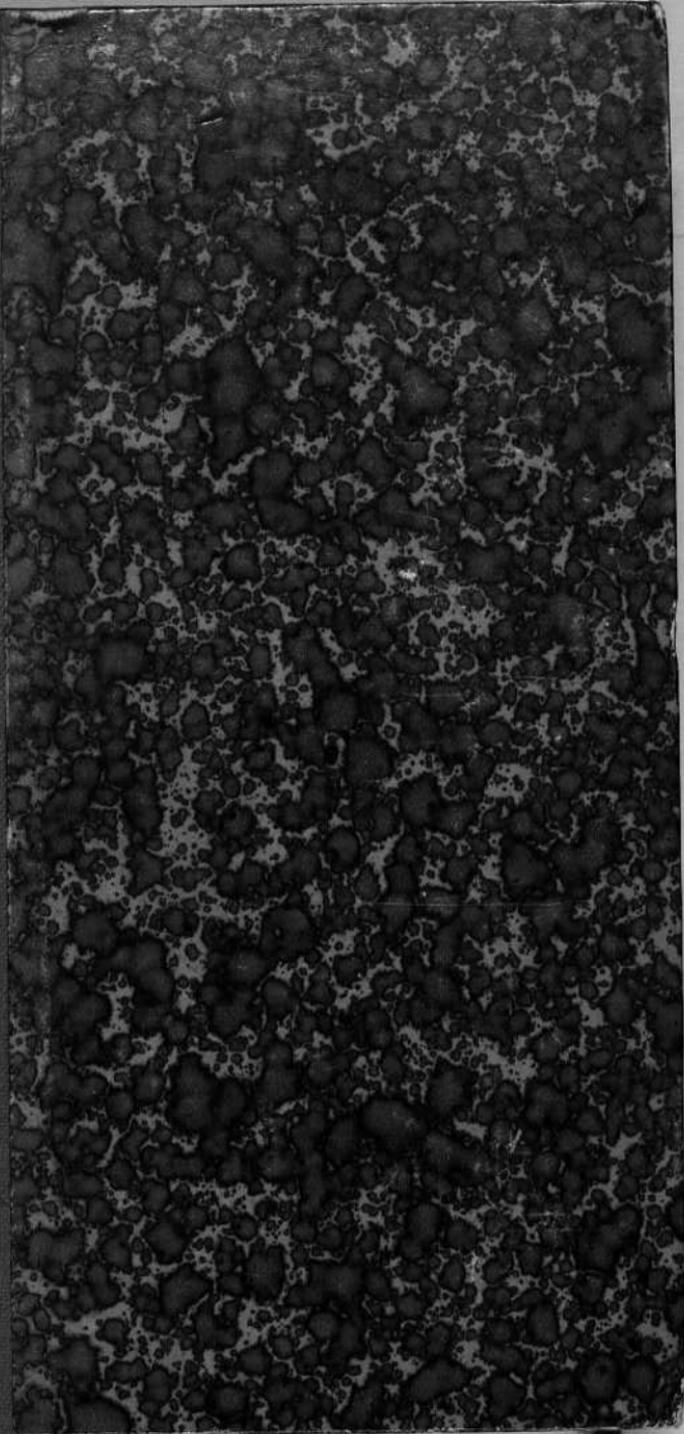
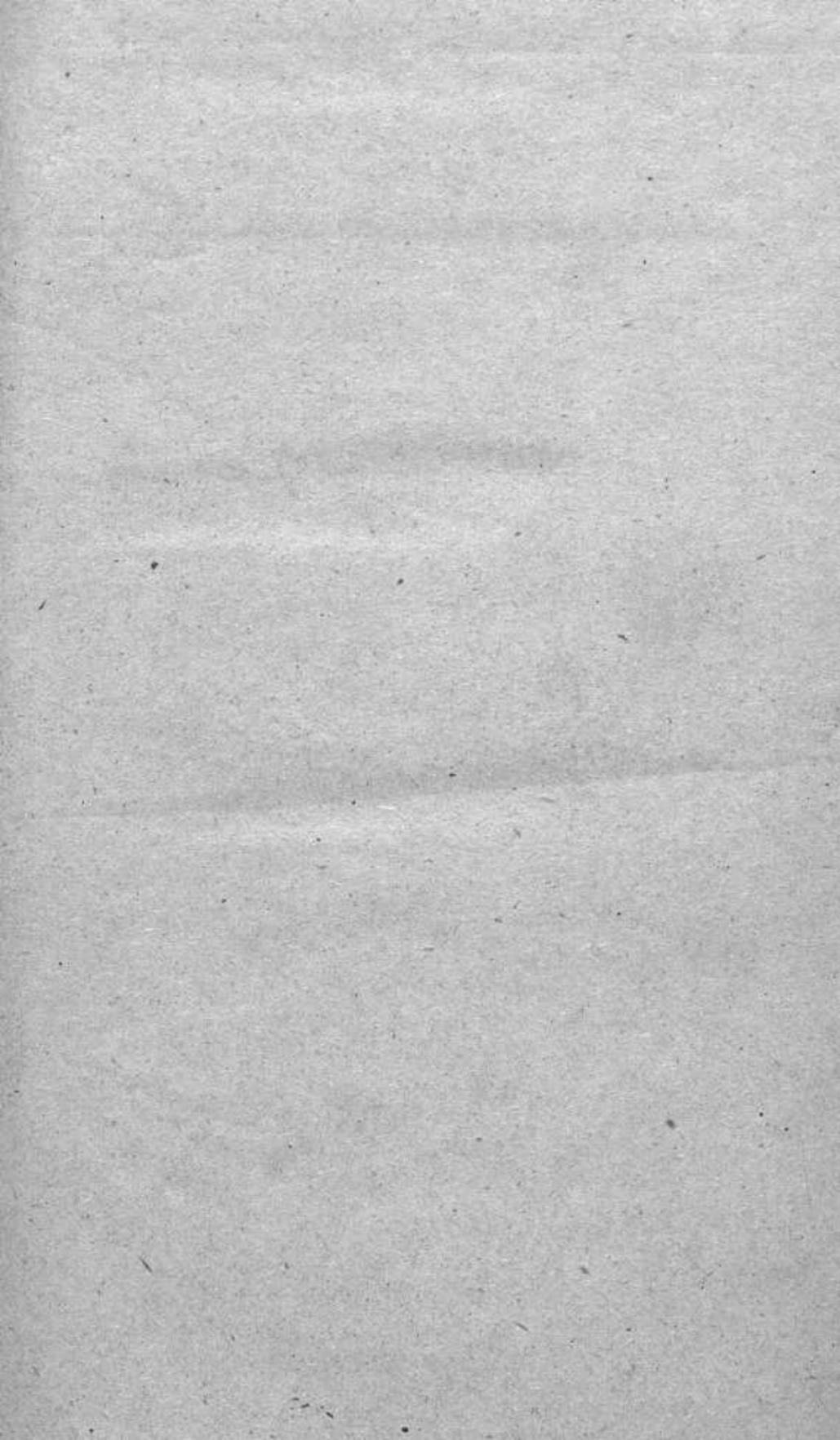


MON
1845

5







PENSANDO, SINTIENDO,
LLORANDO, RIENDO



COLECCIÓN DE POESÍAS
DE
DON FERNANDO ARAUJO
2.^a PARTE



TOLEDO
Imp. de Rafael Gómez-Menor.
1915

FERNANDO ARAUJO,

Poesías: LLORANDO



1.- A la muerte de mi amigo Agustín Solís. (1)

SONETO

(Dedicado á mis amigos
Sebastián y Ricardo Arechabala).

¡Ya no existe! ¡Murió! Triste sudario
cubre su blanca frente destrozada.
¡Murió! ¡Murió! La madre desolada
el vástago perdió tan necesario.

No tenemos ¡ay! ya aquel diccionario,
almanaque viviente; su animada
palabra fácil, tierna y despejada
nos falta, y de su gracia el formulario.

¡Oh amigos, lloremos! Angustioso
llanto en su fosa, oculta en térreo velo,
derramemos, orando á Dios piadoso.

Y sírvanos siquiera de consuelo
creer que el Dios eterno y poderoso
á nuestro amigo amado llevó al cielo.

(Salamanca, 1875).

(1) ¡Perdón para este pobre soneto! No he tenido valor para sacrificarlo, porque el hacerlo me parecía un agravio á la memoria de mi desgraciado amigo Solís, suicidado ó muerto de un tiro (nunca se ha sabido bien) á los 15 años.

2.-La guerra civil.

Dime, linda florecilla
que la pradera engalanas;
¿por qué ocultas vergonzosa
tras un tomillo tus gracias?
¿Porqué estás seca y marchita?
¿Porqué no aromas el aura?
¿Porqué tus lindos colores
el verde prado no esmaltan?
Florequilla, florecilla,
¿porqué eres tan desgraciada?
Si eres joven y graciosa,
¿porqué el amor no te halaga?
¿Cómo á la brisa anhelante
que entre tus pétalos vaga
no respondes con caricias,
cariñosa perfumándola?
Dime, dime, florecilla,
lo que entristece tu alma.
—Es que la sangre me ahoga
de los hijos de mi patria.
Son hermanos y se odian,
son hermanos y se matan.

—
Pajarillo encantador
que saltas de rama en rama,
¿porqué no alegran tus trinos
la alameda y la vegada?
La primavera principia

que llena de encanto el alma,
¿porqué, contento, su vuelta,
con entusiasmo, no cantas?
¿Porqué, si tan joven eres,
no en busca vas de tu amada,
y cantais de los amores
la estación privilegiada?
¿Porqué solo tristemente
suspiros al aire lanzas?
¿Es que te falta la voz?
¿Es que el aliento te falta?
¿Estás herido de muerte?
¿Lloras perdida esperanza?
¿Es que no escuchan tus ayes?
¿Es que á tu madre arrebatan?
—¡Ay! No es eso. Prefiriera
morir á ver inundada
la vega por tanta sangre
de los hijos de mi patria.
Son hermanos y se odian,
son hermanos y se matan.

—

Mar inmenso y proceloso,
tumba de tanta esperanza,
sepulcro de tantas glorias,
campo de tantas hazañas,
vida de ilusión perdida,
muerte de la realizada,
tú, que tornas desengaños
las que llevas esperanzas,
¿porqué el azul de los cielos
en tu extensión no retratas?

¿Porqué el dosel del Eterno
ya no reflejan tus aguas?
¿Porqué rojizas tus olas
chocan, con hirviente saña?
¿Qué pensamiento te agita
al vestirte de escarlata?
¿A dónde vas?, ¿qué pretendes?,
¿qué buscas?, ¿qué odio te llama?
¿Quién te irrita? ¿Por qué rujes?
¿Qué tu furor amenaza,
cuando tan rojos colores
salen á tu faz airada?
—Son colores de vergüenza
que la tierra ya empapada
en sangre de tus hermanos
hace vestir á mis aguas.
Son hermanos y se odian,
son hermanos y se matan.

—
Cielos, azulados cielos
teñidos de oro y de grana,
pedestal de la grandeza
del que hizo un mundo de nada,
trono del Rey de los reyes,
asiento de la alborada,
cuna del sol que da vida
y de tormentas que matan,
¿porqué tus diáfanas nubes
ostentan rojizas manchas
y, en pos de su raudó vuelo,
dejan estela escarlata?

— Porque la sangre vertida
por tus hermanos de España,
después de empapar la tierra,
sube á los cielos en lágrimas
para que Dios la maldiga
por ser sangre condenada
de esos hermanos que se odian
y, siendo hermanos, se matan.
¡Maldita guerra, la guerra
que está desolando á España!

(Salamanca, 1874).



3.-¡Rogad por ella!

EPITAFIO

Murió siendo honrada y bella.
¡Excepción sin parangón!
Sed también otra excepción:
Cristianos, ¡rogad por ella!

(Salamanca, 25-Julio-1875).



4.-A un amigo muerto.

¡Has muerto!... ¡Has quebrantado el duro
[hierro

de esta cárcel fatal!... ¡Dichoso amigo!

¡Quién pudiera feliz vivir contigo
gozando de tan plácido destierro!

¿Qué es el vivir aquí sino un encierro,
sujeta el alma al obligado abrigo
del cuerpo, que nos dieron por castigo?

¡Cómo gozado habrás al ver tu entierro!

El polvo al polvo torna... y, no sujeta
el alma de este mundo á las prisiones,
torne al cielo también, vagando inquieta

en un mundo de dulces ilusiones,
sin desengaños, luchas ni pasiones.

¡Esa dicha es la dicha más completa!

(Salamanca, 13-Agosto-1875).



5.-Los ecos de la conciencia.

Por la noche y en el lecho
sus actos examinando,
Juan se hallaba meditando
y, lacónica, del pecho
le iba una voz contestando.

—¿Qué sentí por Ascensión
al verla por vez primera,
para que un vuelco me diera
en el pecho el corazón
y todo me conmoviera?

¿Qué sentí, que mis rodillas
se doblaron con dolor
y, como débil astilla,
ví zozabrar la barquilla
de mi ser con gran clamor?

—Amor.

—¡Amor!... Es cierto, pues mi alma
sólo si estaba á su lado
se hallaba en gozoso estado;
sólo con ella la calma
volvía al pecho angustiado.

Mas ella, dime..., ¿me amó
por mí con el mismo exceso,
ó mi riqueza influyó
en su ánimo é inclinó
la balanza por su peso?

—Eso.

—No me equivoqué ¡malvada!
¡Qué desengaño tan rudo!
Toda mujer es taimada...
cuando la sirve de escudo
su belleza decantada.

De manera que Ascensión
(veamos si bien creí)
me deshizo el corazón
porque tuvo otra ocasión
de ser más rica, ¿Es así?

—Sí,

—¡Ira de Dios!... Pues ¿por qué,
si para ahogar tantas penas
á mil vicios me entregué,
me reprendes y condenas?
¡Habla, conciencia! ¿por qué?

¡El destino me arrastraba
y hacia el crimen me llevó!
¿No es culpable la que amaba,
que con mi dicha jugaba,
y al vicio me condenó?

—No.

—¡Con que no!... ¿pues no era bueno
yo entonces, puro, inocente?
¡Tan sólo por ella peno!
¡Por sólo ella me condeno!...
Se vuelve loca mi mente.

¿Qué razón por ella arguye?
¿Qué hacer al verla con otro
cuyo amor el mío excluye?

¿Qué hacer estando en un potro
que alma y cuerpo me destruye?

—Huye.

—¡Huir!... Eso es cobardía
y nunca seré cobarde,
porque la sangre se me arde
al mirar su felonía...
¡Huir, huir! ¡Es ya tarde!

Por ella fui criminal
y mi alma se perdió.
Devolviendo mal por mal,
me arrancaré aquel puñal
que de odio me llenó.

—No.

¿Con que no me vengaré?
¿Con que no la arrancaré
el corazón y la vida;
y tranquilo no estaré
ni una hora maldecida?

¿Con que ella que me mató
y que sólo goces halla
gozará,... y lo verá yo?...
¡Yo perdonarla!... ¡No, no!
Vengando el sufrir se acalla.

—¡Calla!

— Tu no sabes el dolor
que produce un desengaño...
Si se vende hasta el honor
por herir al que traidor
se complace en nuestro daño.

Se nos ennegrece el alma.
Ni honor ni virtud hay ya.
Sólo en odiar se halla calma
y, de venganza la palma
en lograr, la dicha está.

— ¡Ah!

— ¡Todo por ella!... ¡por ella!
¡Ah, conciencia!... Tú no sabes...
En mí todo bien se estrella
y, donde voy, una huella
dejo de crímenes graves.

¡Conciencia, dame un consuelo;
uno tan siquiera!... Dí:
¿Podré encontrar en el cielo
perdón para tanto duelo
cual causó mi frenesí?

— Sí

— ¡Dices que sí!... ¡Cielo santo!
¡Ah! me devuelves la vida
que miraba con espanto
en un infierno metida
de eterno y rabioso llanto.

¡Ay, conciencia!... Mas tú ignoras
todo el mal que cometí.

¡Oh! ¡Si aun sabiéndolo así
me otorgaras bienhechoras
las gracias que te pedí!

—Dí.

—¡Gracias por tu complacencia!
¡Oh! Me siento renovado
al contemplar tu indulgencia,
Si. Yo te juro, conciencia,
decirte lo que he pecado.

Y puesto que, contra el mal,
ya lucha en mi alma se entabla,
pienso que es buena señal.
No es el naufragio fatal
si logro asirme á una tabla.

—Habla.

—Aquel día en que Ascensión
me miró algo desdeñosa
sentí aquí en el corazón
cual si punzante aguijón
me rasgara alguna cosa.

Cuando con otro la ví
y á mí no me dijo «ven»,
temblando á casa me fuí

y allí lágrimas vertí
y no sé qué más también.

—Bien.

—

—Pasado el primer momento
de mi negra situación,
me encontré sin corazón,
sin alma, sin sentimiento,
sin conciencia y sin razón.

Lloré, pateé, reí.
La sangre se me saltó.
Yo no sé lo que sufrí.
Estaba fuera de mí
y yo entonces no era yo.

—¡Oh!

—

Y *aquí*, en vez del corazón
que latidos de amor lanza,
¿sabes qué hallé á la sazón?
Un abismo... ¡Maldición!
en un infierno... ¡Venganza!

Y juré vengarme de ella,
maldiciendo á la taimada
ante su traición malvada
que mi amor y vida estrella.
¿Qué hacer con mi alma enconada?

—Nada.

—

—¡Nada! Conciencia, es muy poco.
Era necesario obrar;
y, para vivir, vengar.
Si amé la vida cual loco,
la vida amé por matar.

Desde aquel día inaudito,
sin que el pesar se mitigue
está de hacerme maldito...
y, delito tras delito,
el mal siempre me persigue.

— Sigue.

— Pronto ocasión encontré
y asesiné á mi rival.
Y, ya en la senda del mal,
con locura la crucé
desde el principio al final.

Los garitos frecuenté,
las tabernas recorrí,
á las mujeres me dí,
y sin nada me encontré.
¿No era duro verme así?

— Sí.

— Nunca quise mendigar;
y, como sólo en orgías
olvidaba mi pesar

y negras melancólicas,
llegué á pensar en robar.

La vez primera salí
al campo miedosamente,
un viajero descubrí...
quise huir... retrocedí...
y contra el mal fuí impotente.

—¡Tente!

— Después, ... crímenes sin cuento
horribles se amontonaron...
¡Conciencia!... Yo me arrepiento.
¡Ay! No sabes lo que siento
las maldades que pasaron.

Una vez... ¡Nunca lo olvido!
¡De horror me tapo la cara!
á un anciano desvalido
maté... y á su hijo querido
mi odio jamás repara.

—¡Para!

— Las sombras me perseguían
de muertos y despojados.
Me agarran, huyen, me espían,
me miran horrorizados
y más que el hielo me enfrían.

Hay veces que, de sufrir
harto ya, la muerte invoco;
y, decidido á morir,
deja el pecho de latir
y un arma en mi sien coloco.

—¡Loco!

—¡Oh! Yo no sé como vivo;
no sé cómo tengo aliento;
ni estoy tranquilo, ni siento.
Y no encuentro lenitivo
que mitigue mi tormento.

¡Ah! Tu bien me lo decías;
mas sólo lo ví después.
No pasara yo agonías,
si tu grito, en mis orgías,
no hubiera oído al revés.

—¿Ves?

— Lo veo, sí... ¿Será tarde?
¿Venceré la tentación?
¡Ah! Yo he sido muy cobarde;
no supe, con tanto alarde,
resistir á mi pasión.

¿Cómo podré mitigar
la pena que me devora?
¿Qué he de hacer para ahuyentar

y de mi pecho borrar
mi tendencia destructora?

—¡Ora!

—¡Orar! Santa expiación
que limpia el alma de cieno,
que hace bálsamo el veneno
y sana el corazón
convirtiendo el malo en bueno.

¡Ay! ¿Podré con oraciones
marchar de la dicha en pos?
¿Quién me otorgará esos dones
santos, que llaman perdones,
al dar á la vida adiós?

—¡Dios!

(Salamanca, 24-Agosto-1875).

Orn

6.-La Maldición.

I

Un ángel baja; flameante acero
luce en su diestra con sin par fulgor;
roja nube le ciñe entre sus pliegues;
ígneas alas condúcenle veloz...
¿Dónde va? ¿qué pretende? ¿qué amenaza?
¡Oigamos!—¡La oración!

¡De rodillas!... Los fieles fervorosos,
de la campana acuden al clamor;
y en el templo resuenan las plegarias
que en murmullo se elevan al Señor.
¡Qué hermosísimo es cerrar los ojos
y, orando, ver á Dios!

La campana nos llama... ¡De rodillas,
impíos, de rodillas!... ¡que habla Dios!
El ángel en la cúspide se postra,
cambia la roja nube de color
la espada pierde su acerado brillo.
¡Recemos la oración!

Aún dobla la campana... El ángel ora,
la nube en gotas sube hasta el Señor,
la espada en cruz se torna, que, en sus brazos,
ofrece al mundo entero protección...
La campana se calla...; y el murmullo
cesa de la oración.

II

Álzase el ángel; cúbrele la nube,
el acero recobra su fulgor...
— ¡Vamos! exclama el ángel; y, en la selva,
— ¡vamos! repite misteriosa voz...
Y vuela el ángel y la nube vuela...
Y se paran los dos.

A la puerta de espléndida morada,
un pobre grita hambriento: ¡Pan, por Dios!
y dentro se oye el ruido del banquete
y fuera ruge el viento con furor...
—¡Aquí!—el ángel exclama, fulminando
terrible maldición.

—

La espada brota círculos de fuego,
la nube incendia la feliz mansión...
y dentro se oyen espantosos gritos,
y fuera brama el viento con furor...
Después no se oye nada; vése sólo
de ruinas un montón.

.....
.....

Álzase el ángel; cúbrele la nube;
lanza el acero su fatal fulgor
—¡Vamos!— exclama el ángel; y, en las ruinas,
—¡Vamos!— repite misteriosa voz.
Y vuela el ángel y la nube vuela
y se paran los dos.

—

Es una cueva oscura y silenciosa;
en el vil agujero de un rincón,
se ve brillar el oro y, á sus plantas,
torpe viejo rendirle adoración...
—¡Aquí!—el ángel exclama, fulminando
terrible maldición.

—

El viejo se retuerce entre las llamas
en que envuelve la nube su mansión.
Se funde el oro... y trágalo el avaro,
quemadas las entrañas por su ardor,
y, á poco, no se ve sino entre el polvo
un horrible carbón.

.....

.....

Y vuela el ángel otra vez blandiendo
la espada del castigo del Señor;
y la nube le envuelve entre sus pliegues,
roja estela de luz dejando en pos;
y ángel y nube en el espacio avanzan...
Y se paran los dos.

—

De una sala alfombrada muellemente,
grupos obscenos véense en derredor,
y en impúdicos lechos abrazarse
lascivas damas y hombres sin pudor...
Se oye el silbido del ardiente rayo
y luego... ¡maldición!

—

Chocaron los tabiques; los cimientos
de la casa se hundieron con fragor;
y hombres, mujeres, lechos, todo, todo,
como una astilla ardió y se consumió;
y al lucir de la aurora sólo vióse
humo y desolación.

.....

.....

El ángel del castigo sigue impávido
cumpliendo sin descanso su misión;
y la nube le cubre entre sus pliegues,
y sus alas condúcenle veloz.
Y vuela el ángel y la nube vuela...
Y se paran los dos.

—
Óyense imprecaciones y dicterios,
se escucha blasfemar... ¡negar á Dios!...
—¡Aquí!—prorrumpe el ángel irritado,
entrando del impío en la mansión...
Se oye el ruido del trueno,... luégo un grito
y luégo... ¡maldición!

—
Lo que quedó del blasfemante incrédulo
nadie jamás lo ha visto ni lo oyó...
Sólo una carcajada, en los abismos
de la tierra, un instante retumbó...
Y temblaron las olas en su seno...
y el viento se paró

.....
.....

III

El ángel marcha;... síguete la nube;
la espada lanza su postrer fulgor...
y á lo lejos se escucha una campana
que á Dios invoca en temblorosa voz...
¡De rodillas!... ¿Qué es esto?... ¡Nadie acude
á rezar la oración!

Desierto el templo está; nada se escucha;
tan sólo el ángel ruega con fervor;
la voz de la campana no halla un eco
y muere, al fin... Y mira en derredor
el ángel, y no encuentra ser viviente
que rece la oración.

—¡Basta!— dice al alzarse... Cae la espada;
la nube se disipa cual vapor...
el ángel vuela solitario y triste...
y cada vez su vuelo es más veloz...
y, al fin, entra en el cielo y á Dios dice:
—¡He cumplido, Señor!

(Salamanca, 1874.—San Sebastián, 1905).



7.-¡Sin madre!!

No ya santas caricias, pobre Adela,
sentirás en redor;
ni escucharás la dulce melodía
del maternal amor...

Ya no dirás «mamá», con blando acento
de tierno amor filial;
y, si lo dices, sonará á lamento
de pena sin igual.

Te dirán muchos hombres que te quieren:
¡No te hagas ilusión!
Estás sola en el mundo, pobre niña;
¡Sola con tu dolor!

(Tejares, 1874).

QmC

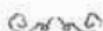
8.-Lamentos.

Lamenta el pobre su suerte
que disipa su esperanza;
y á lamentar bien no alcanza
el rico su fatal suerte.
Del más débil al más fuerte
y del hastiado al hambriento,
ninguno se ve contento;
y, del mortal afligido,
es de la vida el latido
intermitente lamento.

Todos, todos los humanos
fatalmente se lamentan,
sin que nunca el pecho sientan
tranquilo bajo sus manos.
Nacen... ¡lamentos insanos!
Viven... ¡costantes lamentos
de dudas y sufrimientos!
Mueren... ¡suerte bendecida
si, al fin, les da nueva vida
en la que no haya lamentos!

Y el mundo ¿qué es? Del Señor
una lágrima infinita
que hizo la ambición maldita
brotar de Luzbel traidor;
lágrima que el Creador
recoge á todos momentos,
llevada de eternos vientos
en gotitas y vapores
que son suspiros, dolores,
ayes, quejas y lamentos.

(Salamanca, 1875.—Argelés, 1906).



9.-A Cervantes.

ELEGÍA

...Porque no hay bronce
ni mármol ostentoso
bastante de la tierra en las entrañas
para escribir tu gloria y tus hazañas.
(Alfredo G. Dóriga).

Musas, venid, llegad: el sacro fuego
de inspiración divina
prestadme, yo os lo ruego;
vuestra voz argentina,
vuestra lira también, dádmela luégo;
y del fondo del alma haced que brote,
inspirado y brillante,
canto al autor del inmortal «Quijote».

Bajad del almo imperio,
en que asentais la planta peregrina,
al triste cementerio
do sus huesos reclina
el inspirado autor de «Galatea».
La cítara preciosa
de fúnebre crespón cubierta sea;
y una armonía triste y quejumbrosa,
cual el tierno alarido
que amante madre lanza
cuando á su hijo pierde más querido,
sus cuerdas preludiando vibradoras,
el sueño eterno arrulle de Cervantes,
para hacerle olvidar sus negras horas.
Me direis que pequeño
soy yo para cantar gloria tamaña,
que no cabe en España
ni aun en el fausto día
en que en España el sol no se ponía;
mas, si el dolor me abruma,
si el sentimiento brota de mi pecho
como en el mar deshecho
brotan las olas nacarada espuma,
si, para mí, Cervantes,
gigante entre gigantes,
es el genio inmortal por quien el nombre
de España vivirá perpetuamente,
como vive el renombre
de Grecia por Esquilo y por Homero,
¿porqué no he de pulsar con entusiasmo
las cuerdas armoniosas de la lira,
para que de ellas salga lastimero
el triste canto que el dolor me inspira

al ver sujeto á la mundana suerte
al genial creador de «Don Quijote»,
que libre estar debiera de la muerte?
Sí; cantaré..., aun pigmeo
como soy; y del canto quejumbroso
cada estrofa doliente
será, del giganteo
pesar que me anonada luctuoso,
una lágrima ardiente,
un inmenso gemido,
un suspiro entre preces escondido,
que, las nubes de azul, cruzando, y gualda,
formarán la guirnalda
que á los pies del Eterno depositen,
y que, allí recogida por la mano
del sumo soberano,
bajará, en bendiciones convertida,
á la tumba escondida
do los restos reposan aun triunfantes
de aquel genio inmortal, del gran Cervantes.

—

¡Llor eterno al vate renombrado,
que ora la lira manejó armoniosa,
ora empuñó la espada del soldado,
llevando victoriosa
corona de laurel siempre ceñida
á su arrogante frente,
ora al soplo movida
de las nueve habitantes de Helicon,
ora al soplo inclemente
de la furia guerrera de Belona

y, sin que nunca agote
 el caudal de su fuerza ó de su canto,
 aquí el autor se llama del «Quijote»
 y allí el insigne *manco de Lepanto*.
 »¡No hay, no, bronce precioso
 »ni mármol portentoso
 »bastante de la tierra en las entrañas
 »para escribir su gloria y sus hazañas.

¡Gloria á tí! ¡Gloria á tí! Cuando medito
 sobre el moderno mundo,
 y ante el progreso eterno é infinito,
 que canto, me confundo,
 parece que el sepulcro se derrumba
 do tus cenizas ya reposan frías;
 y te veo, con miedo, de la tumba
 alzarte cual espectro pavoroso,
 y en tus cóncavas órbitas vacías
 brillo impotente destellar brioso,
 y, revolviendo en torno la mirada
 del anchuroso mundo,
 sumergirte de nuevo en el profundo,
 soltando una siniestra carcajada.

.....

Si vivieras aún... ¡cómo tus dotes
 lucieras con gallarda donosura,
 modernos escribiendo otros «Quijotes»
 que de esta edad curaran la locura!

(Salamanca, 30-Mayo-1875).

10.-La ausencia.

I

¡Cómo el alma de gozo se enajena
al escuchar el maternal acento
que mitiga del ánimo la pena,
cuando un revés de la fortuna aleve
convierte la alegría en sufrimiento!
¡Ay!... ¡Cómo se conmueve,
cuando, con ruego blando,
nos indica la senda bienhechora
que debemos seguir á cada hora;
y, gravedad el rostro aparentando,
sorprende con dulzura
ya del alma la súbita amargura,
tan sólo para ella perceptible,
que á veces sale á nuestro rostro inquieto,
ya el oculto secreto,
ya juvenil desliz poco temible
del que ni aún quedan en la mente trazos,
reprendiéndonos siempre cariñosa,
si, al regresar en noche tempestuosa,
no volamos ansiosos á sus brazos.

—

Cada palabra suya es gota suave
del elixir que calma nuestro duelo.
¡Sólo la madre componerlo sabe!
siendo su voz conmovedora nota,
robada de la música del cielo,

que del raudal inextinguible brota
del cariño que corre en sus entrañas;
y es su grata sonrisa
tan dulce como el soplo de la brisa,
tan pura cual la flor de las montañas.

II

¡Cómo el pecho se explaya,
cuánto disfruta el alma soñadora
al ver cómo, en el mar, desde la playa,
se hunde del sol la luz deslumbradora
envuelta entre fosfóricos celajes,
besando de las olas las espumas,
ó velada tal vez por los encajes
de vespertinas brumas!

—

Quizá entonces nos llama
la virgen seductora que nos ama,
y acudimos ansiosos á su ruego
brotando el alma fe y el pecho fuego.
¿Qué es ante su hermosura la belleza
del panorama que momentos antes
sublime nos mostró Naturaleza?
Lo que el hombre ante Dios: de arena un grano
indigno del destello soberano.
Al mirarla, desbordase en el pecho
el corazón, rompiendo sus prisiones,
como el mar rompe su encauzado lecho
al zumbar de rugientes aquilones.

¡Qué dicha contemplarla hermosa y pura
prometernos de amor tiernos consuelos!
¡No trocáramos, no, nuestra ventura
por la inmortal ventura de los cielos!

Es buena como un ángel. Yo la adoro
como el céfiro adora á la fior gaya,
más que el avaro sus montones de oro,
más que el Océano la arenosa playa,
más que la aurora el matinal rocío,
más que el silencio la tranquila noche,
más que las sombras el jaral umbrío,
más que la abeja de la flor el broche,
más que la luna á la fulgente la estrella,
más que el desierto la empinada palma,
más que la luz á la fugaz estrella,
mucho más que la vida quiere al alma.

III

Pero ¡Ay!... Yo ya no siento la caricia
de mi madre en mi frente acalorada...
Ya no escucho su voz que es mi delicia...
¡Oh destino, de entraña despiadada!
¿Porqué me apartas de mi madre amada
con feroz regocijo?
¡Tú no has sido jamás de nadie hijo,
ni de nadie jamás podrás ser padre!
¿Y mi virgen, mi prenda más querida?
¡Ay, que también la ausencia
me ha privado cruel de su presencia
arrancándome un trozo de la vida!

¡Ah, pérfido destino!
¡Tú te complaces en mi triste duelo,
cual si fuera mi sino
vivir sumido en hondo desconsuelo,
lejos de lo que adoro,
de mi mejor, de mi único tesoro!

(Salamanca, 10-Junio-1875).

o

11.-El adiós del desterrado.

Cuando la tarde declina
y, en voluptuoso desmayo
se hunde en la playa vecina,
con la aurora vespertina,
del sol el postrero rayo;

—
Cuando en su túnica blanca
la luna envuelta graciosa,
como virgen misteriosa,
del lánguido Oriente arranca
con carrera silenciosa;

—
Cuando todo se ve muerto,
en las horas de tristeza,
una nave cruza el puerto,
rompiendo el mudo concierto
con gallarda gentileza.

—

¿Dónde va? ¿Qué genio mueve
sus cándidas alas bellas,
blancas como ampos de nieve
que agita la brisa leve
con requiebros y querellas?

¿A dónde el incierto paso
mueve la frágil barquilla?
¿Por qué su blanca toquilla
flota al viento? ¿Irá al acaso
donde la lleve su quilla?

No... que su paso acelera
cual si anhelara el instante
de hundir su áncora flotante
en la costa, que la espera
con su faro rutilante.

Ved en la popa aquel hombre,
con el rostro demudado,
mirando al mar desolado...
No preguntéis por su nombre.
Es... un pobre desterrado.

Cuando ilumine la Aurora
la extensión azul del mar,

será llegada la hora
dolorosa de dejar
la patria que tanto adora.

—

No sé por qué es condenado...
Ignoro cuál es su crimen...
no sé á qué tierra es llevado...
Sólo sé... que es desterrado
y que las penas le oprimen

—

Con lágrimas en los ojos
fué al capitán á pedir
le dejara despedir
de sus padres ¡y, de hinojos,
el permiso llegó á oír.

—

Por eso va en la barquilla,
que su marchar acelera;
por eso mira á la orilla,
allá... donde una luz brilla,
donde su madre le espera.

—

Ya llegan;... ya un negro bulto
en la playa se percibe
entre las nieblas oculto...
que, con rostro de insepulto,
al desterrado recibe.

—

Todo en silencio dormía,
cuando su proa, con brío,
el bote en la arena hundía.
Se oyó un grito: ¡madre mía!
y otro respondió: ¡hijo mío!

Rompe nervioso sus lazos
el desterrado, y se arroja
en los maternos brazos...
No sé si aquellos abrazos
fueron sólo una congoja.

Hasta la pálida luna
tras la nube se estremece
y más y más palidece...
¡Quizá la nube es alguna
lágrima que la oscurece!

Unidos en dulce nudo
van los dos á una casita...
Hasta el carcelero rudo,
de dolor se limpia, mudo,
una lágrima bendita.

Ya el desterrado y su madre
entran en la blanca casa;
se oye un gemido que abrasa
el pecho, y un grito: ¡padre!
Los ojos el llanto arrasa.

—

Es un anciano encorvado,
con un pie en la negra tumba...
¡Ay! más negro es su cuidado,
que hará que pronto sucumba
viendo á su hijo desterrado.

—

Llorando, llega la hora
de partir... ¡hora maldita!
La escena es desgarradora.
¿Qué quedará en la casita?
¡Sólo una madre que llora!

—

¡Es preciso!... Aun cuando el pecho
se desgarre en un gemido.
El anciano está en el lecho;
quiere alzarse, verse unido
con su hijo en lazo estrecho.

—

El hijo corre, le abraza...
El anciano le detiene...
La hora de partir ya viene
pero ¿quién los desenlaza?
¿quién para eso valor tiene.

—¡Vamos!—dice el marinero.
—¡Nunca!—el anciano responde,
nunca; la muerte primero.
Y una lágrima se esconde
con su puño el carcelero.

Es preciso—dice—¡Vamos!
—¡Mi hijo!... ¡nunca! ¡no! ¡fuera!
barbota la madre fiera.
—¡Por Dios! ¿á qué nos cansamos?
El deber no admite espera.

—¡Es mi hijo!, en voz extraña
prorrumpe ronca del llanto;
—Ha salido de mi entraña.
Y, muda por el espanto,
se aferra al hijo con saña.

—¡Por Dios!, señora, ¡es preciso!
—¡Madre, que lo manda el rey!
—¡Tú también!... ¡Tú!—Dios lo quiso!

—¡No!, prorrumpe de improviso:
¡Para las madres no hay ley!

.....
.....

—
Vuelve el hijo á la barquilla
que entonces sin fuerza flota;
y, á poco, mira en la orilla
un bulto, que el viento azota,
inclinada la rodilla.

—
Y, al verle orar, también reza;
hasta que, á un tiempo los dos
levantando la cabeza,
gritan con honda tristeza
—¡Hijo!... ¡Madre!... ¡Adiós!... ¡adiós!...

.....
.....

—
Luégo, escuchóse un gemido;
á poco, un sordo ruido;
era un cuerpo que rodaba
mientras, por el mar batido,
el bote en él se engolfaba.

.....
.....

Cuando la noche profunda,
 viendo del sol los reflejos,
 huyó de la sombra en pos,
 se oyó una voz moribunda
 que aún repetía á lo lejos
 «¡Adiós, hijo mío... adiós!»

.....

(Salamanca, 18-Junio-1875).

Q. S.

12.-El máscara roja.

Tambores redoblan con rancos acentos,
 trompetas anuncian terrible pregón,
 y mugen las olas y braman los vientos;
 redobles,
 mugidos,
 pregones,
 bramidos
 que el eco repite con lúgubre son.

—

Y rasga las nubes fulgúrea serpiente,
 y ruge en los aires del trueno la voz,
 y baja del monte bramando el torrente;
 y todo,
 temblando,
 se queda
 esperando
 que un trago la tierra se trague veloz.

—

Tañidos se escuchan que al pueblo convocan,
y el pueblo á la plaza concurre en montón,
y lúgubres ruidos las mentes alocan;
y el miedo
perturba
la turba,
que un credo
entona agitada por triste emoción.

¡Silencio! que el heraldo, con un pliego en la
[mano,
del eco de los valles reclama la atención;
pongámonos en fila y oiremos más cercano
el que el clamor anuncia mortífero pregón.

Así dice: «Hoy reunido
»el gran consejo de guerra,
»al de la máscara roja
»por vil y traidor condena;
»y á todos nuestros soldados,
»y á todos cuantos le vean,
»donde quiera que le encuentren,
»matarle se les ordena,
»dando merecido premio
»al que entregue su cabeza».

Calló el heraldo. En el cercano monte
fantástico jinete se dibuja,

cual si cruzara el límpido horizonte
cabalgando en bastón horrible bruja.

Cubre el semblante tras la tela roja
que hizo su nombre célebre en la tierra;
y las pupilas que tras ella aloja
rayos fulminan provocando á guerra.

Apenas el heraldo concluido
su pregón hubo, cuando hendiendo airada
el espacio, se oyó como un rugido
estallar estruendosa carcajada.

Miró el heraldo
tras el tropel;
y, al ver la máscara
con su corcel,
tan sólo pudo
decir: «¡es él!»
Y cayó muerto
con su papel.

Los dientes chocan; el fusil empuñan;
en oleadas súbeles la sangre;
pero nadie se atreve al caballero;
que una vez y otra vez grita: «¡cobardes!»

El pánico las almas señorea
y el pueblo tiembla como caña frágil
y los soldados mismos se estremecen,
la tormenta y el máscara espantándoles.

—

Marcha el máscara roja. El jefe ordena
darle persecución hasta alcanzarle;
pero nadie se mueve; tal el miedo
pudiera los sentidos embargarles.

—

Al fin, uno, de las filas,
sale hirviendo de furor;
y por su madre, ya muerta,
jura matar al traidor.
Dánle un caballo brioso
dánle de armas un montón;
y todos al cielo piden
que le torne vencedor.

—

Monta luégo; las riendas recoge;
y, empuñando con loco furor
férrea lanza, con vívido arrojó,
tras la máscara roja voló.

—

Y cruzó la montaña vecina
resoplando el gallardo alazán,

y hacia el bosque su paso encamina,
sangre, ansioso, pidiendo en su afán.

Cruzó el bosque; la máscara mira
media milla delante avanzar;
y, en sus ojos brotando la ira,
la pretende impetuoso alcanzar.

Del caballo al sentir el galope,
hizo el máscara al suyo volver,
esperando impertérrito el tope,
cual si cierto tuviera el vencer.

Pero, al ver del soldado el semblante,
cual un niño se puso á temblar;
y, lanzando el caballo adelante,
ya tan sólo pensó en escapar.

Y el soldado, engreído, volaba,
la distancia creyendo acortar,
aunque el máscara pronto lograba
el terreno perdido ganar.

Los caballos soplaban furiosos,
roja sangre tiñendo su hijar,

con los belfos colgando espumosos,
de aquel rudo y feroz galopar.

—

Al fin, se detiene el máscara
junto á una sima profunda,
y aguarda tranquilamente
al que venía en su busca;
quitándose la careta
que su fiero rostro oculta.
El soldado sin mirarle,
corre á él con mayor furia.

—

Enristrada la lanza, hinca la espuela
en los hijares del valiente bruto;
y, al encuentro del máscara audaz vuela,
creyendo piense en evadirse astuto.

—

Y llega y le acomete al tiempo mismo
que el máscara hacia él tiende la mano.
Le hiere;... pero, al verle, grita: «¡hermano!»
y juntos ruedan al profundo abismo.

(Salamanca, 16-Julio-1875).



13.-¡Todo negro!

Era bella y la amé; feliz me hizo
y su negro rizo dióme., ¡cruel engaño!
¡Así tuvo que ser el desengaño!
Dejó mi alma más negra que aquel rizo.
Hoy estudio; entre libros me deslizo...
Pero ¡ay! que si algo aprendo es en mi daño;
y acosado por un temblor extraño,
en cada libro encuentro un bebedizo.
Quiero dejar de ser un hombre oscuro
por ver si con la luz algo me alegro;
pero... ¡hace falta oro! ¡negro apuro!...
¡Ay! De tanto sufrir no me reintegro...
Negro el pasado está,... Negro el futuro,
y... negro es el presente... ¡Todo negro!

(Tejares, 1875).

o r n o

14.-Hora triste.

¡Solo estoy!... y mi frente casi helada
se inclina con pesar
sobre una mano fría y descarnada
que apenas ¡ay! la puede soportar.

Un libro aquí,... allí, otro;... unos papeles...
 la pluma y un quinqué.
 ¡Ciencia,... luz,... ilusiones... ¡oropeles!
 ¡*Vanitas vanitatum!*... ¡ya lo sé!

—

Aquí está su retrato... ¡es muy hermosa!
 ¡Copiada á perfección!
 ¡Si el alma se copiase!... ¡Linda cosa!
 ¡Medicina del mal de la ilusión!

—

¡Ay infeliz del que en el mundo fia
 sin creer su doblez!...
 ¿Es santidad, locura ó... poesía?
 ¡Quizá son las tres cosas á la vez!

(Salamanca, 1878).

© 1878

15.-Sic transit...

Flores, aromas, luz, sueños dorados.
 ¡Amor!, con cuyos goces yo soñé.
 Amor, aromas, luz, flores y sueños,
 ¡Todo se fué!

Abnegación, cariño, sacrificios,
 ¡Amistad!; que en mis sueños columbré.
 Amistad, sacrificios y cariños,
 ¡Todo se fué!

—

Libros, verdades, sabios, nombre, gloria.
 ¡Ciencia!, á que mis desvelos consagré.
 Ciencia, libros, verdades, gloria, nombre
 ¡Todo se fué!

—

Gozar, sufrir, soñar, estar despierto,
 ¡Vida!, por la que paso tanto afán...
 Vida, goces, tristezas, desengaños,
 ¡Todo se irá!

(Alba de Tormes, Julio-1876).



16.-La muerte de una ilusión.

¡Bellísima!... Los ojos entornados
 de hermoso azul celeste;
 pálidas las mejillas cual la cera;
 envuelto el cuerpo en vaporosa veste...
 Así la Ilusión yace, inmóvil, fría,
 sobre un lecho de flores.
 Su madre, la brillante Fantasía,
 su padre, el Corazón tierno y sensible,
 inconsolables, á la par la lloran...
 ¡Escena indescriptible!

—

¡Muerta! ¡Por siempre muerta! ¡El desengaño!
 clavó bien su puñal!... ¡Triste destino,
 pobre Ilusión, el tuyo!
 ¡Hallar, para tu daño,
 en la flor de tu edad un asesino!
 ¡Pobre Ilusión! ¡Pobre Ilusión! Tu pecho
 helado está; ya no alzan sus latidos
 á compás la cubierta de tu lecho;
 tu aliento de un espejo ya no empaña
 el límpido cristal. Sólo gemidos
 se oyen en tu alrededor... ¡Qué triste suerte,
 pobre Ilusión, hallarte sorprendida,
 al gozar del encanto de la vida,
 por la mano implacable de la muerte!

(Salamanca, 20-Julio-1878).



17.-A una madre con motivo de la muerte de su hija.

¡No llores, madre! Piensa en que á tu hija,
 fruto de santo amor,
 no puede haber ya nada que la aflija
 sino el llanto en que estalla tu dolor.

—

¿No la adorabas tú? ¿No era tu anhelo
 su eterna dicha hacer?
 Y ¿dónde más feliz que allá en el cielo
 tu hija puede ser?

—

¿No era un ángel? Pues ¿dónde, un ángel siendo,
pudiera estar mejor
que entre ángeles y vírgenes viviendo,
de Dios gozando el infinito amor?

(Madrid, 18 Febrero 1900).



18.-Impresiones.

¡Ah!
Me despierto. Pregunto... ¡Muerta ya!
La ví;
fué un momento de angustia para mí.
La miré;
como el mármol, de frío, me quedé.
Quise rezar;
no logré sino sólo sollozar.
Me hicieron salir;
no acerté ni siquiera á resistir.
Un golpe resonó;
la tapa de la caja se cerró.
Quise de nuevo mirar;
la puerta tras de mí sentí cerrar.
Pasos y ayes escuché;
sacaban el cadáver, y temblé.
Estrépito de coches se movió;
me asomé; la llevaban... ¡Se acabó!

(Madrid, 20-Febrero-1914.)



19.-A la abuelita, con motivo de su muerte.

Ejemplo de matrona castellana,
en todo fuiste de virtud modelo;
llegó tu hora y remontaste el vuelo
y de sierva pasaste á soberana.

De espíritu y de cuerpo siempre sana,
toda pena á tu lado halló consuelo
y tu vida viviste en este suelo
ingenua, justa, enérgica, cristiana.

Tan seguros estamos de tu suerte
que, al echarte de menos, abuelita,
sólo acertamos en la gloria á verte
y de la Virgen siendo favorita.

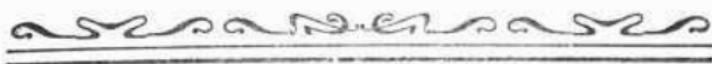
Pide á Dios nos proteja, alma bendita,
ahora y en la hora de la muerte.

(Madrid, Febrero-1914).



FERNANDO ARAUJO,

Poesías: RIENDO



1.- La Maja.

(PIE FORZADO)

Ja { —que es el chulo que su andar feste—
—carandoso en un tropel te empu—
beque al noble pinta y al granu
más precisa que uno le prote
rabe cuando quiere es en su re
quecas pasar hace á cualquier bru
rras hace del cuerpo y nos estru
lea haciendo del mortal que ve
más nadie ni nada le acongo
bón con guasa désele, y te enca
retón en tu cuerpo, si se eno
speado muy bien por su nava
ranas busca, en fin, donde se mo
cinto.—Y ¿quién es ella? Pues la ma } ja

(Salamanca, 8-Agosto, 1875).



2.- La virtud.

¿Has visto tú una niña ataviada
con blanco y limpio traje, candorosa,
que, al hablarte, se pone ruborosa,
y baja su mirar?

—No he visto nada.

—¿No la has visto en el templo, arrodillada,
por el que sufre, orando, fervorosa,
y tentación venciendo peligrosa?

—Nada de eso se ha expuesto á mi mirada.

—¿No la ves de los pobres á la mesa
ofreciéndoles dulces alegrías

y haciendo á los enfermos la promesa
de eterna dicha, allá, en sus agonías?

—¿Se llama la virtud?—

—Sí.

—Cesa, cesa:

La virtud ya no existe en nuestros días.

(Salamanca, 15-Agosto-1875).



3.-Epigrama.

Conversaba el rey de Francia,
que, entonces, Luis catorce era,
de la gran nación ibera

con hispano embajador;
y, en su discurso, exaltado
por un triunfo muy reciente,

dijo con voz imponente:

—Iré á Madrid; ¡por mi honor!

—No hay inconveniente; ¡id!

dijo, altivo como el Cid,
el embajador ibero.

¡También estuvo en Madrid
el rey Francisco primero!

(Salamanca, 1873).

4.- El amor.

¿Qué es el amor —Preciosa sinfonía.
compás de seis por ocho; tres bemoles...
Es un dúo del cielo entre dos soles,
lleno de gracia, encanto y armonía.

Así un gran dilettante discurría,
sacudiendo del polvo los charoles
de sus botas lucientes cual crisoles,
mientras los lentes, grave, se ponía.

—¡Ay!— seguía con aire inteligente,
viendo que hacía efecto su andanada:
El amor, ... el amor... ¡cosa excelente!
es música del cielo.

—Estropeada,
replicó un chusco.

- Sí, dije valiente,
música celestial; es decir, ¡nada!

(Salamanca, 13-Agosto-1874).

2

Q. M. S.

5.- El tabaco.

Habano ó filipino... ¡poco importa!
formas distintas de la misma esencia,
matices de un color, items de herencia,
troncos diversos de la misma corta.

Cuando os aspiro, mi alma se transporta
á una región de mágica opulencia,

en que todo es deleite y somnolencia,
y en la que el alma permanece absorta.

Os debo el ser poeta y ver en lirios
y azucenas la frente convertida
de la mujer que causa mis martirios;
os debo los encantos de mi vida,
mis ilusiones y tresmil delirios;
y;... con fumaros, ¡cuenta concluída!

(Salamanca, 8-Agosto-1875).



6.-El oro.

—¡La palanca del mundo!, muy finchado,
con ínfulas de sabio, dijo uno,
y, al oír le llamaban oportuno,
tosió, se irguió y se puso colorado.

—¡Es mi Dios, mi delicia!, medio ahogado
por los montones de oro, exclamó alguno
de esos avaros ricos que al ayuno
perpetuo, por ahorrar, vive entregado.

Mi sueño predilecto es un tesoro.

—El oro es pedestal de toda gloria.

—Por el oro reniego y me hago moro

¡Infelices!... sois dignos de una noria.

¿Sabeis el nombre que merece el oro?

El que, al crearle, dióle Dios: ¡escoria!

Salamanca, 13-Agosto-1875).



7.-¿Quién miente más?

Tres *compares*, de la tierra
de *jole!* y de *Marta Santísima*,
muy buena gente, repletos
de buen humor y de chispa,
el camino de su patria
en sendas mulas seguían;
y, para hacerlo más corto,
sus fazañas referían,
que, si no como las de Hércules,
no les faltaba su miga.

—

—¡Comparez!—dijo el primero —
¿á que en toa veztra vía
no oz ha suzedfo un lanse
como er qu' á mí?

—¡A vé!

—Poz mira:

Zalf yo con Antoñico;
er hijo de la tía Gila,
de caza, cuando, de pronto,
ví una liebre... ¡mare mía!
maz grande que miz pecaoz,
que zon coza... ¡tamañita!
Yo le dije á Antón: ¡agáchate!;
bajé por una piedriya,
zin quitá ojo á la liebre,
la tiré, y... ¡pataz arriba!

pero ¡aquí ez eyo, comparez!
 miro, y... ¡doz liebrez tendíaz!
 —Puez ¿cómo?

—¡Puez náa, comparez!
 que ar cojé la pelotiya
 con que tiré á la primera,
 con mi mano diztrafa
 cogí entre miz piernaz otra
 y á laz doz dejé zin vfa.

— Chuzco ez er cazo, compare;
 maz pa icirte mi verdá
 fué maz mejó er qu' á mí
 me zuzedió.

—¡Venga!

—¡Va!

Puez tenía yo en Jeré
 un perríyo é caliá,
 maz arto que la Giralda
 y, de gordo, ¡no igo náa!;
 maz valiente que yo mesmo,
 qu' ez cuanto puó ponderá.
 Mi vezino er tfo Julepe
 tamién tenfa otro can,
 y ze laz echó conmigo
 de á ver quién podfa maz,
 zi er zu perro ú er mi perro,
 y yo... tuve qu' azetar.
 Ya me daba compazón,
 comparez, zolo er pensá
 cómo quearía er perro

der vezino con mi can;
pero, en fin,... er z'empeñaba
y lo tuve qu' aguantá.
Ya un día loz enzerramo
en completa soleá
á loz doz perroz por ver
cuál ze zuztendría maz.
En ezto, qu' ar día ziguiete,
abrimoz la puerta y... ¡zaz!
zólo encontramos doz raboz.
—¿Y qué era eyo?

—¡Puez náa!

qu' encoraginaoz loz doz,
y zin ezir ¡agua va!,
ze comieron uno á otro
zin maz qu' er rabo dejá.
—Compare,... ya no puó menoz,
jeza... no la puéo tragá!
—¡Vamoz, que, con una pinta,
compare, bien pué pazá!

—

—Puez ¿y yo?... ¡Como la luz!
oz aseguro que é zierto
lo que oz digo.

—Bien, compare;
ya pué vení.

—Dí que ez eyo.

—Puez vereiz: yo iba á una feria
con mi amigo Paco er tuerto;
pazábamos por un monte
maz que mi borza dezierto,

cuando que vimoz un bicho...
¡no zé qué zería aquello!
una montaña que andaba,
toa yenita é peloz;
con unaz pataz... ¡Dioz mío!
y unoz cuerno... ¡júy, qué cuerno!
puez ¿y loz ojaz?... ¡Jozú!
¡zi er miraloz daba mieo!...
En fin... ¡basta!... que en tadfa
ze me tiembra toito er cuerpo.
Yo... ¡puez claro! nada zupe
qué hacé en aquer momento;
pero, de pronto, una idea
ze me ocurrió ar tiempo mezmo
qu' er bicho ze noz venfa
con er rabiyo mú tiezo,
y digo ar Tuerto: ¡compare!
coja ozté un chinarro güeno,
y cuando er bicho ezté en facha,
ze lo mete en er trazero.
Con que yo cogí otra china
de laz de muy zeñó nuestro;
y, cuando hacia mí venfa
la boca tremenda abriendo,
¡záz! le metí en er gazzate
mi peñazco y... ¡zanto zielo!
de pronto, veo qu' er bicho
cayó humeando en er zuelo,
echando chizpaz y llamaz;
en fin, comparez, ardiendo.
Y era que loz doz tiramos
laz piedraz á un mezmo tiempo,
y, como iban tan depriza,

por er nueztro grande ezfuerzo,
chocaron, y, de aquer choque,
brotaron chizpaz á zientoz;
de móo qu' er bicho quedó
azáo en menoz de un creó.
Y tanto ez azí, comparez,
que aún der bicho eztoy comiendo.

(Salamanca, 1874.)

o r n o

8.-Entre sombras.

¡Se oculta el sol! De la elevada torre,
ni aun la cruz que á las nubes desafia
la luz refleja ya; la noche llega
y envuélvela sombría.

Repite el eco misterioso acento
de la campana que á rezar nos llama;
se eleva más al cielo el pensamiento,
y á aquella hora sublime
hasta el alma que gime, gime y ama.

Entonces de Salmántica la ilustre
el pasajero huesped
que de lejanas tierras ha venido
sus restos á admirar, ve sorprendido
abrirse en la ciudad todos las puertas,
y por ellas salir sombras humanas
que, á tales horas, del misterio hermanas,
ora vivas parecen y ora muertas.

En la cabeza una ánfora sostienen;
 erguidas marchan, la ciudad cruzando,
 y á veces van cantando...
 ¿Quiénes son? ¿dónde van? ¿de dónde vienen?

—
 ¿Son acaso las hijas de la noche
 que á encender van del cielo las lumbreras?

¿Son almas mensajeras
 que de otro mundo vienen á ilustrarnos
 sobre el terrible *más allá*? ¿Son hadas
 que bajan á la tierra á consolarnos
 á la hora del amor y las pasiones;
 ó, acaso, son las almas condenadas
 que vienen á pedirnos oraciones?

.....

El perfume que el ánfora despide
 responde al viajero que se acerca:
 —Esas sombras que ves... ¡vuelve en tu juicio!
 son tan sólo... ¡criadas de servicio
 que á verter van sus *ollas* á la alberca!

(Salamanca, 1877).



9.-Ensayo de un Código penal

Falta ó delito es la acción
(en materia de lenguaje)
de vestir de ajeno traje
la castellana dicción:
lo es también toda infracción
de las leyes del idioma,
y se juzga (y no es en broma)
sólo persona decente
al que las cumple fielmente
sin quitar punto ni coma.

—

Es circunstancia *agravante*
ser maestro ó profesor,
ser periodista, orador,
abogado ó estudiante.
Circunstancia *archi-agravante*
es el ser, caso no raro,
académico preclaro;
reputándose *eximentes*
dos causas bien diferentes:
ser tartamudo y avaro.

—

Circunstancias *atenuantes*
tienen los que están dementes,
los bobos, los escribientes,
los salvajes y *elegantes*;

asimismo, los amantes,
(en críticas ocasiones)
la gente que usa calzones,
si nunca fué á las escuelas,
los borrachos, las abuelas,
y... ¡basta de atenuaciones!...

—

El que dijere *fretir*
biblioteca, catredal,
juente, rétulo, hespital,
melitar, palante, dir,
Meregildo, recebir,
cátreda, desaminar,
naide, ansina, gomitar,
prencipio y escomenzando,
vaya de un carro tirando
hasta que *deprenda* á hablar.

—

Al que dijere *miñuelo*
melicia, gorjas, midir,
güeno, pogreso, riñir,
redículo, sede, agüelo,
güeyes, audencia, gañuelo,
centura, abuja, jincar,
decumento, debujar,
Alifonso y catacismo,
que le echen un sinapismo
siempre que nos quiera hablar.

—

Al que se oiga *quison, tuvon,*
trujon, pudon, esganchar,
rengaero, esparruchar,
dijon, aluego, detuvon,
haiga, Tiodora, contuvon,
hespicio, semos, implar,
descípulo, apregonar,
piejo, velay, ñuca y praza,
que le echen una mordaza
que le impida rebuznar.

El *Calros* que diga *fuendo,*
bolra, bulras, ensenzario,
menisterio, calandario,
pedricar, probe, anduviendo,
cercunstancia, compusiendo,
meriñaque, permitir,
pelras, treato, pidir
endispuesto y Sabastián,
indigno de comer pan
se declara hasta morir.

Al que diga *trebunal,*
presona, denguno, drento,
dicir, Bertolo, estrumento,
entrépete, prencipal,
pograma, güevo, arbañal,
tiniente, vinon, Grabiél,
demisión, jigo, Zequiél,

*enficultá, grumao, frauta,
condució, estógamo, estauta,
¡Pronto!, ¡á la cuadra con él!*

—

Al que dijere *escriñar,*
desimulo, comendante,
Gomisindo, prencipiante,
degolver, güeso, jugar,
precuraor, descampar,
endenantes, trompezón,
presinar y arrempujón,
no le valga su *inociencia;*
mientras adquiriera *esperencia*
se le declara melón.

—

Al zote que diga *aspeuto,*
párraco, enguila, minuto,
cerramícalo, cañuto,
endino, acenoria, efleuto,
juimos, intierro, defeuto,
callaisos, veisos, lamber,
dambos, carauter, golver,
defunto, escuro y cevil,
que lo coja un *aguacil*
y le dé pienso hasta ver.

—

Al *Udosio* que, á *concencia*
diga *redetir, repuna,*

*por casualidaz, coluna,
distierro, ivierno, pacencia,
fantesía, diferiencia,
caluniar, empedimiento,
contrimás, entierramiento,
l'arroz, cencia y alcahués,
herraduras en los pies
lleve sin apelamiento.*

Los que sin *deficultá*
digan *pelegrina, súpon,*
andaron, muchísimo, cúpon,
entodavía, soldrá,
purísma, injundia, doldrá,
güele, verificador,
convinción, entrenador,
istinto, trajon y estúvon,
ya que con bestias *andúvon,*
entréguense á un herrador.

Para el que diga *aruñar,*
ingüento, epsicología,
supérfulo, encañería,
empedido, relumbrar,
alpergatas, esquitar,
la metá, Ugenio, Bilbao,
bisteke, fraque, cudiado,

y *agucharse*, no hay perdón:
en la cuadra de un mesón
pónganle á paja y salvado.

—

La *Ulogia* ó la *Trenidaz*
que digan *dispués*, *petril*,
acidentes, *arbañil*,
comenencia, *indinidaz*,
rebusto, *neseqidaz*,
l'aceite, *Inacio*, *entadía*,
miá qué, *salampión*, *doldría*,
ora por nobis, *sordao*,
reflán y *esgarrapichao*,
pongan su lengua en lejfa.

—

A todo mal traductor,
fotógrafo, electricista,
médico, hortera ó modista,
que hablen de *guata*, *visor*,
recidiva, *controlor*,
pelerina, *constatar*,
cupón, *tulipa*, *entrenar*,
antuca, *ordubre*, *entremés*,
Sud-Africa y *Sud-exprés*
se le debe amordazar.

—

En fin, quien diga ó escriba
entro dentro, salgo fuera,
bajo abajo, subo arriba,
gastando tinta ó saliva
de tan estéril manera,
ó incurriendo en solecismos,
idiotismos, barbarismos
ú otras faltas semejantes,
merecen, bien sorticantes,
en la lengua sinapismos.

(Salamanca, 1874.)

enro

10.-A cuentas.

Vamos á cuentas, querida,
porque esto pasa de raya;
y cuanto más amiguitos
tanto las cuentas más claras.
¿Te parece?... ¡la verdad!
quiero que tu pecho me abras,
si no te heló el corazón
la tarde de ayer helada.
¿Te parece?... No te alteres
porque yo dicho te haya
que el frío pudiera helar
el corazón que tu guardas.
No te imagines que yo
á pensar siquiera vaya
que tu corazón amante
lo enfríe el frío que haga.

¡Nada de eso! ¿Quién lo duda?
Eso fuera tomar... ¡vaya!
el rábano por las hojas,
y eres para eso muy larga.
Pero, vamos al asunto:
¿Te parece?... ¡qué! ¿te enfadas
porque te dije que el rábano
por las hojas no tomaras?
Pero ¡niña! ¡qué tontera!
No hay motivo para nada.
Antes, mirándolo bien,
debieras darme las gracias.
Pues te he llamado económica,
y he dicho que no eres manca,
y que tienes buena vista
y buen gusto... ¡calla, calla!
¿Querías que te dijera
que tenías cataratas,
y tan mal gusto que hojas
de rábano te tomaras?
Ya ves que te hago favor;
pero... ¡al asunto! que pasa
la hora en que hablar podemos
y es preciso aprovecharla.
¿Te parece?... A contestar
vas á mis francas palabras
con la verdad más verdad
que pueda haber en tu alma.
¿Qué dices? ¿qué nunca mientes?
¡Como si yo lo negara!
¿A qué viene estar rumiando
entre dientes? ¿qué te pasa?
¡Al cuento!... Dí, ¿te parece?...

¡Ahora sí que va de ganas!
 ¿Por qué me llamas salvaje?
 ¿A qué vienen esas rabias?
 ¡Ah, ya caigo!... ¿porque dije
 que entre los dientes rumiabas?
 ¿Y por eso se te antoja
 que te comparo á una vaca?
 ¡Jesús, qué diablo de chica!
 ¡Eres atroz. Candelaria!
 Por la más mínima cosa
 te pones hecha una lástima.
 No se puede hablar contigo.
 Lo tomas á rompe y rasga
 ¡Vaya! Que pase el berrinche
 y ya hablaremos mañana.

(Salamanca, 1876).

erme

11.-En el album de la Señorita Pura Montero.

I

A ventilar cierto asunto
 tuve un día que salir,
 y, derecho á la Oficina
 universitaria fui.
 Sin ambajes ni rodeos,
 no al estilo de Madrid,
 me colé, sin que el portero,
 remedando á los de allí,

me saliese, hueco, al paso,
exigiéndome, incivil,
solicítase licencia
de su galón porteril.
Lisa, pues, y llanamente
entré: y, como siempre, ví...
¡pícaras costumbres nuestras,
que no sabemos vivir!
trabajando como negros,
como no hay más que pedir,
á oficiales y escribientes
muy capaces de acudir
á las diez á su trabajo
y estar cuatro horas allí,
cuando es la moda corriente
oficinesca en Madrid
ir á las doce ó la una
para enseguida salir
después de fumar un puro
y hablar mal del zascandil
del jefe, un advenedizo
segunda edición de Pí
por lo intransigente y rígido
en llegarles á exigir
que vayan más pronto, cuando
ya es imposible sufrir
aquellas rudas tareas
por una paga tan ruín.
Digo, pues, que, trabajando,
¡cómo han de ascender así!
encontré á todos; y luégo
que indiqué á lo que iba allí...
¡Madrid pásmate de asombro;

oye, espántate, Madrid!
en aquel mismo momento,
cual César, llegué y vencí;...
es decir me despacharon.,.
¿comprendes, tierra del *chic*?
¿*Ubinam gentium*? ¡qué escándalo!
Esto no puede seguir:
actividad tan pasmosa
consumiría al país.

II

—Voy á pedirle un favor,
Araujo.

—Sabe usted,
Montero, que yo estoy pronto
á servirle.

—¡Gracias! Pues
deseaba, amigo mío,
una poesía.

—¿Qué?

—Unos versos para un album
de una señorita.

—¡Bien!

(¡Cosa más rara—me dije—
y que sólo aquí se ve!
¡Versos en una oficina,
que es de la prosa el sostén!
Es que mi amigo Frontaura
echó esta gente á perder).
Con mucho gusto, Montero.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Los haré en cuanto yo pueda;
ahora estoy...

—Sí, ya lo sé;

muy ocupado.

—¡Ocupadísimo!

Usted no lo sabe bien.

—Sí, sí; yo sólo quería
palabra de usted tener.

—Esa la tiene.

—¡Mil gracias!

El album le enviaré
cualquier día.

—Cuando guste.

¡Adiós!

—¡Adiós! ¡Mande usted!

III

Pasó un mes. Me encuentro solo
en mi despacho.

—¡Tan! ¡tan!

¡tantarantán!

—El cartero

ya ha venido. ¿Quién será?

¿Quién?, pregunto.

—¡Servidor!,

oigo claro contestar.

Baja la criada á abrir

y vuelve luego á cerrar.

—¡Señorito! —entra diciendo—

para usted.

—¡Dámelo acá!

¿Quién era?

—Rúa, el portero
de... de la Universidad.
—¡Está bien! ¡Vete! ¿Qué es esto?
¡Calla! ¡El album! Hora es ya;
mas llega en mala ocasión;
que me tengo que ausentar.
Lo hojearé. Su linda dueña
(por fuerza; linda será)
se llama... veamos... ¡Pura!
¡Bonito nombre, en verdad,
lleno de expresión y gracia,
simbólico, angelical!...
Pero... sepamos: la niña
¿es rubia ó morena? ¡Bah!
Mi adoradísima Life
(mi mujer) me lo dirá;
y si ella no la conoce,
quizás la conocerán
mi hermana Asunción, mi prima
Teresa... ¡Voy á llamar!
¡Life! ¡Teresa! ¡Asunción!
Por un instante, bajad;
decid, ¿Conocéis acaso
alguna Pura?

—Sí, tal!

Conozco á Pura Montero.
—¡Bien! ¡Eureka! ¡Ecco lo quá!
¿Cómo es esa joven? ¿Rubia?
—¡No! Morena.

—¡Bueno va!

Me alegro. Hubiera sentido
fuese rubia. Continúad

¿Es bonita?

—¿Qué te importa?—

dice mi cara mitad—

¿vas á pretenderla, acaso?

—¡Sí, sí; es bonita! A la par
dicen mi prima y mi hermana,

—¡Corriente! No quiero más,
y, proponiéndome pronto
mi compromiso saldar
con Montero, puse el album
á recaudo en buen lugar.

IV

Otro mes, casi, transcurre.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan!

—¿Quién?

—¡Servidor!

—¡Adelante!

—¡Buenos días!

—¡Muy buenos se los dé Dios!

¡Hola Rúa!

—Me ha encargado

Don Ricardo...

—(¡San Zenón!

Y yo sin poder... ¡por vida!)

Sí, sí; ya sé; ya, ya estoy.

Pues diga usted á Montero
que me hará especial favor
en dispensarme; y le ofrezco,
bajo palabra de honor,
que en esta misma semana
cumpliré con él ¡Adiós!

V

Hoy, 27 de Abril
del gran año 82
del décimonono siglo
de la era del Salvador;
visto que no tengo tiempo
ni estoy de vena ni humor
para escribir poesías,
con hartísimo dolor
del corazón y del alma,
me veo en la precisión
de faltar á una promesa;
por lo cual, con aflicción,
á Pura y á Don Ricardo
humilde pido perdón;
protestando que me tienen
siempre á su disposición.

(Salamanca, 27-Abril-1882).

ernó

12.-Epístola.

Al sabio filólogo de Copenhague, Kr. Nyrop.

11 del mes de las flores;
año noventa. —Toledo.

Mi buen amigo Nyrop;
Por aquí, todos tan buenos;
por tarde, noche y mañana
echándole á V. de menos;

los unos, por la fonética;
los otros, por los paseos;
todos, por haber perdido
su trato caballeresco.

Mucho sentimos que el *dengue*
(*tranco* en aquestos pueblos
del pan, pan y el vino, vino)
no le deje en paz los huesos,
y que el clima de la Corte,
siga firme en sus excesos,
sin fijarse en la visita
del distinguido extranjero
que quisiera días claros,
y cielo puro y sereno,
para poder admirar
las calles y los paseos,
plazas, jardines, palacios,
teatros y monumentos,
tipos, trajes y costumbres
de la patria de Frascuelo;
pescando de cuando en cuando
algún *palabro* estupendo
de esos que sueltan los chulos,
las chulas y los toreros;
y admirando el buen trapío
de las *jembras* de salero
á la vuelta, por las tardes,
del Prado ó de Recoletos.

También sentimos de veras
que se encuentre descontento
del trato de La Asturiana,
que así perderá su crédito.
Dígala de nuestra parte

que le cuide con esmero,
ó que reñimos de veras
y no volvemos á vernos.

Pero, en fin, tenga paciencia;
y, si quiere un buen consejo,
dése V. una vueltecita
por esta imperial Toledo,
donde todos contentísimos,
le veríamos de nuevo;
dando así al hijo de Dueñas
ocasión de conocerlo
y ocasión á V. de oírle
por lo fino y lo flamenco.

No canso más. De los Dueñas
y de Life, mil recuerdos;
y un buen apretón de manos
de su amigo y compañero...

(Toledo, 11-Mayo-1890).



13.-Circular de un soltero.

A las chicas en franquía,
de buen ver y de buen fondo,
esta circular envía
Don Juan Dueñas y Redondo,
Teniente de Infantería.

Ante todo, permitidme
cumplir el deber cortés
de ponerme á vuestros pies.
Hecho este saludo, oidme
con cariñoso interés.

Castellano y militar,
no sé adular ni mentir
ni circumloquios gastar:
al pan, pan he de decir
y al vino, vino llamar.

Así, pues, sin más rodeos,
pues no soy jurisconsulto,
voy á explicar mis deseos
y á quitarme de mareos
yéndome derecho al bulto.

Señoritas, á fe mía
juro á ustedes que estoy harto
de vivir en soltería
como si fuera un lagarto.
¡Me hace falta compañía!

Compañía, por supuesto,
¿para qué decirlo?... honesta;
pues las otras las detesto
y su contacto funesto
puedo jurar que me apesta.

Me dicen que mi paguilla
de Teniente no es bastante

para hacer tal maravilla;
pero yo digo: ¡adelante!
¡adelante! ¡ancha es Castilla!

¿No se ven á cada paso,
por esos mundos de Dios,
maridos, pongo por caso,
con medio durete escaso
ahorrar al año uno ó dos?

Dicen que, si vienen hijos,
ni aun para sopas tendremos.
¡Qué exageración! ¡Qué extremos!
¡Qué cálculos tan prolijos!
¡Sabe Dios si los tendremos!

Y, además ¿qué importa? ¡Vengan!
¿No dice bien el refrán
que cada hijo trae un pan?
Pues... ¡con tal de que pan tengan
de hambre no se morirán!

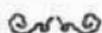
¡No hay que exagerar las cosas!
Con veinticinco dureses
no habrá para echar mofletes;
pero ¿no es verdad, hermosas,
que hay para comer filetes?

Eso estando en la reserva;
que, si al activo pasara
y diez duros más cobrara,
aun viniendo una caterva
de chicos, no me apurara.

Sobre todo, señoritas;
aunque no hubiera en la olla
más que algunas patatitas...
¡amor las hace exquisitas!...
¡Contigo,... pan y cebolla!

En resumen; que, apesar
de cuanto ha de suceder,
no quiero soltero estar.
¡Me hace falta una mujer!
¡Me quiero á escape casar!

(Toledo, 1891).



14.-Felicitación.

A Don Gregorio de Dueñas,
prez de la española esgrima,
hombre de aspecto severo
y de corazón bromista,
que gasta anteojos á ratos
y que á ratos se los quita,
que rasguea la guitarra
y hace en cañas maravillas,
que baila mejor que un pollo
(y no de los que hoy se estilan);
por sus brincos, un muchacho;
por sus canas, de edad mixta;
que toca la pandereta
y sabe ayudar á misa;
que se la pega de lejos
á cualquier muchacha lista

que por cadete le toma
viendo su andar y su pinta;
que, si le duele una muela,
á tirones se la quita;
el parroquiano mejor
que en toda España y sus Indias
y hasta en Africa y en Asia
tienen los que en sus boticas
despachan bicarbonato
por perras grandes ó chicas;
hombre de voz estentórea,
que anda en casa sin camisa,
es decir despechugado,
aunque por nada tiritita,
y que, al volver cada hoja,
moja el dedo con saliva;
á su esposa, Doña Hipólita,
señora de campanillas
por lo grave que se pone
cuando recibe visita;
que hace todo cuanto puede
por no pasar de chiquilla
y quisiera en los cuarenta
plantarse toda la vida;
y que dice de una tela
que es una tela muy rica;
á su buen hijo Don Juan,
Teniente de Infantería,
que á Dios mismo se parece,
cuando se acaba la misa,
por quedarse en la reserva,
uno abajo y otro arriba;
á su reservada esposa

y tierna madre Eloísa;
y, en fin, á Carlitos Dueñas,
(Carlitos es por la rima)
aspirante sentencioso,
con una intención de avispa,
que, si fuera más modesto,
muchísimo más valdría;
á todos los que componen
de los Dueñas la familia,
yo, Don Fernando Araujo,
(sin el Don falta una sílaba)
por mí y todas las personas
que este escrito abajo firman,
y que, por orden de nombres,
son éstas: Doña María,
viuda de Arroyo, señora
de memoria peregrina,
con anteojos permanentes,
por lo menos en visita,
de conversación amena,
de instrucción de elogio digna,
amiga de averiguar
y saber muchas noticias;
Doña Micaela Arroyo,
soltera, excelente hija,
un tantico quisquillosa
y un poco rencorosilla;
el Señor Don Luis Caturla,
Capitán de Infantería,
un corazón de oro puro
sin un átomo de liga,
algo taciturno á veces,
jaquecoso algunos días

y amigo que bien debiera
de tomar antiperina;
su esposa, Doña Enriqueta,
monumental sensitiva
cuyos paquetes de nervios
al menor contacto vibran,
digna esposa de su esposo
y flor de la Andalucía;
Doña Carmen, la de Iniesta,
con Aurorita, su hija,
dos ejemplares modelo
de la vetusta Castilla;
y, en fin, Señores, mi Life
que está hoy, la pobrecilla
con un maldito divieso
que la tiene dolorida;
todos los que componemos
la tertulia consabida,
á la familia de Dueñas,
con motivo de los días
de su jefe y el bautizo
de la niña de Eloísa,
una niña á quien han puesto
¡Hipólita!... y ¡Antonina!
(Perdónalos ¡oh, Señor!
No sabían lo que hacían).
¡Salud; y vivan mil años!
¡Fortuna; y mil años vivan!

(Toledo, 1892).



15.-Rarezas de superhombre.

(PEROGRULLADAS Y PLEONASMOS)

Tengo yo unas costumbres
estrafalarias;
pues siempre que me lavo,
lo hago con agua;
y es lo más raro
que, al lavarme, me mojo
lo que me lavo.

—

Siempre que me despiertan,
estoy dormido;
y, antes del desayuno,
nunca he comido;
y ¡cosa rara!
cuando estoy en la calle
no estoy en casa.

—

Jamás puedo dormirme
sin tener sueño;
y, como sed no tenga,
agua no bebo,
y es más pasmoso
que nadie me acompaña
cuando estoy solo.

—

Cuando hablo con cualquiera
la lengua nuevo;
y, cuando voy andando,
no me estoy quieto;
y, ¡cosa extraña!
siempre, detrás del pecho
tengo la espalda.

Para mí, son lo mismo
cinco pesetas
que un duro, veinte reales
y hasta cien perras;
y, en un apuro,
por mil pesetas cambio
doscientos duros.

Si del cielo agua cae,
creo que llueve;
y, si son copos blancos,
digo que es nieve;
y, si en la iglesia
me pongo de rodillas,
doblo las piernas.

Me gusta el pan reciente
más que el pan duro;
y un buen jamón prefiero
á un mal besugo;

y siempre quiero
que todas las tortillas
se hagan con huevos.

—

A José, mi sobrino,
le llamo Pepe,
y á un girón de la capa
lo llamo un siete;
y es estupendo
que siempre voy de prisa
yendo corriendo.

—

Siempre que me constipo,
cojo un catarro;
y hasta una liebre cojo,
cuando me caigo;
y, ¡cosa extraña!
si de andar me fatigo,
cojo una gata.

—

Puesto en pie, soy más alto
que si me siento;
y se me abre la boca,
cuando bostezo;
y es lo chocante
que, cuando estoy callado,
no hablo con nadie.

—

Si azúcar paladeo
me sabe dulce;
y suelo calentarme
junto á la lumbre;
y es un portento
que tengo los bigotes
lentos de pelos.

—

Para colmo de dicha
tengo un sobrino
que siempre que me llama
me llama «tío»;
y yo á una chica
hermana de mi madre
la llamo «tía».

—

Si me pongo de luto,
visto de negro;
y el chaqué me lo planto
sobre el chaleco;
y es lo gracioso
que al que no tiene piernas
le llamo «cojo».

—

Tengo hasta cinco dedos
en cada mano,
y hay uno que es más gordo
y otro más flaco;

y lo estupendo
es que entre las dos manos,
junto diez dedos.

—

Cuando objetos comparo,
siempre me fijo
en que, si uno es más grande,
otro es más chico;
y es lo notable
que no se diferencian
si son iguales.

—

Siento frío en invierno
siempre que hiela;
y calor en verano,
si el sol calienta;
y, en todo tiempo,
como me halle sudando,
no siento fresco.

—

Nunca tener me gusta
dolor de muelas;
y me hace poca gracia
tener jaqueca;
y es por extremo
lo que, en cambio, me gusta
no estar enfermo.

—

Siempre que subo cuestras,
voy hacia arriba;
y, hasta que no las bajo,
me quedo encima;
y, al descenderlas,
echo, como al subirlas,
pierna tras pierna.

—

Al padre de mi padre
le llamo «abuelo»;
y él, por corresponderme,
me llama «nieta»;
pero lo raro
es que, si alguien me roba,
«ladrón» le llamo.

—

Cuando tengo hemorragia,
siempre echo sangre;
y, habiendo bien comido,
nunca tengo hambre;
y, ¡caso extraño!,
cuantos más años tengo,
más viejo me hago.

—

Me dan las cefalalgias
en la cabeza;
y, encima de los ojos,
tengo las cejas;

y es mucho cuento
que, donde tengo calvas,
no tengo pelo.

(Alba de Tormes, 6-Septiembre-1895).



16.-En las aguas de «Fuente del Caño», de Babilafuente.

(A D. Manuel Zabala y Urdániz).

Querido amigo Manolo:
Para que formes idea
de lo que es Babilafuente
y la vida que aquí llevan
los que á tomar estas aguas
vienen, para sus dolencias,
ó por pasar unos días
de jolgorios y de gresca,
quiero ponerte este carta
haciendo un romance en—e a.
(Y no creas que esta rima
un puro capricho sea;
pues está elegida á drede,
como verás cuando leas
lo que sigue, y enterado
quedes del todo, á conciencia).



Babilafuente es un pueblo
situado á unas cuatro leguas,
escasas, de Salamanca;
dotado de línea férrea
con una estación tan chica,
tan incómoda y tan fea
que, más que estación, parece
una barraca de feria,
formada de cuatro tablas
que están pidiendo ser leña.
A su lado, á cuatro pasos,
los urinarios se encuentran,
con los sendos letreritos
que en todas partes enseñan
«Señoras» y «Caballeros»
á separar por decencia,
cuando á entrar en tales sitios
un apuro les apremia.
¡Cómo será la estación
que te estás un rato, al verla,
dudando si es el retrete
ó el retrete es, viceversa!
Al pronto no te lo explicas;
pero luégo que te enteras
de lo que en Babilafuente
vienen á hacer cuantos llegan,
comprendes que en grave apuro
habráse visto la empresa
del ferrocarril, teniendo
que hacer estación que sea
simple paso de viajeros
donde nadie apenas entra,
y, al mismo tiempo, un retrete

en donde todos penetran,
porque en él, sin excepción,
todos, por lo menos, mean,
y hacen cola para entrar,
como si un teatro fuera.
La solución del conflicto
indudablemente era
hacer la estación muy chica,
sucia, pobre, ruín y fea
ya que todos al retrete
dan aquí la preferencia.

* * *

Desde la estación al pueblo
hay menos de media legua,
y desde el pueblo á las aguas
hay algo más de otra media
por un camino tan malo
y tan metido en arena
que el coche, á cada momento,
se atasca hasta media rueda.
Pero, después de haber hecho,
de este modo, penitencia,
luégo te ganas la gloria,
con la salud por contera,
porque llegas á la casa
en que has de hospedarte y quedas
encantado con las vistas
que desde allí se contemplan,
y das por bien empleado
el mal rato que te llevas.
La casa es de un solo piso,

de gualdirojiza piedra
de la que el monte contiene
en sus margosas canteras,
ricas en fósiles y óxidos
y en aguas sanas y frescas.
Aunque te parece chica,
engañan las apariencias,
pues todos sus aposentos
y todas sus dependencias
tienen espacio y holgura
que para sí los quisieran
no pocos «grandes hoteles»
que de hermosos alardean,
pues son, á más de espaciosas,
limpias, alegres y frescas.
Tiene la entrada al Oriente,
sobre elevada meseta
que la industria de sus dueños
del monte abrió en la ladera,
á unos novecientos metros
sobre el nivel del mar puesta.
De acacias, olmos y plátanos
bien sombreada y cubierta.
Por el Norte y el Poniente,
alto monte la rodea,
todo cuajado de encinas
que ricas bellotas muestran,
salpicado de conejos,
de perdices y de pegas,
y poblado de tomillos
y otras olorosas yerbas
que perfuman el ambiente,
impidiendo así se huelan

otros perfumes innobles
que aquí los que vienen siembran.
Al Sur tiene una terraza
con antepecho de piedra,
desde la cual se descubren
leguas y leguas de tierra:
á la izquierda, Peñaranda;
Salamanca, á la derecha;
Alba de Tormes, de frente;
y, en direcciones diversas,
Babilafuente, Moriñigo,
Cordovilla, Encinas, Huerta,
Arapiles, Pelabravo,
Santa Marta y Aldealuenga,
Aldearubia, San Morales,
Calvarrasa, Villorueta,
Villoria, Machacón, Francos,
Villagonzalo, Cabezas,
Palacios y San García,
Nava, Ventosa, Mirueña,
El Villar, Zorita, Rágama,
Paradinas, Aldeaseca,
El Campo de Peñaranda,
La Maza, La Lagartera,
Pedraza, Andrés Bueno, El Carpio
y multitud de dehesas,
alquerías y poblados
que en la llanura pardean;
y allá, por el horizonte,
de Gredos la nívea sierra,
la excelsa Peña de Francia,
las cordilleras de Béjar,
de Piedrahita y El Barco,

con sus encumbradas crestas,
cierran el marco asombroso
de aquella llanura inmensa,
de la estepa castellana
arrogantísima muestra.
Mejor que de la terraza
verás lo que aquí se cuenta,
si á los miradores subes
de la izquierda y la derecha,
y, de ellos, con un anteojo,
la extensión que ves contemplas.
Por mucho que ya hayas visto,
maravillado te quedas,
pues este círculo inmenso
tiene también su belleza:
no es la belleza del valle
que se admira en Inglaterra,
ni la belleza imponente
de nevadas cordilleras
como la que admiran todos
de los Alpes en las crestas;
es la belleza grandiosa
de la castellana tierra,
que lleva la paz al alma
y que hasta Dios nos eleva,
semejante á la del mar,
más humana, menos fiera,
pues aquélla traga hombres
y ésta pueblos alimenta,
con sus sembrados de trigo,
ya recogido en las eras.

Detrás de la casa-fonda
donde los ricos se hospedan,
se encuentra, á sesenta pasos,
según se sube la cuesta
que, en derechura, á la fuente,
por buen camino, nos lleva,
la hospedería que abrigo
da, por una friolera,
á los pobres que aquí vienen
y á los que, aunque *mosca* tengan,
no se avienen á gastarla
para no menguar su hacienda,
prefiriendo privaciones
á gustos que bolsa merman,
aguantándose con todo
con tal de no gastar perras,
que, de éstos, hay aquí muchos,
aunque otra cosa parezca,
y á otros se la pegarán,
pero á mí no me la pegan;
pues hay aquí cada tío
con más cara de miseria...
que se dejaría ahorcar
por no soltar diez pesetas
y que, sin embargo, tiene
más onzas de oro que pesa.

Siguiendo, poquito á poco,
el camino siempre en cuesta,
por plátanos sombreado
y con asientos de piedra
á cada paso, que ofrecen
descanso á cuantos lo quieran,
se llega á una fuente; y luégo

á una linda plazoleta
con otra fuente; las dos
con el mismo fin se emplean;
y sus aguas cristalinas,
muy buenas aguas de mesa,
(que cuecen bien los garbanzos
y el jabón espumajea)
según análisis serios
de doctores de gran cuenta,
pueden bien clasificarse
como alcalinas, ó sea
bicarbonatado—sódicas—
litínicas, tipo frescas.
Con nombre tan salutífero,
curan, entre otras dolencias,
los cálculos y las herpes,
la gota y la neurastenia,
la diabetes y los cólicos,
el reuma y la inapetencia,
haciendo mear á chorros,
y aun algo más, si se tercia.
Son aguas que, desde antiguo,
tienen su fama bien hecha,
pues Torres Villarroel
ponderó sus excelencias
en el siglo XVIII...
¡Ya ves si eso tiene fecha!
Y, si te fijas, verás
que aun esa fecha es moderna,
porque ¿qué quiere decir,
dime, en resumidas cuentas,
Babilafuente? Ese nombre
es una expresión compuesta

de Fabila y Fuente, y dice,
para todo el que algo sepa
de achaques etimológicos
de la castellana lengua,
que la «Fuente de Fabila»
ó «Babilafuente» es ésta.
De suerte que hasta los godos
ha de subir el que quiera
los orígenes hallar
de esta fuente, á ciencia cierta.

De las dos fuentes, la antigua
es la del Caño; y la nueva
la llaman la de la Gruta;
y entre la una y la otra echan
doce mil litros, al día,
de agua saludable y fresca.

*
* *

En este oscuro rincón
de la castellana tierra,
se hace una vida ideal
por lo sana y placentera.
La gente que habita aquí
es como unas castañuelas
de alegre y de servicial,
y, más que en curarse, piensa
en divertirse, tomando
la vida como una fiesta.
Aquí hay un poco de todo:

curas, médicos, horteras,
estudiantes, labradores,
propietarios, verduleras,
catedráticos, maestros,
comerciantes y doncellas,
abogados, industriales,
zapateros y prenderas,
viejos, jamonas y mozos,
casadas, viudas, solteras,
reviudas y recasadas
y hasta algún niño de teta.
Pero lo que aquí domina
es la gente de la tierra:
el charro con su anguarina,
la charra con sus majezas;
ellos, jugando al julepe;
ellas, haciendo calceta;
ellos, con cartas sobadas,
abarquilladas y feas;
ellas, con limpio algodón
y agujas mohosas y tuertas.
No por eso, de otras partes,
quiero decir que no vengan;
pues de todas las provincias
los hay, y de España entera:
los hay de Valladolid,
de Zamora y de Palencia,
de Madrid, Avila y Astorga,
Logroño, Segovia, Cuenca,
y de otras muchas provincias,
y aun de Portugal y América;
todos están tan contentos
cual si en su casa estuvieran,

sin perifollos que estorban
ni engorrosas etiquetas;
á cuerpo de rey tratados
y con confianza extrema.
¡Bien se conoce la mano
que en esta casa gobierna:
que no es mano de fondista
que hasta estrujarnos aprieta,
explotando su negocio
y engordando á costa nuestra,
sino mano delicada
de ama de casa perfecta
y de leal caballero
que, sin ruin afán de perras,
á toda costa prefieren
que esté la gente contenta
á que salga disgustada
de su trato y su vivienda!
Ellos á todos atienden,
ellos por todos se esmeran
y todos sus serviciarios
en imitarles se esfuerzan;
y todos quedan contentos
de tanta y tanta fineza.
Unos juegan al tresillo,
otros á la rana juegan,
y al tute y al dominó,
ó bien á juegos de prendas;
á todo se juega un poco
y todos un poco juegan
y en murmurar nadie pierde
ni el tiempo ni la conciencia.
Luégo en bailar se entretienen,

pues en esta casa nuestra,
por haber hasta hay manubrio
que toca la rubia Pepa,
ó Juanito el estudiante,
ó Doña Flora, ó Eugenia,
ó Teodora, ó Doña Luisa,
la patrona – providencia.
Si en estas noches de luna,
tan templadas y serenas,
con que Dios nos ha obsequiado,
aquí encontrado te hubieras,
aunque aborreces el baile
y que te lo nombren tiemblas,
hubieras bailado un *pavo*,
y cantado peteneras,
y jugado al tiquis-miquis,
y hecho la gallina ciega,
y asistido á recepciones
vestido de Gran Duquesa,
pues aquí del buen humor
todos hacemos cosecha,
y aquí todos, todos, todos,
sin una excepción siquiera,
comen, beben, huelen, oyen,
charlan, saltan y pasean,
juegan, cantan, bailan, duermen,
y, lo que importa más, ¡*mean!*



¡Mear!... en Babilafuente
ese es el magno problema,

pues, aunque hay también el otro,
como añadidura entra.

Aquí se viene á mear
y revienta quien no mea;
por eso, querido amigo
Manolo, no te sorprenda
que al mear estén mis coplas
tanto de alusiones llenas,
ni que hable de mear tanto
cuando aquí tanto se mea,
y todos de mear hablan
y todos en mear piensan
y todos, al mear, miran,
oliendo bien lo que mean.

Y mean al acostarse,
y mean si se despiertan,
y mean cuando se duermen,
y se mean cuando sueñan,
y mean al levantarse,
y mean tras de la siesta,
y mean para dormirse,
y mean cuando pasean,
y en mear pasan la vida,
porque así á la muerte mean
que acechándoles está
llevándose al que no mea.

* * *

Pero no basta mear;
la meada ha de ser buena;

y, para ello, hay que beber
veinte cuartillos ó treinta,
pues, de otro modo, no sale
lo que en el cuerpo no entra.
Por eso, desde las seis
de la mañana, se empieza
á echar tragos y más tragos
de agua por la coladera,
que en orines se convierten
cuando fuera se los hecha,
después de un lavado interno
que el cuerpo limpia y refresca
arrastrando los microbios
que nuestra sangre envenenan.
Hay personas timoratas
que andan con cierta cautela
y que con dos ó tres vasos
de cada vez se contentan;
pero hay otras tragaldabas
que, si no beben sesenta
medios cuartillos al día,
no se quedan satisfechas.
Aquí en beber y en mear
se nos va el tiempo, que vuela;
pero, aunque para ese objeto
todas las horas son buenas,
hay tres tandas destinadas
solamente á la tarea
de beber agua y mear,
y hacer lo otro si se tercia:
de seis á ocho en la mañana
forma la tanda primera;
de once á una, la segunda;

de seis á ocho, la tercera;
y allí es de ver cómo van
y á la fuente se enderezan,
como en una procesión,
las tías con sus calcetas;
las señoras con sombrillas;
los tíos, con sus chaquetas;
con su gabán, los señores;
con delantal, las doncellas;
los mozos, correteando;
las mozas, graves y serias;
Pilarcita, haciendo gracias
con su infantil media lengua;
y los chiquillos, mostrando
por detras su pañaleta.
Todos entran en la casa
donde su agua el caño echa
y á todos, sin fatigarse,
sirve la morena Pepa.
(Porque aquí hay Pepa, la rubia,
que baila que se las pela
al estilo de Madrid,
género Bombilla ó Ventas,
pero chulería fina,
y otra Pepa, la morena,
que hace de Hebe, de la fuente
agua sirviendo á quien quiera).
Hay quien trae de su casa
lo mejor de la espetera,
para lucir, al beber,
del cristal la transparencia;
y hay otros, tan descuidados,
que llevan una cazuela

de barro, y en ella beben,
como en un pilón las bestias.
Unos beben en copitas
que harán una panilleja;
los más, en vasos de á medio;
otros, en taza ó botella;
y hasta hay quien bebe en pucheros
de azumbre ó azumbre y media;
y, después de haber bebido,
en el acto, se dispersan;
y poquito á poco ves
cómo los tesos se pueblan,
lo mismo que los barrancos,
con variedad pintoresca,
de manteos colorados,
sayas amarillas, negras,
verdes, azules, moradas,
grises, bonitas y feas,
calzones y pantalones,
blusas, chambras y chaquetas
de hombres, mujeres y niños
que buscan la conveniencia
para mear á su gusto,
sin que ninguno los vea.
El charro suelta las bragas,
afloja las agujetas,
y, soltando la pretina,
el cinto hacia arriba echa,
el alzapón hacia abajo,
y la camisa hacia afuera,
y se encuentra en posición
de mear ú lo que sea;
mas, por bien que se componga,

todo el jarapal enseña;
por eso suele esconderse,
por mor de obrar con decencia.
La charra, por el contrario,
muy bien se apaña y se arregla,
pues, con sus recios manteos,
y bien abriendo las piernas,
con sólo inclinarse un poco,
forma una cabaña y suelta
todo lo que se le antoja,
sin mojar más que la tierra;
y se está meando un rato
sin dejar de hacer calceta.
Las que no saben hacer
la cabaña, en bragas prietas
suelen verse cuando apura
la gana de Su Excelencia;
lo mismo que las señoras
con sus faldas, que se pegan
y las impiden, de pie,
mear á gusto, aunque sepan;
y lo mismo que los curas,
que se ven y se desean
para poder orinar
cómodos y con decencia.
¡Qué cuadros hay por aquí
dignos de una gran paleta!
A lo mejor, vas andando
y, cuando menos lo piensas,
en lo intrincado del monte,
alzas la vista y tropiezas
con una chica, meando,
que está enseñando las piernas

sin pantalones ni nada
que su desnudez proteja;
hasta allí la pobre ha ido
para que nadie la vea,
y allí se encuentra contigo
y allí te encuentras con ella,
siendo lo peor de todo
que tiene las piernas negras,
sin habérselas lavado
desde que á la luz la diera
una madre que sería
tan sucia como lo es ella.
¡Cuento de nunca acabar,
si yo á describirte fuera
todo lo que aquí se ve
entre estos montes y breñas!
Pero me encuentro cansado
y resuelvo acabar ésta.

* * *

Adiós, Manolo; si quieres,
aunque buena salud tengas,
comer bien y estar á gusto,
vente aquí. Mas, si estuvieras
enfermo de los riñones
ó de otra cualquier dolencia
en que convenga mear
para reponerte, fuera
un crimen no venir pronto;
porque, lo que es aquí, meas

y te queda la vejiga
limpia como una patena.
Ya ves que, de todos modos,
te conviene que te vengas.

(Fuente del Caño, 4-Septbre.-1906).

cmg

17.-Los cabos.

Cuando el «Cabo Trafalgar»
el Cabo Blanco doblaba
en dirección hacia el Cabo
que al cabo de Africa se halla
Cabo, antes, de las Tormentas,
Cabo, hoy, de Buena Esperanza,
llevando, á bordo, de cabo
á Cabo, que iba á Canarias
nombrado segundo cabo
al cabo de cien campañas
sin menoscabo ninguno
con gloria á cabo llevadas,
un cabo de gastadores
con otro cabo de escuadra
un cabo de zapatero
de cabo á cabo estiraban,
y, con un cabo de vela,
de cabo á cabo enceraban,
para unir un cabo suelto
con otro cabo de amarra.

Del Cabo de San Antonio
venía el cabo de escuadra,
y el cabo de gastadores,
del Cabo de Toriñana,
los dos con cabos de borlas
en los cabos de sus fajas.
Eran cabos que escribían
«cavo» por «cabo», y soltaban
«cabo» por «quepo» muy frescos,
y creían que la Cava
era la mujer de un cabo,
como cabos sin Gramática,
por ser cabos que á la escuela
de cabos al cabo andaban,
de esos que un cabo segundo
á un segundo cabo igualan;
sin ver que son tales cabos
los dos cabos de la escala.
Y aquí acabo, pues precavo
si de más cabos tratara,
que, al cabo de tanto cabo,
con los cabos no acabara;
que, al fin y al cabo, son tantos
que, desde el Cabo de Gata
al cabo de Finisterre,
ó desde el Cabo Lopatka
hasta el Cabo Bojador,
hay más cabos que hombres mandrias,
sin contar los cabos vivos
que entre esos Cabos se hallan,
unos de cabos de ejército
y otros de cabos de escuadra;
ni los millones de cabos

que, al cabo de una semana,
al cabo arden de una vela
ó hacen de cabos de calzas,
de cabos de borceguíes
y de cabos de alpargatas;
y sin contar esos cabos
en que toda cosa acaba,
hasta el cabo de la vida,
cabo de nuestra esperanza.
¿Y si excabo de la Historia
á los ex-cabos de fama,
desde el super-cabo corso
hasta el cabo Mir, el de África?
Si vamos atando cabos,
¡cuántos cabos resultaran
desde un cabo de tapiz
hasta los cabos de galgas!
Pero siempre un cabo suelto
al fin y al cabo quedara.
Por eso, acabo; y recabo,
para cabo, una palmada
sincera de cabo á rabo
á mis *Cabos* que aquí acaban.

(Guadarrama, 7-Julio-1910).



18.-Transformaciones.

I

Matilde es una chica vivaracha,
decidora, ocurrente,
un primor de muchacha;
pero la sale un novio, y, de repente
se pone inaguantable
que no hay quien la resista.
—¡Habrá tonta!—murmuran á su vista
los que antes la encontraban tan amable,
al ver que ni siquiera les saluda
y casi se ha quedado como muda.

II

Lola, Lili y Lulú son tres amigas
que no pueden vivir si no están juntas;
y hacen tan buenas migas
que contestan á todas las preguntas
lo mismito Lulú que Lili y Lola;
y, si Lola sostiene que hace frío,
aunque Lili y Lulú se hallen sudando,
á tanto llega la unidad del trío
que aseguran que se hallan tiritando;
y, si afirma Lili que una amapola
es del mismo color que una aceituna,
por no dejarla mal una por una
aseguran que es cierto Lulú y Lola;
y, si Lulú se empeña en que es muy guapo

Trifoncito Bolinche, que es un sapo
 pero que la hace el oso,
 Lola y Lilí sostienen que es precioso.
 Nunca, buscando melodioso efecto,
 halló acorde Beethoven más perfecto.
 Pero, al fin, Trifoncito se declara;
 y entonces es cuando hay que ver la cara
 de Lola y de Lulú torciendo el gesto,
 porque Lilí lo acepta, por su puesto,
 todo para ella sola,
 pues no va á repartir con Lulú y Lola,
 ni entre los Trifoncitos conocidos
 los hay por Lulú y Lola decididos;
 y es de ver el hocico de Lolita
 y el ceño de Lulú, la pobrecita
 cuando Lilí y Trifón van de pareja...
 ¡Dios, de su torpe envidia, les proteja!

(Guadarrama, Septiembre 1911).



19.-Poesías (¡!) y ritmos modernistas.

PRÓLOGO

Al verte de este cuarto
 rebuscar de tu ingenio en los rincones,
 creo que estás de parto
 y que vas á llenarlo de ratones.

(Madrid, 14-Diciembre-1911).

I

Ritmo «dernier cri»

Ya que tanto los poetas de estos tiempos se desviven por hallar de ritmos nuevos nuevos moldes
 aquí tienen este ritmo, que es un molde nuevecito en que pueden de sus Musas los productos ar-
 [que ensayar,
 moniosos sin escrúpulo arrojar;
 pues del molde saldrá luégo, cual Minerva de la testa del gran Júpiter flamante, la novísima y, por
 [ser de mi cosecha, modestísima invención
 que es el verso *taca-taca*, el gran verso miriapódico, que ha de hacer en breve tiempo, si la suerte le
 [proteje, la mayor revolución.
 En el curso de un viaje que hice yo por nuestra España, Francia, Italia, Suiza, Bélgica y Holanda
 [y Alemania (sólo el Rhin),
 escuchando el *taca-taca* del exprés de Ostende-Oriente ocurrióseme de pronto este verso de tren rá-
 [pido que no tiene nunca fin;
 es monótono y vibrante, y el compás exige siempre del que marcha arrebatado por la máquina
 [arrogante y con vértigo de un tron.
 Si os agrada, yo os lo cedo, ¡oh, poetas modernistas!, contentándome tan sólo con el gusto de
 [agradaros y con vuestro parabién.

(Rosendaal, 1.º-Septiembre-1905).

II

La cuchipanda del abalorio.

La encontró,... la encontró... ¿dónde, Dios
[mío?...

Dejemos este punto en el misterio.
Pudo hallarla en un baile, en un monjío,
en un cine ó en triste cementerio.

Esto á nadie le importa,
y hace bien quien aquí la historia corta.

—

Pero ¿cómo la halló?... ¡Cómo, Dios mío?...
Mejor es dejar esto en el misterio.
Pudo encontrarla con calor ó frío,
con cara alegre ó con el rostro serio.

Esto á nadie le importa,
y hace bien quien aquí la historia corta.

—

Y ¿cuándo la encontró?... ¿cuándo, Dios mío?...
Preferible es dejarlo en el misterio.
Pudo ser en invierno ó en estío,
al vestirse ó tomando un refrigerio.

Esto á nadie le importa,
y hace bien quien aquí la historia corta.

—

Pero ¿quién era él?... ¿quién fué, Dios mío?...
Dejémoslo flotar en el misterio.

No tengamos un lfo
con Trifón, Bonifacio ó Emeterio.

Esto á nadie le importa,
y hace bien quien aquí la historia corta.

Pero ¿quién era ella?... ¿quién, Dios mío?...
Dejémoslo también en el misterio;
no sea que su padre ó que su tío
me lance de indiscreto el vituperio.

Esto á nadie le importa,
y hace bien quien aquí la historia corta.

Pero ¿y la cuchipanda?... ¿Qué simplezas
nos está usted contando?... ¡Eso no es serio!
—¡No lo entienden ustedes!... Son bellezas
del nuevo simbolismo... ¡otro misterio!

(Madrid, 27-October-1911).

III

Un dolor de malas... ¡digo!... de muelas.

(Recuerdos de un desmemoriado).

Cuando yo andaba á la cola
¡digo!... ¡Jesús!... á la escuela,
por gustarme mucho Lola,

se me enfurruscó una muela
poniéndose hecha una bola.

—

Era el dolor marro... morro...
morrocotudo... ¡eso es!
Un dolor parro... ¡no!... porro...
digo... perro... ¡qué modorro!
En fin, valía por tres.

—

Mi... vaca... ¡digo! mi boca
ardía como una fragua;
mi cabeza estaba loca;
y era paca... ¡digo!... poca
para mi ardor toda el agua.

—

Mi madre, al verme tan malo,
casó... ¡sacó! (¡aún lo huelo!)
un fresco de agua del Pelo...
(¿fresco y Pelo?)... frasco y Palo...
¡digo, no! ¡Polo!... ¡Estoy lelo!

—

En un beso... ¡digo!... un vaso,
echó mi madre unas gatas...
¿dije gatas?... ¡Pataratas!...
unas gotas... (¡Vaya un paso!
¡gotas de licor con patas!)

—

Cogió entonces una cacha...
¿es cacha?... ¡No!... Cocha, cucha...
cucharilla... ¡cuánta tacha!
Esto es una paparracha;
¡digo! ¡Jesús!... paparrucha.

Pero volvamos al queso;
¡otro tropezón!... al caso.
Mi madre, pues, peso á peso...
¡válgame Dios!... paso á paso,
medió el vaso... ¡digo!... el beso...

¡Digo! el vaso... ¡digo! el beso...
pero ¿es el beso ó el vaso?
¿ó son los dos?... ¡Pierdo el seso!
¡Ah, ya! Es que me dió el beso
y medió de agua aquel vaso.

De pronto un calor de risa...
¡digo, no!... color de rosa
tomó el agua. ¡Qué precisa!...
¡digo! ¡Jesús!... ¡qué preciosa
se puso más que de prisa!

A mí me gustaba macho...
¡digo!... mucho aquel calor

¡digo!... color; y el dolor,
como cosas de muchacho,
empezó á perder su ardor.

—
¿Y el olor? ¡Olfa tonto!
(¡Yo sí que soy tonto!)... tanto,
que así como por encanto,
como si fuera olor santo,
mi dolor calmó de pronto.

—
Y aquí acaba aquella historia
de la hinchazón de una muela,
cuando yo andaba á la escuela
y era Lolita mi gloria
y me mimaba mi abuela.

(Toledo, 1892.)

IV

A pequeñas causas grandes efectos.

(Acordes en quinta y en octava).

LEITMOTIV

Era el día de tu santo.
En tu casa entré de intento;
pero salí tan distinto,

que todavía estoy tonto
de pensar en el asunto.
¡Tanto contento extinto pronto apunto!

Acordes y variaciones.

Te ví una vez de espaldas, y un encanto
de mujer te creí;
luego te ví de frente y un portento
de gracia y de belleza admiré en tí.

Ardió mi corazón; pero el instinto
hielo en el fuego echó.
Instantes hay en que el instinto es tonto,
y así, en aquel instante, resultó.

Era maravilloso tu conjunto;
pero, en el punto aquel,
por tus ojos pasó como un espanto
y á mis ojos pasaste por Luzbel.

Me quedé, te lo juro, sin aliento
el rayo al contemplar
que tus ojos lanzaron, laberinto
en que mi alma sintióse extraviar.

¿Por qué no logré yo saber más pronto
 que el dolor te trocó
 de la Ira infernal en fiel trasunto
 porque una pulga entonces te picó?

(Madrid, 15-Diciembre-1911).

V

Visión helénica.

(Arcaismos nuevos de modernismo
 ancestral hallados en un *bargueño*
 de anticuario sin escrúpulo).

Sizigias de hetairas con peplo ultradiáfano,
 calpigas, túrgidas, de imántica faz;
 por dueñas proxénetas de lueñe guiadas,
 de ágape retornan vernal suburbial;
 sus gayos dezires, sus bultos venustos,
 sus ósculos lésbicos y todo lo al,
 al mísero preste que al paso las topa
 semejan diabólica visión sucubial.
 Con el grupo gárrulo buen golpe de efebos,
 de bello vistoso, la lengua á lo can,
 todo su sistema vibratil convulso,
 connubios efímeros pretende cuajar.
 Dos crasos calonges santíguanse pávidos
 los nexos fanógamos viendo apropincuar,
 y, entre las penumbras de enervante véspero,
 por floresta agreste, ir en bacanal,

aras afrodíticas doquier columbrando,
á guisa de tálamos de flora pradiál,
¡Qué gusto de oillos y qué gusto vellos
en ronda jocunda tremantes folgar!

(Madrid, 18-Enero-1912).

VI

Tragedias gláucas visigóticas.

(Poesía anacrónica en quintillas variadas
de metro corto con falda larga).

En una timba,
por una chamba,
se hallaba Wamba
con una bimba.

Viene una bomba
zumba que zumba...
¡como zambomba!...
¡como balumba!...

Y ¡adiós... mi Wamba!
y ¡adiós... su bimba!
y ¡adiós... la timba!
¡Todo por chamba!

- ¿Un flirt?
—De auto y chauffeur.
—¡Hélas! Mon vieux...
- Shocking ¿verdae?
—¡Qué shocking! ¡Epatant!
A tus años encore... ¿será una grue?
—Un biscuit de la haute!
—¡Lucubial!
—El clou de la season
—¡Blagueur!
— Espera,
y lo podrás por tí verificar.
—¡Volontiers, sapristi! Mas... time is money...
¡para una otra vez! ¡Faut voir, faut voir!
—¡Auf wiedersehen!... ¡Es un majadero!
—¡Adieu, mon cher!.. ¡Qué fatuo más banal!

(Madrid, 23-Enero-1912).

VIII

Armonías de fondo y forma.

- »Aguardaba yo sentado en la portería
»que bajaran el ascensor,
»que estaba arriba porque lo habían subido
»para que subiera un señor.

—

- »Era el atardecer gris de un invierno frío;
»no habían encendido luz,

»y el portal, con la niebla, estaba tan oscuro
 »como el ébano tras un tul.

»La silla que me ofrecieron para sentarme
 »era una calamidad
 »pues, sobre estar mugrienta, estaba ya tan coja
 »que encima se estaba muy mal.

»Debajo de ella salió un gatazo mayando
 «y haciendo ¡miau, miau! ¡fu, fu, fu!
 »y un perro, que allí estaba, saliendo corriendo,
 »tiró la silla. ¡Patatús!

»¡Oh, qué silla! ¡oh, qué tarde! ¡oh, qué mo-
 [mentos...
 »¡oh, qué niebla crepuscular!...
 «¿Quién había de decir que en la portería
 »mi suerte se iba á descifrar!»

.....
 Aquí llegaba el modernista eximio
 Roque Rodríguez Ruiz,
 cuando yo entré. Leyóme sus cuartillas,
 y yo, tomando el lapiz, lo rompí.

No otra cosa merecen estos nenes,
 empeñados con necia vanidad
 en hacernos tragar versos ridículos...
 ¡la murga que nos da la vacuidad!

(Madrid, 28-Diciembre.-1911).

IX

El corte chino del verso.

Antecedentes é historia.

I.—EL CORTE CLÁSICO

El Maestro Fray Luis no tuvo inconveniente en partir á veces una palabra en sus dos elementos, cuando convenía partirla, por atender á la medida; y así vemos, hasta con veneración, cómo va el verso cortando, diciendo así: «Y mientras miserablemente se están los otros abrasando
 »con sed insaciable
 »del peligroso mando,
 »tendido yo á la sombra, esté cantando.

Como entonces la lengua era tan joven,
 nada más natural que tales divisiones en voces que en latín por sí vivían sueltas y el romance unió, venciendo así su natural tendencia y dando á nuevas voces existencia.

II.—EL CORTE JOCOSO

Cervantes es otra có—:
 en su tiempo, se jugá—
 á hacer versitos cortá—,
 y nos los dió en el Quijó—.
 Como es el tono jocó—
 gracioso el corte resúl—;
 y el letrado como el vúl—,
 leyendo versos escri—
 de este corte cervantí—
 ve en ellos diversión cúl—.

III.—EL CORTE BUFONESCO

Trueba, dándonos gran luz
 en un Pleito (1) de importancia,
 nos habló de un avestruz
 »que está regentando un Juz-
 »gado de primera instancia.
 Claro es que, al ascender,
 por graznar y envejecer,
 llegaría el Juez á una Au-
 diencia, y haría «¡guau, guau!»,
 remate de su saber.

Desarrugóse la faz
 de todo el que esto leyó;

(1) *El Pleito del Matrimonio*, de Guerrero, Sepúlveda y otros.

pues fué muy gracioso hallazgo
el Juez que Trueba encontró.
Mas Trueba lo dejó en paz.

IV. — EL CORTE RUBENDARIESCO

Hasta aquí, ó eran puros latinismos
en poesía seria,
ó juegos malabares de lirismo,
ó arranques de gracioso ingeniosismo
en jocosa materia.

—
Pero aparece el gran Rubén Darío, y,
cortando el verso donde bien le plugo,
ni deja en paz las tradiciones, ni
de nada quiere someterse al yugo.

—
Y aquí nos deja al fin de un verso un *la* colgan-
[do, sí
se le antoja, pidiendo á voz en grito auxilio;
y allí un vocablo parte, y al idioma
más cardenales que hay en un concilio
hace; pero no lo hace en broma
sino tan seriamente
como pueda ir la gente
en peregrinación á Meca ó Roma,
ó al mismo Momotombo,
volcán de Nicaragua,

de esos que echan cenizas en vez de agua
y rematan en punta en vez de rombo.

—
¿A quién esto no escarba?

¿No es esto una barba-
ridad?

¿Hay quien pase el rato
bien con esta pato-
sidad?

V.—EL CORTE CHINO

Todo lo que en el mundo evoluciona
llega á un fin que le sirve de corona.
Ante el éxito enorme, indiscutible,
del gran Rubén Darío,
que, en serio, aquí declaro
que es un alma sensible,
un poeta de brío,
un talento preclaro,
un espíritu culto,
un escritor muy digno de la gloria,
que ha de hacer mucho bulto
de nuestra hermosa lírica en la historia,
yo me sentí con ganas de imitarle
en lo poco que tiene de perverso;
y veréis que llegué á sobrepujarle
en el corte del verso.

—
Cual del gran Miguel Angel los discípulos
de los torsos los músculos hincharon

y así poquito á poco,
al estilo barroco
entre espasmos estúpidos llegaron;
así también, del gran nicaragüense
muchos imitadores
sin su cultura ni arte, con empeño
han ido exajerando sus errores,
la poética atroz del modernismo
creando, con su necio barroquismo.

Yo pedí cierto día
inspiración para una poesía,
cuyo trillado tema
era cantar el fausto natalicio
de una niña muy mona
que vió la luz del mundo en Tarragona.

La Musa de servicio
acudió al punto, en traje modernista,
con falda-pantalón, moño helenista,
medias caladas, y aire truhanesco,
un garrotín bailando cancanesco.

Apenas enterada del asunto
y hecha ya de la niña la reseña,
hija de un catalán y una extremeña,
mi Musa puso ceño cejijunto;
paróse en firme, cual domada potra;
sentóse; echó una pierna sobre otra;
y así se disparó, punto por punto:

«Al nacimiento de la primera niña de Elia.

(Soneto de corte chino,
modernismo «derniercri»).

En extremeña ingerta, alma almogávar (1)
viene á la luz del mundo, ya en cadáver (2)
trocado el cuerpo en que vivió, cual la ver- (3)
dadera Teosofía enseña, en la bar- (4)
quilla del vientre de Elia, que es una bar-
biana de las que dicen «¡á ver, á ver!»
con un dejo extremeño, que es á la ver-
dad muy gracioso; y á la que por la bar-
ba la baba cae al ver que el hiber- (5)

(1) Nótese de paso el armonioso efecto del «alma almo» en el verso.

(2) Fijese la atención en lo insólito de la rima. ¿Qué soneto podría hacerse en castellano con rimas en— «aver—eber—ibir—ober», si no fuera por el corte chino? ¿No es mérito impagable dotar á la poética patria de infinitas series de armonías, antes desconocidas? ¿Qué dificultad puede encontrar ya el poeta para salir del mayor apuro? El apuro deja de existir con el corte chino.

(3) ¿Se ve el efecto lírico y hasta musical de este inesperado corte? Es como un mundo nuevo de horizontes inexplorados llenos de color y de armonías inéditas.

(4) Nada se resiste al corte: adjetivos, nombres, verbos, todo cae ante su cuchilla, partido finamente como si fuera manteca.

(5) Nótese la onomatopeya; parece que se le cae á uno la baba: «—ba la baba». Es de una suavidad que se creería que tiene uno jabón y le están haciendo la barba.

nal fruto que dió á luz realmente es sober- (1)
anamente gentil, cual si el Transtiber
lo hubiera producido. ¡Viva en *povertá
licta*, feliz siempre, junto al Tiber,
al Francolf, y hasta en el mismo Hannover!



20.-Cantares.

No salgas ya con paraguas,
aunque caiga un aguacero;
acércate á una señora
y ponte bajo el sombrero.

—

Hemos sembrado melones
y salieron calabazas:
á una niña pedí un beso
y me dió una bofetada.

—

(1) Obsérvese bien hasta dónde llega la delicadeza del corte: cuando no le basta la finura de una raja el espesor de una sílaba, se mete por medio de la sílaba y la divide también como el caso lo requiera, para producir el efecto; así en *soberanamente*, Fray Luis se hubiera limitado á separar el *mente*, como ablativo oracional, á la latina; Cervantes lo hubiera cortado en el *men*—; pero el corte chino no sólo se atreve á partirlo en *so*—, en *be*—, en *ra*—, en *na*—, y en *men*—, sino que, cuando le hace falta, como en este caso, lo corta en *sober*—, llegando al límite de la perfección. Yo, el inventor del corte en cuestión, autorizo formalmente, por medio de esta nota, á que cada cual corte el verso por donde quiera.

Mientras se muere mi suegra,
le sale á mi nieto un diente;
y así da vueltas el mundo
sin que haga caso la gente.

—

Si acaso antes te mueres
que yo me muera,
mira bien si en el cielo
ves á mi suegra;
y avisa luégo;
que, por no estar con ella,
me iré al infierno.

—

A los quince, con un duque;
de veinte, con un banquero;
de veinticinco, un hortera;
de treinta, con un trapero.

—

Nunca, ante mí, te pongas,
niña, en cuclillas;
porque es una postura
que hace cosquillas;
y, por lo menos,
me evitas un pecado
de pensamiento.

—

Mira cómo recoges,
niña, el vestido,
que, á veces, va más alto
de lo debido;
y, por mirarte,
si tropiezo y me caigo,
puedo dañarte.

—

A los quince, pasa el miope;
á los veinte, pasa el manco;
á los veinticinco, el tuerto;
á los treinta, el jorobado.

—

Ojos grandes, boca chica,
cuello largo, corto el pié,
talle esbelto, buen caracter...;
pero... ¡no tiene *parné!*

—

Azul, con asas, puchero;
blanca y con mangas, camisa;
negra y con visera, gorra;
¡Eso es talento, chiquilla!

—

Gusta el hombre á los quince
de una jamona;
á los veinte, le agradan

las buenas mozas;
y á los cuarenta,
como pasen de veinte
no se contenta.

—

No te pongas tantos moños
por ser hija del alcalde;
que, cuando vengas los míos,
será tu padre un Don Nadie.

—

No me vengas con historias
de Babilonia ni Persia;
que bastante tengo ya
con Moret y Canalejas.

—

Buenos andan los casorios
en estos tiempos que corren;
que, para encontrar marido,
hay que gastar automóvil.

—

Pregúntale á cualquier vieja
por el sermón á que ha ido,
y apuesto á que ni una sabe
lo que en el púlpito han dicho.

—

Si de casado viajas
sin llevar á tu mujer,
no se lo digas á nadie
y nada habrás de perder.

Cuando veas que una chica
echa una pierna sobre otra,
no hagas de ella tu mujer;
pero échatela de novia.

La gente más cargante
que hay en el mundo
son esos niños góticos
de nuevo cuño,
graves por fuera
y más tontos por dentro
que una chistera.

En la calle de Alcalá
dijeron á mi chiquilla:
«dejad paso á ese sombrero
que va debajo una niña.»

El que coge una chispa
tiene una mona,
y pesca una merluza
con su cogorza;
y es hombre alegre,
que, sin saber de letras;
sabe hacer eses.

ene

21.-Proverbios caseros.

ALELUYAS POÉTICAS

Cuando encuentres cerrada alguna puerta,
no la dejes abierta.

—

Es un gran disparate
dejar que se te enfríe el chocolate.

—

La tienda mejor servida
es siempre la más surtida.

—

Si dice «blanco» tu suegro,
nunca le digas que «negro».

—

En materia de aleluyas,
cada cual hace las suyas.

—

A nadie te confíes demasiado,
si quieres vivir libre de cuidado.

—

No compres al por menor,
si puedes al por mayor.

—

Nunca puede ser simpática
la niña que sea apática.

—

Toma el café muy caliente
y el mojicón muy reciente.

—

Las relaciones muy largas
resultan pesadas cargas.

—

Si quieres vivir contento,
mastica bien tu alimento.

—

El que simiente no echa
no tendrá nunca cosecha.

—

Si has de dormir placentero,
nunca juegues de dinero.

—

En amor, dulzuras largas
suelen resultar amargas.

—

Ni tomes ni des prestado
y vivirás sin cuidado.

—

Ganará á la lotería
quien no juegue ningún día.

—

Nunca imites á los viejos;
pero sigue sus consejos.

—

Si una criada sale respondona,
¡aguántate! Peor es la ladrona.



22.-Sacrílego y parricida.

Legenda espeluznante.

(Dedicada á mi amigo F. M.)

PRÓLOGO

Una leyenda sin prólogo
es como sin pelo un húngaro:
parece leyenda insípida
y cosa de gusto rústico.
Tú, que adoras lo romántico,
medieval, árabe ó rúnico,
verás lo que de mi péñola
brotó, aquí en brillante búcaro
de versos inspiradísimos
formando romance esdrújulo,
atavío muy á propósito
para el buen efecto acústico
de escenas archidramáticas,
de esas en que, sin escrúpulo,
rasga un acero la atmósfera
y del seco pasa al húmedo,
después de segar impávido
de cabezas un sinnúmero;
de esas en que torres árabes
muestran donceles impúdicos
de sus almenas y pórticos
colgados y casi pútridos;
de esas en que puras vírgenes,
de que no se habla en los púlpitos,
son, por amantes frénéticos,

pajes, poetas ó músicos,
raptadas de sus alcázares
ó violadas sobre un túmulo;
de esas en que, en lucha homérica,
dos rivales, casi impúberos,
de un tajo, quedan sin fémures
y, de otro tajo, sin húmeros;
de esas que forjan artífices,
como Ponson, tremebúndicos,
dejando al lector atónito
con lances trágicos múltiplos,
tan insólitos y tétricos
que nos encogen los músculos.
Mi historia es de lo más fúnebre
que nos marca el patrón último,
y la saqué de una crónica
que hallé en un sitio palúdico
en un palimesto apócrifo
de un falso Rómulo Angústulo
que, desde Córcega á Génova,
dominó el golfo ligúrico
cuando era la España árbitro
del mar verde y del azúreo.
La acción es casi fantástica,
con lances más que mayúsculos,
crímenes inverosímiles
y personajes abúlicos.
Lee, lee; que esto es óptimo;
lee hasta el fin este opúsculo;
lee; y, si al final terrífico
arrojas aqueste cúmulo
de invenciones manicómicas,
como luégo lo hará el público,

y dejas de los románticos
de ser tonto catecúmeno,
habré empleado con éxito
mi péñola y mis esdrújulos.

I

El huracán, el castillo y la emboscada.

Brama el viento entre los árboles;
chocan, con horrible estrépito,
montes de arena en la atmósfera,
con ímpetu más que atlético;
ruge el gran golfo ligúrico
revolviéndose en su vértigo
y arrojando por sus vórtices
rabiosa espuma de réprobos,
cual si del Orco las válvulas
no cerrara infernal émbolo.
Hace un frío glacial-ártico
que hiela hasta el mismo tuétano...
Es una noche fatídica,
negra como alma de escéptico,
tan sólo por líneas lívidas,
que á todo dan aire tétrico,
alumbrada, de relámpagos
de resplandores santélmicos,
cual los que dan los cadáveres
y los restos esqueléticos,
cuando consumen el fósforo
que se filtra de sus féretros.
De una montaña en la cúspide,
sobre acantilados épicos,

muestra sus ojivas góticas
un feudal castillo espléndido,
abandonado á las águilas
y asilo de los murciélagos,
con torreones polígonos,
llenos de musgos y muérdago,
con sus paredes graníticas,
ricas en ciclópeos témpanos;
con sus fantásticas gárgolas,
que adornan mónstruos quiméricos;
con su gran patio rectángulo
que vió tan lucidos séquitos
salir para empresas bélicas
ó paseos cinegéticos,
y, hoy, asilo de gastrópodos;
con sus salones decrepitos,
donde sonaron las cítaras
de trovadores y eméritos;
con sus espaciosos sótanos
y sus calabozos fétidos,
donde más de cuatro mártires
fueron dejados acéfalos.
Nobles escudos heráldicos
pregonan que, en el pretérito,
fué aquel castillo de un príncipe
de Génova, celebérrimo
cuando era aquella república
asilo de hombres de crédito,
de esos que, de Chipre á Málaga,
eran rivales del véneto
en todo mercantil tráfico
franco-hispano-italo-helénico.
Al pie del camino áspero

que en zig-zag sube epiléptico
desde la costa hasta el vértice
de aquel peñascal aspérrimo,
se ven dos hombres impávidos
que esperan algo quimérico,
envueltos en negras túnicas
que agita el cierzo maléfico
entre los vapores diáfanos
de las espumas del piélago.
En su andar poco pacífico,
en su ademán harto bélico,
en el chasquido metálico
que, al moverse, suena trémulo,
en sus palabras coléricas,
en su patear frenético,
conócese que dramático
el juego va á ser escénico.
Hace tiempo que el perímetro
de una cerca cruzan, présagos
de alguna horrible catástrofe,
cual fieros lobos famélicos
que esperan llegue su víctima
para sorprenderla pérfidos.
Sus ojos, como luciérnagas,
brillan en la noche de ébano;
y, á veces, rabiosas sílabas
se oyen de lenguaje inédito
como chasquido de látigo,
aumentando el ronco estrépito
de aquella noche patética,
de aquel huracán homérico.
—«¡Nada!», grita el más escuálido.
—«¡Nada!», dice, repitiéndolo

la voz del eco automática
con rabia y furor idénticos.
Y siguen con paso gímnico
pateando los excéntricos,
hasta que el llamado Pánfilo,
tendiendo el brazo esquelético,
dice, señalando al ábrego:
—«¡Por ahí viene! ¡Preparémonos!»

II

La sorpresa y el crimen.

Se oye un chirrido metálico,
y, á poco, el golpeo típico
del galopar. Graves órdenes
serían las que, en tan críticos
momentos, ningún obstáculo
en jinete tan solícito
hallaban, cuando impertérrito
venía al lugar fatídico,
cual á citas nigrománticas
acude un brujo noctívago.
De repente, encabritándose
en bote muy poco artístico,
el caballo rueda exánime,
sangre echando por el hígado,
mientras el jinete incógnito
grita con acento írrito:
—«¡Traición! ¡Socorro!»

—«¡Encomiéndate
al diablo!»

—«¿Eres tú, Crispulo?»

—«Yo mismo, sí; ¿qué?

—¡Maldígate

Dios!»

—«¡No hagas el ridículo;
ya sabes que yo soy práctico,
y literato y científico:
he sabido que un filósofo
español, Servet, un círculo
dice forma en nuestras vísceras
corriendo el licor sanguíneo;
y quiero ver si tu aurícula
se entiende con tu ventrículo,
lo que tan sólo sacándote
el corazón puedo»

—«¡Críspulo!»...

Por los cabellos agárranle,
que son del blanco más límpido,
previamente amordazándole
como consumados pícaros,
de debajo de la acémila
sacando al anciano mísero.
Luégo en un puñal con cánula
echan ácido cianhídrico:
y una vez tras otra hundiéndolo,
con feroz júbilo cínico,
del pecho en el centro cóncavo
del viejo, lo dejan rígido:
juntándose los coágulos
del jinete y el solípedo,
en charco helado de púrpura,
cual rojo bloque porfídico.
Un deslumbrador relámpago,
de esplendor apocalíptico,

iluminó, de la víctima,
del rostro los rayos lívidos,
mientras los dos antropófagos
lanzaban votos sacrílegos.

III

La tormenta, el cadáver y los asesinos.

Era aquella noche horrísona
la víspera de las Ánimas,
y el viento traía, en fúnebres
redobles de voz metálica,
los clamoreos litúrgicos
arrastrados por las ráfagas,
evocando sombras nómadas
de mil figuras fantásticas,
cruzando entre los relámpagos
ya envueltas en blancas sábanas
ya en amarillentas túnicas,
ó ya con rojizas máscaras,
en actitudes olímpicas,
con andares de sonámbulas,
entre sombras removiéndose
con dimensiones titánicas,
haciendo chocar los árboles,
armando revueltas álgaras,
como gigantescos cíclopes
de dantesca visión báquica
que se divierten lanzándose
nubes cargadas de cántaras
que, al chocar, con sordo estrépito,
vierten aguas cataráticas.

¡Qué noche! ¡Ni las caóticas
de las trombas diluviánicas!
Con todo, Pánfilo y Crispulo,
con flema más que batávica,
atravesaban el páramo
de aquella costa volcánica,
cargados con el cadáver,
sombras semejando erráticas,
lanzando crudos apóstrofes
y sosteniendo esta plática:
—«¡Ya van tres con éste, Crispulo!
—¿Y qué son tres vidas?

—¡Cáspita!...

—El doble, el triple ni el décuplo
no bastarán á pagármelas.

Lo que yo he sufrido, Pánfilo,
ha de costar muchas lágrimas;
ya sabrán lo que es habérselas
conmigo suelto y sin máscara.

Fuera de eso, un viejo fámulo
y una viejecilla asmática
no deben contarse; el prólogo
son sólo de la acción trágica.

—Y ¿qué nos dirá Don Úrsulo
cuando sepa tanta lástima?

—¿Has dicho lástima, Pánfilo?
Mira que me siento sátrapa
y...

—Dispensa, amigo óptimo;
fué una falta... de gramática.

Dí: ¿sigues en tu propósito
de comida antropofágica?

—Siempre. Lo juré por Júpiter

y mi jura es siempre válida:

«He de comerte los hígados»,
dije al irme y al jurárselas.

—¡Bien! ¿Comemos á Don Máximo
frito, asado ó á la vándala?

—Cocido estará más sávido.

—Sí, sí; con cebollas ácidas.

—No; con judías y chícharos.

—Con berzas.

—En salsa tártara.

—Eso, eso.

—Mira, Pánfilo;

la berza me es antipática;

es una legumbre rústica;

y muy poco aristocrática,

y la cebolla es estíptica,

y mal oliente y letárgica;

por lo tanto, guisarásele

con trufas.

—¡Idea báquica!

—Con luisa y rosas.

—¡Lucúlica!

—Con alcachofas.

—¡Cleopátrica!

—Y con pimientos.

—¡Mirífica!

Siento como ansias de crápula

por darte en la faz un ósculo

y grabarte en una lámina.

Mas ¿lo querrá hacer Don Úrsulo?

—Como merendar cantáridas;

pero á mí me importa un óbolo

que no le parezcan plácidas
mis órdenes, y haya réplicas.

—Y suspiritos y lágrimas.

—Si se empeña..., ¡al cuello el cáñamo;
y que explique en otra cátedra!

—¡Críspulo, eres todo un Cómmodo!

—¿Va de polémicas?

—¡Cáspita!

No te enfades...

—¡Vaya un título!

—Lo decía por metáfora.

—La comparación es pésima.

Vas á bailar la tarántula.

Los Cómmodos y Heliógalos

son sólo gentes sebáceas

que rinden culto á su estómago

y tienen sangre linfática.

¡Y te he llamado mi Píladés!

¡Y pesas algo en mi báscula!

No mereces ser mi cómplice,

con tu facha de carátula...

¡Me has incomodado, Pánfilo!

creo que vas á hacer gárgaras...

—¡Críspulo!...

—¡Silencio!

—¡Mírame;

ya están mis piernas perláticas!...

Serás causa de mi óbito,

si una mirada balsámica

no me otorgas, y mis súplicas

no atiendes...

—¡Me causas náuseas!

¡Calla, calla, alma raquílica!

¡Levántate!

—¡Oh voz simpática!
¡Críspulo, Críspulo!... ¡Déjame
que en tus zapatos con máculas
estampe un beso de pláceme.
Y, echándose en aquel Niágara,
se puso la cara húmeda
y á poco practica náutica.
Se alzó con ademán cómico
oyendo risa sarcástica;
y, sin decir una sílaba,
siguieron la ruta pánica
hasta que el terrible Críspulo
dijo en voz melodramática,
deteniéndose ante el pórtico
de una morada enigmática,
restos de un palacio célebre
en las contiendas lombárdicas:
—¡Aquí es!... Y de su cómplice
recibió respuesta tácita (1).

IV

Sorpresa macabra.

—¡Abre!, en tono categórico
ordenó á Pánfilo Críspulo,
dejando al suelo en depósito
el cadáver inequívoco
del desgraciado Don Máximo.
Se escuchó el característico
ris-rás del hierro con óxido,

(1) Hasta aquí, lo escribí en Tejares el año 1874. El resto, en Madrid, en 1911.

y quedó abierto un vestibulo
negro como alma luzbética,
y con olores mefíticos.
Con un pedernal de sílice
sacó varias chispas Crispulo
y encendió con ellas mágico
un aparato lumínico,
una tea de luz lúgubre
y de perfume resínico.
Vuelven los restos escuálidos,
y, ante aquella antorcha, lívidos,
á recoger, de su víctima;
y al holocausto sacrílego
los conducen los caníbales,
cual fieras á su cubículo.
Cerrada la puerta férrea,
atraviesan el vestibulo,
pasan por un claustro gótico
con altos cedros del Líbano,
penetran bajo amplia bóveda,
suben dos tramos artísticos
de una escalera magnífica
de peldaños monolíticos,
cruzan enlosado tránsito
que tiembla, á su paso, rítmico;
y, ante una puerta románica
con sus clavos bizantínicos
se detienen. So la ménsula
de al lado hay un mónstruo bíblico
con la boca abierta y ávida.
Mete en él la mano Crispulo
y, sin decir ¡Sésamo, ábrete!,
como el de los cuentos índicos,

oprimiendo un botón mágico,
la puerta abrió. Allí, el presbítero
Don Úrsulo de la Róbbida,
el anciano amigo íntimo
del ya difunto Don Máximo,
en un retiro eremítico,
vivía la vida plácida
de un sacerdote pacífico.
En su limpio lecho cómodo
dormía sueño beatífico,
cuando invadieron su cámara
aquellos dos fieros bípedos,
llevando á rastras su víctima
y alumbrándose fatídicos
con aquella tea ignífera,
que era luz y era turíbulo.
—¿Quién va?, preguntó Don Úrsulo,
con temblón acento tímido.
—¡Nosotros!, con voz irónica,
respondieron los dos cínicos:
Os traemos á Don Máximo.
—¡Cómo! Pero ¿eres tú, Crispulo?
—El mismo, con un acólito
filósofo eruditísimo
que, en silogismos en bárbara,
no le gana el más sofisticado;
trata á Pico de la Mirándola,
á Melancton y á Scalígero.
Aquí tienes á mi adlátere,
que es además gran calígrafo.
Se llama Pánfilo Réspice.
—¿Dónde está Máximo?

—¡Míralo!

y, sobre el lecho arrojándolo,
cual si fuera objeto frívolo,
rompen en risa sarcástica.
Quedó el cura paralítico
ante el tremendo espectáculo,
creyendo soñar con incubos.
Dando, al fin, brinco de acróbata,
del lecho saltó con ímpetu,
entablándose este diálogo
archimacabro y verídico:

—Pero ¿es tu padre?

—Ese título

le daban; ¿Quién sabe?

—¡Bárbaro!

¡Parricida!

—¡Aquí no es lícito
insultar á un par de jóvenes
que han roto todos los vínculos
sociales, y que son prójimos
que se ríen del patíbulo,
y te rompen una vértebra
como quien mata un cernícalo,
si sigues usando términos
tan soeces é impolíticos.
Enciende ese belón, Pánfilo,
que veamos bien el físico
de este dómine sin férula
que quiso hacer de mí un místico.

—¡Infames!

—¡Vas á pagárnoslas!

—¡Verdugos!

—¡Te rompo el tímpano!

Quita al belón ese pábilo
que es demasiado odorífero.

—¡No temeis á Dios!

—Ni al sábado

con brujas y diablo en círculo

—¡Herejes!

—¿Lisonja?

—¡Pérfidos!

—Voy á quebrarte un cartílago...

¡Ea! ¡Basta ya de cháchara,
que me pones de humor bílico!

¡Escucha, viejo; y prepárate:

Pasemos á otro capítulo;

que ya la luz del crepúsculo

alumbra el lejos marítimo;

y, á gritos, pide el estómago

un almuerzo sibarítico,

que has de prepararnos rápido.

Allí haré tu panegírico,

el de cuando, *in illo tempore*,

del gran poema virgílico

éramos fieles intérpretes;

tú, maestro; y yo, discípulo;

y ambos á dos comentábamos

de Bíbilis al satírico.

Vístete ya; que, en subúcula,

estás bastante ridículo,

enseñándonos las rótulas

más flacas que un pollo tísico.

Eres de temple catárrico

y tenemos tiempo frígido;

y los viejos sois muy frágiles

y hay que cuidaros muchísimo.

Así, pues, seamos prácticos
y procura no ser díscolo;
que vale más ser flemático
que ser nervioso y ser bílico.
Quita al belón ese pábilo
que se pone tan mefítico.
Coje la sotana y cúbrete;
anúdate bien el cingulo;
ponte esas babuchas árabes;
y quedas hecho un epíscopo;
y no hables de espantapájaros
como tu Dios y sus símbolos,
invenciones metafísicas
y entes puramente míticos,
buenos para gentes crédulas
que hasta ven volar mamíferos.
—¡Escéptico! ¡Mala pécora!
—No soy más que tu discípulo.
—¡Descastado!

—Son estériles
todos tus necios epítetos.
Guarda silencio y escúchame
que, artículo por artículo,
vas á conocer los móviles
en que se inspira mi espíritu.
De ajustar cuentas pretéritas
llegó ya el momento crítico.

V

La venganza.

Y siguió hablando aquel réprobo
con la alegría diabólica

que inspira en su alma sádica
otra de dolor pletórica:

—Bien sabes tú que, frenético,
apenas la ví, fuí idólatra
de aquella mujer seráfica,
angélica, anacreónica,
sutil, vapórea, virgínea,
la preciosísima Mónica,
la de las miradas lánguidas,
la de resbalar de góndola,
la de los cabellos áureos,
la de la garganta mórbida,
la de los ojos zafíricos,
la de las gracias recónditas,
la de la frente nacárea,
la de las manos marmóreas,
la de mejillas liliáceas,
la pálida, la incolórea,
la de los diáfanos párpados,
la de las posturas góticas,
la de los labios marfileos,
la de pestañas sedóseas,
la del pie cenerentólico,
la sílfide, la incorpórea,
la de la nariz traslúcida,
la de las ojeras bronceas,
la de los decires flébiles,
la hechicera, la narcótica,
la de la barbilla cérea,
la cándida, la hiperbórea,
la de la sonrisa histérica,
la de la frase melódica,
la del dulce rostro en óvalo,

la ingrávida, la lacónica,
 la de los lunares plúmbeos,
 la de las sienes cóncavas,
 la de los cárdenos pómulos,
 la grácil, la melancólica.
 ¿Por qué se empeñó Don Máximo
 en matar mi furia erótica!
 ¡Por tus avisos estúpidos!
 ¡Por tus consejos hipócritas!
 ¡Que, aunque las hechas de Séneca,
 conozco tu alma nerónica!
 Por tu culpa, soy un tráfuga
 llevando esta vida nómada
 que, en dos años, me ha hecho célebre,
 desde Milán hasta Córcega,
 como jefe de unos héroes
 que se ríen de Leónidas...
 Por tí me he quedado huérfano...
 añadió con risa histriónica.
 —¡Eres un mónstruo!

—Y tú un títere

que vas á enseñar Retórica
 y á decir *Angelus Dómini*
 bailando, como un autómeta,
 una danza de funámbulo
 digna de imagen pictórica.
 Ahora mismo, vé diciéndome
 dónde se halla oculta Mónica.
 —Dios la protege.

—¡Protéjala

Satanás.

—¡La fe católica!

En un convento benéfico
á salvo está de tu cólera.

—¡Un convento... Aunque los Médicis
lo protejieran, mis nómadás
á sangre y fuego tomáranlo,
y de sus monjas cloróticas,
que están hartas de ser vírgenes
y esposas de Dios platónicas,
harán madres, si son jóvenes
y no demasiado hórridas.

—¡No blasfemes más, sacrílego!

—¡Dime dónde se halla Mónica!

—No lo diré.

—Saca el látigo,

Pánfilo.

—¡Mátame, apóstata!

Dos latigazos de cómitre
resonaron sin más fórmula,
tiñendo de negro y púrpura
las mejillas setentónicas
del noble anciano.

—¡Crisóstomo!

¡Socorro! ¡Auxilio!... ¡Verónica!

—Llama, llama á los imbéciles
de tu servidumbre estólida.

¡Qué parejita de fámulos,
casi sin voz y sin óptica!

Crisóstomo está sus débitos
pagando al diablo sin prórrogas;
y Verónica echa un párrafo
con Luzbel, y se halla atónita
al ver que el rabo diabólico
no está en la región prepóstera.

—¡Parricida!... ¡Infame!... ¡Adúltero!...

—Tu pobre mujer...

—¿Crisógona?

Déjala podrir fanática
en su castillo de Módena.

—Tu padre...

—Un puñal y un tóxico,
y... ahí lo tienes... hecho pócima.

—Tu hermana...

—¿Quién; si soy único?

—¡Mónica!

—¿Cómo?

—¡Sí; Mónica!

que hubiera sido tu víctima
maldita por incestuósica,
si tu padre, árbitro pródigo,
no la alejara de tu órbita.

—Viejo; me dejas extático
con tu fábula estrambótica.

Me has extirpado un forúnculo

en la región epiglótica,

y, por poco, quedo afásico

con noticia tan incógnita.

Parece invención de Sófocles

ó mito de época heroica.

Nunca comprendí la ética
de Edipo y Yocasta histórica.

¿Qué él fué de su madre al tálamo?

¿No hacen lo mismo las tórtolas,

las gallinas y los ánades

y hasta las familias bóvidas,

caninas, cetáceas, équidas,

caprinas, gorrinas y óvidas?

¿Y lo que nos cuenta el Génesis,
 tras la hoguera pentapólica
 y hecha en sal la metamórfosis
 de aquella familia lóthica?
 ¿De quién Caín tuvo vástagos?
 ¿Quién de Seth fué esposa pródiga?
 Si todos somos de un légamo,
 nuestras sangres son homólogas.
 —¡Crispulo, *distingue témpora!*
 —¿Qué témporas ni qué mónitas!
 Tú has creído que, diciéndome
 que era mi hermanita Mónica,
 iba yo á encontrar un óbice
 en parentela tan próxima,
 para seguir adorándola
 cual Marco Antonio á Cleópatra...
 ¡Qué tontería!

—¡Qué escándalo!

—Nada respeta!

—¡Ni al Gólgota!

—¡Blasfemo!

—¡Pánfilo, el látigo

y dejémonos de andróminas!
 Vas á descender al sótano,
 que están mis fauces hidrópicas,
 y á subirnos un par de ánforas
 del Falermo de aristócratas.
 Para servirle de estímulo
 y hacer algo de bucólica,
 sube unas magras ó fíbulas
 y alguna otra cosa sólida;
 y, ya en el camino, súbenos
 una sierra filantrópica

que haga sólo daño mínimo
cuando entre en la carne mómica
después de serrar el cráneo
de mi padre, que de pócula
ha de servir para el líquido;
sube también una espórtula
para echar tripas inútiles
y menudencias cacódoras.

—¡Cafre! ¡Antropófago! ¡Sátiro!
¡Nerón!

—¡Figura retórica!

—¡Verdugo!

—¡Hipérbole!

—¡Bárbaro!

—¡Otra expresión alegórica!
¡Basta ya! ¡Cumple mis órdenes!
—¿Serás capaz?

—¡Por mi Mónica!

Te juro que en ese cráneo,
convertido en copa ósea,
beberás Falerno clásico
de tu bodega canónica;
y luego, en banquete opíparo,
viendo tu cara hipocóndrica,
has de roer de Don Máximo
la clavícula y la rótula,
mientras nosotros los músculos,
guisados con salsa insólita,
manducaremos, chupándonos
de nuestros dedos la córnea.
Un buen trozo del homóplato
y el corazón en albóndigas
llevarás luego, con Pánfilo,

para que lo pruebe Mónica,
que saldrá, quiera ó no quiéralo,
de su clausura canónica,
para ser mi angel custódico
en esta vida heteróclita.
Luégo buscas un sarcófago
nuevo ó de época arqueológica;
y allí, vivo, enterrarémoste
con las sobras zoológicas
que queden de papá Máximo;
con inscripción alegórica
en una bonita lápida
y en frase no macarrónica;
pues, en latín, mi satélite
tiene ciencia salomónica.
Este es mi programa, Úrsulo,
mis órdenes categóricas;
y de ellas no quito un ápice,
porque ya ves que son módicas,
dadas las causas gravísimas
de esta mi *vendetta* córsica.
O las cumples ó prepárate
á morir, de muerte idiótica.

VI

El martirio del sacerdote.

—Sujeto con fuertes vínculos
de buenas cuerdas de cáñamo,
en el suelo tenderémoste,
desnudo tu cuerpo flácido,

y vivas llamas lamiéndote
los pies, con su ardiente hálito.
Te romperé las mandíbulas,
á manera de preámbulo.
Tu boca, en insultos pródiga,
mantendré abierta hasta el máximo,
para ser sucio depósito
de líquidos y de áridos
que estorben en los abdómenes
ó eche del vómito el bálago.
Tus cúbitos y tus fémures
haré salir de sus ángulos;
magullaremos tus pómulos
y arrancaremos tus párpados.
Luégo regaré con pólvora
tu cuerpo; y sus negros gránulos
serán como agujas ígneas,
que picarán más que tábanos.
Tu lengüecita de víbora,
tus orejitas de párvulo
y tus narices ovídicas
bien picadas y con ácido
sulfúrico, por tu esófago
irán y serán tu viático.
Después de este ágilismójilis,
te echaremos hasta un cántaro
de aguardiente; y cantarémoste
el gori-gori aquelárrico,
mientras tu cuerpo consúmese
en fuego cerúleo-guáldico,
sin que nada quede incólume
de sus relamidos cálidos.
y el hilo te corta agónico

la misantrópica Átropos;
y bajas, sin gastar féretro,
de un brinco, hasta el mismo báratro.
¿Te gusta el programa, clérigo?
Pues así acabarás trágico,
si no obedeces mis órdenes,
sin replicar, listo y rápido.
Su discurso acabó Crispulo
con tres trallazos del látigo
que, en las carnes del presbítero,
dejaron tres trazos cárdenos.

VII

La catástrofe.

Con un ataque espasmódico
cayó aterrado Don Úrsulo,
anonadado y afónico
ante el bárbaro energúmeno.
—¡Ea! ¡Basta de camándulas!
¡Vamos! ¡Decídetes!

Súbito,
cruzó un resplandor fosfórico
por los ojos de Don Úrsulo;
y, cual si una fuerza mágica
tonificara sus músculos,
cogió la tea flamígera
y bajó al sótano húmedo,
sin pronunciar una sílaba
y muerto ya todo escrúpulo;
quedando arriba, aguardándole,
los criminales, con júbilo.

Llegado el anciano al sótano,
 cerró el portón fuerte y rústico,
 y, echando el cerrojo férreo,
 brillaron como carbúnculos
 sus ojillos microscópicos;
 y dijo, con fervor lúcido,
 de rodillas prosternándose:
 —¡Dios mío! ¡Llegó ya mi último
 momento! ¡Virgen Santísima!
 ¡Recibe de este tu súbdito
 el alma!... ¡Dios piadosísimo!
 ¡Perdón, sí, al llegar al fúlgido
 trono que ocupais, de crímenes
 que jamás soñé,... mayúsculos,
 soy autor!... ¡Piedad!... ¡Mi ánimo
 sostened!...

—¿Acabas, Lúculo?,
 —gritó desde fuera Pánfilo—
 ¿Estás empinando el cúbito?
 ¡Mira que se enfada Crispulo!
 —¡Allá voy!, gritó Don Úrsulo.
 Y en un gran barril de pólvora
 lanzó la tea, de súbdito,

.....

Se oyó un estrépito horrísono;
 dos blasfemias... Un fulgúreo
 resplandor cruzó la atmósfera;
 y luégo... ¡nada!... El crepúsculo
 de la mañana de Animas;
 el cielo y el mar azúreos;
 cuatro negruzcos cadáveres;
 de un incendio el fulgor último;

y negros buitres, cerniéndose,
en la costa del Ligúrico.
Y,... recorriendo su órbita,
nuestro planeta sub-lúnico.

EPÍLOGO

¡Ni uno se salva!

Del Adriático en las márgenes,
frente á la costa dalmática,
en un valle paradisíco
por entre Rímini y Rávena,
un convento de Jerónimas,
con sus líneas pseudo-clásicas,
erguía la airosa cúpula
de su iglesia catedralicia
y los esbeltos pináculos
de su alta torre cuadrángula,
en el espejo mirándose
de azules olas adriáticas,
y del Rubicón histórico
en las puras linfas diáfanas.
Allí la inocente Mónica
vivía vida monástica
desde que, huyendo de Crispulo,
su padre allí retirárala.
Fruto de un amor adúltero
con una condesa bávara,
jamás maternales ósculos
sintió su mejilla pálida.

En un convento de Bérghamo
unas monjas educáronla
hasta que, al décimoséptimo
año de su vida cándida,
muerta su madre, Don Máximo,
queriendo con él llevársela,
y fingiendo ser el íntimo
del padre, mal muerto en Águila
en un lance cinegético,
de aquel retiro sacárala,
llevándola luego á Rívoli
y en su casa presentándola
como rica y noble huérfana
digna de cariño y lástima.
La lástima fué que Crispulo,
con sus ideas satánicas,
se empeñó en hacerla víctima
de su vergonzosa crápula,
sin que del padre las súplicas
ni de la niña las lágrimas
ablandaran de aquel cínico
la cruel víscera torácica.
Hubo que expulsar al sátiro;
llevar su esposa simpática
(una aristócrata Pórpóra
más dulce que el vino Málaga)
con su familia de Génova;
mandar á Mónica á Rávena;
cambiar Rívoli por Módena;
y hasta se pensó... (¡otra lástima
que el consejo de Don Úrsulo
no se llevara á la práctica!)
en irse todos á América

en cualquier galera hispánica,
dejando á Crispulo en Córcega
urdiendo vendettas máfficas.
¡Toda esta tragedia hubiérase
cambiado en historia plácida;
pues de Crispulo, el Atlántico
haría las iras náufragas!
La fatalidad dispúsolo.
¡Sus sentencias son inápelas!

.....
.....

Un jardincito lindífsimo
y una huertecita plácida,
del Rubicón en las márgenes
pintorescas y aromáticas,
eran el recreo arcádico
de las Jerónimas cándidas.
En el espacioso círculo
de una glorieta teatralica
que sombreaban los álamos
con sus frondas, casi guáldicas,
cayendo, al beso del céfiro,
en tarde otoñal galbánica,
estaba la pobre Mónica
tan solitaria, tan pálida,
tan exangüe, tan traslúcida,
tan ojerosa, tan lánguida,
tan triste, tan melancólica,
que daba pena mirándola.
En un gran banco de mármoles
con respaldo de carátulas,
estaba la infeliz huérfana
rezando, ya medio extática,

cuando los pasos sintiéronse
de Sor Luz, llegando rápida.
—En el locutorio esperáos
un hombre que os pide plática.
—¿Se sabe quién es?

—Ignórolo.

Llegó en una mula escuálida
tan fatigada y decrepita
que en el patio ha muerto inválida.
Dice que trae una epístola
urgente.

—¡Noticias trágicas,
sin duda!

—¿Ya estais profética?

—Una mula es emblemática
con su óbito tan súbito.
—No os metais en hacer cábalas;
que lo que ha de ser dispónelo
Dios sólo, con ciencia máxima.
¡Y vamos ya! Vuestro báculo
tomad; confiad magnámina
en Dios, que es justo y es pródigo
y que á una niña sin mácula,
como vos, un premio edénico
reserva en vida seráfica
ultraterrena; y sed víctima
para lograr gloria máxima;
que esas son de Dios las órdenes
y debemos acatárselas;
el dolor de aquí es efímero
y eterna la dicha ultránica.
Mónica escuchó humildísima
la jeromínica vápula;

y, apoyándose en el báculo
 sostén de sus carnes flácidas,
 marchó con paso lentísimo
 al locutorio. Esperándola
 estaba un viejo decrepito,
 con lengua barba abrahámica,
 que, al verla tan cadavérica,
 rompió en sollozos y lágrimas.
 —¿Pero eres tú, buen Crisógono?
 ¿Qué hay de nuevo?

—¡Dios, ampárala!

¡Señorita, tened ánimo!

—¡Me asustas!... ¡Habla!...

—Doña Águeda...

—Mi tía...

—Me dió esta epístola
 antes de morir.

—¿La ciática?

—No, señorita; los crímenes
 que cometía esa cáfila
 de bandidos de Don Crispulo;
 la carta lo dirá.

—¡Dámela!

.....

Abrió la misiva Mónica;
 leyóla trémula y ávida;
 y, sin llegar á su término,
 porque las fuerzas faltáronla,
 cayó en tan súbito síncope
 que al cielo voló su ánima.
 Crisógono, al verla exánime

presa de asistolia pánica,
rodó por las losas fúgidas.
!!!Y aquí dió fin esta fábula!!!

(Tejares, Junio-1874.—Madrid, Marzo-1911).

Orno

23.—Al eminente Doctor Calleja

y á sus no menos eminentes compañeros los Doctores Pulido, Gimeno, Cortezo, etc., etc., (con motivo del título de Conde de Calleja otorgado al primero y de la cuestación abierta por los segundos para pagar los gastos de concesión del título).

I

Acabo de recibir
un sablazo-circular
que me obliga un bote á dar
y en quintillas á escribir
lo que debo contestar;

—

pues nada menos merecen
los del protomedicato
cuyas firmas aparecen
al pie del pobre alegato
en que el sablazo me ofrecen;

—

y son entre otros Doctores,
Cortezo, Grinda, Cajal,
Gutiérrez, y Tal, y Tal...;
todos los dioses mayores
del Olimpo medical.

—

Me piden, con poca gracia,
que contribuya con algo
á hacer de la aristocracia
á un Catedrático hidalgo
metido en la democracia;

—

porque, para hacerle Conde
de un condadito sin tierras,
se requieren muchas *perras*,
y hay que buscarlas en donde
se encuentren, valles ó sierras.

—

El anciano Profesor
á quien se quiere ayudar
el condadito á pagar
es usted mismo, Doctor,
y... no sé qué contestar;

—

porque el caso es que, al saber
la concesión de su título,
no me pude contener
y le largué este capítulo
de cargos, que va á leer:

II

Me hacen muchísima gracia
estos aristo-demócratas
que, siendo en el fondo autócratas,
cultivan la democracia
como plantel de aristócratas.

—

Vamos á cuentas: ¿de dónde
saca usted, caro Doctor,
que, siendo usted Profesor,
porque le titulen Conde,
va usted á ser más ni mejor?

—

Diga usted: ¿qué es un Marqués,
visto sin lentes de aumento?
Un hombre como usted es,
del que se saca después
aquí un sabio, allá un jumento.

—

La verdadera grandeza
no la da ya un nombre vano.

El oro da la riqueza
y el saber da la nobleza
al prócer como al villano.

—

Siempre le tuve, Doctor,
por hombre sensato y listo.
¿No ha sido usted Director?
¿No es Decano y Senador?
Pues ¿á qué darse más pisto?

—

Comprendo que diga usted:
«—¿No soy yo á caso tan bueno
«como Cortezo ó Gimeno?
«¡Don Segismundo!... ¡José!...
«¡No me hagais tragar veneno!

—

«¡Hacedme Ministro pronto,
«que mi piel va siendo vieja,
«y es mi escudo una vulpeja
«con el exergo» ¡No es tonto!
«¡Sépase quién es Calleja!»

—

Si tal dijera irritado,
le sobraría razón;

pero... ¡querer un condado! ...
¿De dónde habrá usted sacado
esa senil ambición?

¿Se encuentra usted pergaminos
en la cara, y sangre azul
en las venas?... ¡Desatinos!
¡Son los años; y algún tul,
de su vista en los caminos!

¿Será el contacto diario
del personal nobiliario
que en el Senado se sienta
y que de necio revienta
salvo caso extraordinario?

¿Será para protestar
contra su poca estatura?
Weyler se empinó á la altura
del Teide, sin mejorar,
hecho Marqués, de figura.

¿Habrá usted quizá soñado
con San Diego y San Gregorio?

Dios á usted no le ha llamado
por ese Oriente encantado
de tales santos emporio.

—

Si es usted rey de sí mismo,
es decir «rey de Calleja»,
¿quién demonio le aconseja
meterse en ese lirismo
de ser «Conde de Calleja»?

—

Porque aquí todo el condado
se reduce á su persona;
y es condado que pregona
que en su frente han colocado
una nominal corona.

—

Y como usted la tenía,
aunque no se la ponía,
ya de rey, no sé por dónde
ni sé por qué brujería
sea más que un rey un conde

—

Por otra parte, el condado
no sólo viene pelado,

sin tierras, renta ó castillo,
sino que estruja el bolsillo
de quien con él ha soñado.

Y hay derechos que pagar
de la condal concesión;
y la casa hay que montar
con criados de calzón,
para poder alternar.

Conde flamante que esconde
en un rincón su corona,
y que su casa no entona,
es un cursilón de conde
que detona y desentona.

Hay, pues, que tirar de largo
para hacer las cosas bien;
lo hará usted, ya me hago cargo:
pero, á veces, es amargo
echarse de conde un tren.

Y es cosa ya tan añeja,
siempre de usted al hablar,

decir «el Doctor Calleja»
que no va usted á lograr
hacer león la vulpeja.

—

Esa es una chifladura
propia de chocha vejez;
mas de usted la madurez
se conserva con frescura
y es lástima tal chochez.

—

Créame usted, Don Julián:
¿quién debe ir, de los dos,
un Doctor y un Conde, en pos?
Condes, los hace un Sultán;
Doctores, tan sólo Dios.

—

No extrañe usted mi lenguaje;
ya sabe que soy así:
nunca cortesano fui
y jamás otro ropaje
que el de la verdad vestí.

—

«Quien bien te quiera, Señor.
te hará llorar»; y es muy cierto.

Figúrese usted ya yerto:
¿qué epitafio pone al muerto?
¿«el Conde Tal?... ¡No!... «¡El Doctor!»

—

Pasará usted á la Historia.
La tierra hará pepitoria
del conde con la pelleja;
pero en San Carlos... memoria
dejará «el Doctor Calleja».

III

Escritas estas quintillas,
¿qué debo yo contestar
á su carta circular
invitándome á pagar
este condado en mantillas?

—

Si Calleja da señales
de que anda falto de juicio,
sus amigos fraternales
no andan tampoco cabales
y le hacen flaco servicio.

—

Toda su reputación
van ustedes á perder
con su extraña petición;

pues, con razón, la opinión
va á dudar de su saber.

—

¿Qué es esto de mendigar
limosnas de los amigos,
para un condado pagar?
¡Los cielos me son testigos!
¡Todos sois locos de atar!

—

Con tamaña cuestación
ponen al Conde en berlina;
pues dicen, en conclusión,
que el Conde es un pobretón
que necesita propina.

—

No es deshonra la pobreza;
pero es ridículo un pobre
que sueña con la grandeza;
¡Sueñe con ella á quien sobre
para lucir, su riqueza!

—

¿Que Calleja es hombre rico?
Lo sé. ¡Peor que peor!
pues es vergonzoso honor

para un rico el perro chico
que le costea un favor.

—

Pidan ustedes millones
para un palacio comprar
y su esplendor sustentar;
y no pidan irrisiones
que hagan al Conde humillar.

—

Compre el protomedicato...
¿qué?... ¡la calleja del Gato!
¡Un condado para el Conde
de Calleja! ¿Cuál más grato?
Y, si quiere más... ¡que ahonde!

—

Yo comprendo que se pida
para hacer un hospital,
para remediar un mal,
para salvar una vida,
para honrar á un inmortal.

—

Entre los sabios firmantes,
¿no hay senadores bastantes

y hasta un Ministro, inclusive?
¡Venga una ley, cuanto antes,
de exención!... ¡Así... se vive!

—

Hasta puedo comprender
que, cual se llega á ofrecer
una espada á un general,
aquí mandaran hacer
una corona condal.

—

No me cabe en la cabeza
que se abra una suscripción
por pagar la concesión
de un título de nobleza
ni al mismo Napoleón.

—

Pero, en vista de su nota,
que su decisión denota,
no quiero pasen rabietas
por la falta de mi cuota.
Apunten: ¡cinco pesetas!

Postdata.

Dicen que un duro no es nada
para salir del apuro;

y que, con mi granizada,
les dejo la fiesta aguada.
¡Bueno! Pues... ¡me guardo el duro!

—
—
Pero conste mi protesta
franca, leal y... cruel,
aunque les agüe la fiesta,
contra ese *guante*, que apesta
á torero sin cartel.

—
—
Y no lo duden, señores:
el homenaje mejor
que va á llevar el Doctor
son las poquísimas flores
que he puesto aquí en su loor.

(Madrid, 9-Febrero-1912).



24.-Estaba escrito.

(A LO RODÍN)

I

El bloque desbastado.

Larín, larán, lironda, lirón, larín, lirán,
larinda, linlironda, larín, larán, lirón;
lirín, lirín, lirinda, lirón, larín, larán,
lirinda, linlironda, larán, lirín, larón.

II

La obra.

Entre ese mequetrefe, chupado por el vicio,
que sólo va buscando un lote que explotar,
y el alma de una madre dispuesta al sacrificio
¿con quién se va la niña?, ¿lo puede alguien
[dudar?

—

Entre una pelandusca de linlirín trapío,
que sólo va buscando larín, larán, larón,
y un padre que es modelo de linlirín, lirío,
el hijo nunca duda: ¡lirín, lirán, lirón!

—

Es duro para un padre, cuando la edad avanza
y más los años piden del linlirí el calor,
ver el hogar vacío larín, lirán, liranza,
por ser un linlirinti, larín y sin verdor.

—

Así las cosas pasan y siempre así han pasado,
larín, lirón, lirado pecado original;
pero es horrible pasen; y el diablo linlirado
á Dios lirín, lirindo, larín, larón el mal.

—

El higo ó la manzana que tanto gustó á Eva
nos trajo lonlorondo, lorón la maldición;
no hay padre ya, ni madre, ni Dios ante esa breva
y así al abismo vamos de nuestra perdición.

Guadarrama, 23-Agosto-1913.

erme

25.—Cosas de la vida.

LAS PATATAS DE LOPE

I

Tenía yo una tierra en Guadarrama;
y un palurdo de allí, Lope de nombre
(Perdón, Lope de Vega; así se llama)
me pidió se la diera en parcería.
Como tenía buena pinta el hombre,

acepté y se la dí. Según el trato,
yo ponía la tierra y él pondría
patatas y labores: El contrato
nada, como se ve, especial tenía.

—
Transcurrieron los días y semanas
y Lope no pensaba en sus labores.
¿Por qué tanto aguardar? ¿Eran temores
de perder, ó es que no tenía ganas
de trabajar? ¿ó habría
hallado ocupación de más valía?
—¡No, señorito; nada! ¡Pataratas!
Es que, para sembrar trigo ó patatas,
¿sabe usted, señorito, lo que digo?
hacen falta patatas, ó, bien, trigo.
—Eres un Salomón, amigo Lope;
su ingenio aguza quien contigo tope.
—Pero sí es la verdad: aunque ande á gatas,
si no siembro patatas, no hay patatas.
Yo no tengo patatas, ni dinero
para comprarlas; y, por eso, aguardo.
—Pero ¿qué es lo que aguardas, majadero?
—A que alguien me lo preste; y... está pardo
el tiempo para eso.

Miré al tipo;
y es de los que al más serio quita el hipo.
Como cara de bruto la tenía
de esas que, una vez vistas, no te engañas:
dos deditos de frente, con pestañas
de lana, (así á lo menos, parecía)
pelo rojo y lanudo, y un hocico
como puede tenerlo cualquier mico.

Pero con ese aspecto desdichado,
tenía cara el hombre de hombre honrado.

—No te apures por eso,
le dije: ¿qué patatas necesitas?

—Pues con veinte arrobitas
podré arreglarme, siendo bueno el peso.

—Y ¿qué cuestan?

—Pues eche usted la cuenta,
costando cada arroba una, cincuenta.

—Y ¿qué te podrá dar tu sembradura?

—Es según, señorito.

—¡Ya, ya!

—Me se figura
que una arroba da diez.

—Pues te repito
que no te apures; pero rompo el trato
y hacemos ahora mismo otro contrato.
Toma treinta pesetas
para las veinte arrobas de patatas;
pero quiero que tú te comprometas,
para evitarme que me des más latas,
á darme, en vez de la mitad que cojas,
sólo las veinte arrobas que te presto
y doce por la tierra. ¿Qué? ¿Te enojas?
¿No es mucho mejor esto?

—¡Ya lo creo! ¿Lo dice usted de veras,
ó es por ver si me asusta?

—La broma en cosas serias no me gusta.

—Pues digo, señorito,
que es usted un bendito;
y que en busca me voy de las patatas
y dejo de estar hecho un papanatas.

II

Pasó después un día y otro día
y aquella tierra sin labrar seguía.

—Pero ¿en qué está pensando ese bendito?

—Verá usted, señorito:

Si queremos tener una hermosura
de patatas, ó sea gran cosecha,
(no crea el señorito que es capricho)
nos hace falta... estiercol ó basura,
que así llaman aquí lo que se echa
con perdón sea dicho.

—Y ¿porqué no lo echas, majadero?

—Señorito, por falta de dinero.

Como aquí todos saben que soy pobre,
no se estiercan las tierras
porque, no habiendo perras,
ninguno da basura, aunque le sobre;
y, como el señorito
me ha dado tanto ya y es tan bendito,
me cuesta gran trabajo
pedir más, porque es mucho desparpajo.

Examiné otra vez aquel palurdo
de figura entre mico y entre zorro:
el aspecto era burdo
y, á ratos, de cazurro y de modorro;
y los ojillos, á punzón abiertos,
de liebre parecían, de despiertos;
sobre todo, el izquierdo: era un ojillo
de ingenuo con relámpagos de pillo;
pero el conjunto, en suma, bien mirado,
era el de un hombre honrado.

—¡Vaya por Dios!, le dije: de manera que, además de la tierra y las patatas, ¿pondré abonos también?

—Como usted quiera; como no han de comérselo las ratas, todo quedará ahí; cuando cojamos la cosecha, ahí encontraremos todo lo que gastemos, por muy mal que vayamos.

— ¡Bueno, bueno! Pondremos la basura.

— ¡Ay, señorito! Como todos fueran tan bueno como usted, me se figura que otramente las cosas anduvieran.

Pero es lo que yo digo:

en viéndole á uno pobre,

nadie quiere de uno ser amigo,

ni le quiere prestar plata ni cobre.

Se puede ser muy pobre y ser honrado;

y hay que ayudar al pobre desdichado.

III

Veinticinco pesetas se invirtieron
en estercar la tierra;

pero días y días transcurrieron

y todo estaba igual. Me daba guerra

pachorra tan tenaz é inexplicable.

¿Estará enfermo Lope?

¡Traiga á Lope el primero que lo tope!

y Lope se presenta

con su traje de pana polvorienta
y su cara de estopas en arropo.
— Pero ¡Lope de Dios! ¿á cuándo aguardas
para empezar á trabajar las tierras?
— ¡Ay, señorito! En cuanto tenga perras,
que están para los pobres siempre pardas.
— ¡Válgame Dios! Y ¿para qué las quieres?
Tienes tierra, patatas y basura.
¿Quiéres acaso que te dé alfileres
para que las patatas no se escapen,
ó unas gasas que dejen, con finura,
pasar la lluvia, y de las moscas tapen?
— ¡Señorito! Si usted supiera el daño
que me hace hablando así, no me hablaría
de ese modo. Si cree que le engaño,
ahí tiene su basura y sus patatas.
Pero no me hable así, porque sería
hacer burla del pobre; y no hay derecho,
porque uno tenga hasta que andar á gatas
para ganarse el pan, á que los ricos,
que todo se lo tienen satisfecho,
se burlen de uno. Sin labrar la tierra,
no pueden las patatas enterrarse
ó muere la patata que se entierra.
La tierra, señorito, debe ararse;
y yo no tengo bueyes, ni dinero
para pagar labores; de manera
que haga usted lo que quiera.
— ¡Dispensa, Lope! No creí posible
que tu fueras así de susceptible.
— Yo no sé lo que es eso, señorito;
pero digo y repito
que una de dos: ó gasta usted el dinero,

ó todo lo que hablemos es en vano,
y las patatas vuelvo al hortelano
y vuelve la basura al basurero.

—Pero ¡Lope del diablo! no te enfades
ni te pongas así de displicente.

¿Te he negado yo nada, majadero,
cuando has venido á mí en tono prudente?

Pediste tierras y tuviste tierra;
después, patatas y te dí patatas;
luégo, basura y te compré basura;
no me des ya más guerra

y acaba de una vez; gran papanatas.

—Pues, puesto usted en razón, me se figura
que cuatro ó cinco huebras es bastante
para seguir p'alante.

—Y ¿cuánto son las huebras?

—Bien completas,

pues..., será cada una ocho pesetas.

Miré al tipo; y, aunque algo predispuesto
á evitarme el mal rato

de ver á dónde llega el hombre ingrato,
ver quise en qué paraba todo esto.

—Y ¿no hace falta más?

—No, señorito.

—Pues avisa y que lo aren enseguida.

—Es usted un bendito

como no hay quien lo encuentre en esta vida.

Y me decía yo entre mi capote,

de Lope, al irse ya, viendo el cogote:

«No me habré equivocado?

¿Será de veras Lope un hombre honrado?»

IV

Con cuarenta pesetas de labores
salióse, al fin, del paso;
y nació la patata, y echó flores,
siempre entregada en manos del acaso.
Lope no parecía
por la tierra, de noche ni de día;
y comidas estaban las patatas
por cardos, jaramagos y hasta ratas.
Pero, aun así, la tierra, lujuriosa,
dió cosecha abundante;
y entonces pareció Lope triunfante
y arrancóla con mano codiciosa.
Si yo logré probarlas,
tuve por mi dinero que arrancarlas;
pues el bribón de Lope, enfurruñado,
lamentaba lo poco que habían dado
y las llevaba todas á su casa
«¡por lo mucho que había trabajado!»
—La fortuna, añadía,
que, como ya sabe uno lo que pasa,
en vez de veinte arrobas, no he sembrado
más que diez; y las otras, todavía,
las estamos comiendo.
—¡Que te aprovechen, Lope!, sonriendo,
le dije, aunque otra cosa merecía.
Me la has pegado, Lope,
con tu cara de estopas en arropo
y tu facha infeliz de desdichado,
que hace que se te crea un hombre honrado.
Pero, vamos á cuentas:

por tu culpa yo pierdo veinte duros;
 pero ¿y tú? ¿con quién cuentas
 para sacarte ya de tus apuros?
 ¿No ves que has destripado tu tesoro
 y no hay gallinas ya con huevos de oro?

(Guadarrama, 29-Septiembre-1913).



26.-¡Siempre tú!

(Parodia, 40 años después).

En el dulce mayar de Zapaquilda
 contestando al fogoso Micifuf;
 en los chillidos de una *Menegilda*
 el canto remedando de Brunhilda...
 ¡allí estás tú!

—

En el grí-grí monótono del grillo;
 del cuco en el irónico cú-cú;
 de la sardina frita en el tufillo,
 excitando la tos en el galillo...
 ¡allí estás tú!

—

En la tela sutil de astuta araña;
 en el trajín tenaz del arcaduz;
 de la novela en la feliz patraña
 que nuestro ocio entretiene en su maraña...
 ¡allí estás tú!

—

En el polvo asfixiante del barrido;
en la brillante escama del atún;
en el vapor oliente del cocido
que deja á los hambrientos sin sentido...
¡allí estás tú!

—

De la tos en la asmática cascada;
en el bálsamo de opio ó de tolú;
en la frente, de nieve aureolada
y por rugosas cruces tatuada...
¡allí estás tu!

—

Del errático reuma en los dolores;
en cualquier alarmante patatús;
de la fiebre en los fríos y sudores
que alimentan cuidados y temores...
¡allí estás tú!

—

En las perlas y cruces del rosario;
en las idas y vueltas del Mambrú;
en el toque que lanza el campanario
al convocar los fieles á diario...
¡allí estás tú!

—

En el ronco estrumpir del estornudo
coreado por místicos «¡Jesús!»;
en el cono truncado del embudo,
en la rica ración de jamón crudo...
¡allí estás tú!

—

De la tierna alcachofa en el cogollo;
en la camisa de albo canesú;
en la suave penca del repollo
tan rica como un pollo y más que un bollo...
¡allí estás tú!

—

En la untuosa y ardiente cataplasma;
de la vida en la cara y en la cruz;
en el silbido agónico del asma
que la corriente de las venas pasma...
¡allí estás tú!

—

En cuanto hay en la vida de útil prosa
que concierna al bolsillo ó la salud;
en todo lo ordinario; en toda cosa
para el alma ó el cuerpo provechosa...
¡allí estás tú!

—

En todo cuanto pasa en este suelo;
en el fondo del tétrico ataúd;
y, en fin, en el azul del almo cielo,
del ultratumba descorrido el velo...
¡allí estás tú!

(Madrid, 27-Marzo-1914).



APÉNDICE

LA POLIPIADA

LA PÓLIPIADA

Historia clínica humorística
con salpicaduras éticas, políticas y literarias:

por

FERNANDO ARAUJO

protagonista, mártir y cronista
de esta verídica historia.



MADRID.—1914

*A los eminentes Doctores
D. Felipe Hauser y D. Antonio Tapia,
á quienes debo la vida;
y al gran patricio
Don Antonio Maura,
la más ilustre víctima de los microbios
políticos.*

El Autor.

PRÓLOGO

Los tiempos heroicos produjeron *La Ilíada* y *La Odissea*; el siglo XX no puede dar de sí más que una *Polípiada*. Helenos y troyanos se han convertido en rinobios y fagocitas. El choque de dos civilizaciones se ha trocado en lucha tenaz de unos parásitos contra la vida del ser que los sostiene. Troya es mi nariz; y yo, actor, víctima y testigo de la horrible tragedia que ha de acabar con la fatal derrota de mi pobre cuerpo, narro las peripecias del combate con absoluta fidelidad histórica. A los cinco años de guerra—que ya es bastante para acabar con una nariz—corto por lo sano (la nariz no, sino el poema) y entrego mi cuerpo á esos viles chupópteros que quieren acabar con él, viviendo á su costa. Todos los parásitos han hecho, hacen y harán siempre lo mismo, microbios y macrobios, bípedos y miriápodos.

En esta lucha, he puesto en juego, siguiendo modernísimas teorías, multitud de especies micróbicas, (no, no digo microbianas) creación las más de mi fantasía, para explicar las diversas fases de mi enfermedad y para el mejor efecto dramático. ¿No son exactas mis hipótesis, y no existen los rinobios ni los otobios, los ossobios ni los cerebrobios? No importa; pueden existir, y eso basta para el desarrollo de mi poema: la verosimilitud es condición suficiente para toda acción dramática, y con la verosimilitud me contento. La máquina está montada conforme á las buenas tradiciones épicas, y con todos los modernos adelantos de la mecánica teatral; y no se me puede pedir más.

¿Que resulta del poema una sátira contra la ingratitude? Pues crean los lectores que la cosa ha salido así sin propósito ni premeditación por parte mía; como le salió á Cervantes su *Quijote*, sin pensar poco ni mucho en las mil reconditeces de pensamiento y de intención que el alambique de la crítica ha ido rezumando con

los tiempos. ¿Que *La Polípiada* es la glorificación de la voluntad? Si lo será; pero yo no he pensado en ello, sino ahora, después de leer mi poema terminado para entregarlo al público. ¿Que es la fiel expresión de la eterna lucha entre el espíritu y la materia, rematada valientemente con un canto de victoria del espíritu inmortal, al desprenderse de su traje corpóreo, entregando sus carcomidos restos, con desprecio viril, á los parásitos que en él pululan? Es posible; pero ha salido así porque Dios ha querido, no porque yo lo haya buscado. ¿Que es la protesta viva y luminosa y el *sursum corda* alentador de un alma vigorosa y consciente, aunque encarcelada en un cuerpo atenaceado por toda clase de dolores, contra este ambiente de cobardía en que se mueve el mundo entre sentimentalismos ridículos, compromisos inconfesables, miedos pueriles, hipocresías vituperables y adulaciones bochornosas, aguantándolo todo cada cual á trueque de que le dejen ir tranquilo en su machito mordisqueando con deleite el pedazo de manzana del Jardín de las Hespérides que le ha correspondido en suerte por herencia, por fortuna, por su trabajo ó por su bribonería, sin otro ideal que el de llenar la panza ni otro cuidado que el de que no perturben su digestión? Tal vez sea así; pero, si lo es, bien sabe Dios que todo eso ha salido de los pólipos de mi nariz sin que yo pensara en ello. ¿Que es el fiel reflejo de la vida, con su mezcla de poesía y de prosa, de grandeza y de miserias, de trozos de lirismo y de términos prosaicos y hasta groseros? No diré que no; pero todo ha brotado con espontaneidad de los puntos de mi pluma, reflejando estados de mi espíritu, ora enfangado en las miserias de la realidad, ora remontándose á las alturas sublimes del ideal forjado en mi conciencia.

Me importa hacer estas declaraciones para que conste así, y no se me presten luégo propósitos transcendentales que no he tenido, ni se me atribuyan glorias que no me pertenecen; porque de todo eso ha de haber, ya que *La Polípiada* ha de ser de las obras que salgan á flote en el revuelto mar de nuestra producción literaria, á pesar de todos los microbios que intenten roerla, incluso con las armas del silencio; cosa que no ha de

sorprenderme, pues yo no soy de ninguna cofradía, ni gasto mi dinero en pagar bombos, ni los doy para que me los den, y me tiene sin cuidado que determinado público de este siglo ó del otro no sepa siquiera que existo, pues estoy segurísimo de que el público inteligente, más pronto ó más tarde, en este siglo ó en el siglo XXX—no tengo prisa—ha de apreciarme y quererme.

—¡Arrogante moro estás!, oigo decir á unos.—

—¡Adiós, Homero!, escucho rebuznar á otros, de esos que, con una gansada de ese fuste, creen dejarle á uno aplastado. ¡Sí! ¡Soy arrogante, lo confieso! ¡Sí! Me tengo por otro Homero; lo confieso también. Homero chico, como del siglo XX; pero Homero, al fin. Si dudara del valor de mi obra, la echaría al fuego, como he arrojado otras. Porque creo en su mérito, la doy al público, siguiendo el ejemplo divino; pues Dios también, conforme iba creando el mundo «veía que era bueno» y proseguía su labor, rematada con la creación del hombre, hecho á su imagen y semejanza, para que disfrutara de su obra y compartiera con Él el placer de su contemplación.

¿Qué queréis? ¿Que fuera yo á incurrir en la cursilería gazmoña de vestirme con modestias de guardarropía tan ridículas como falsas, repitiendo una vez más la hipócrita monserga del embotellado exordio de los oradores incipientes, hablando de mi inutilidad y de mi incompetencia y pidiendo benevolencia para el pobre parto de mi más pobre ingenio? ¡No; yo no hago eso! No lo hice ni al comenzar mi trato con el público, y menos lo voy á hacer ahora, tras cuarenta años de gloriosas campañas,—gloriosas, sí; pues no toda la gloria consiste en cortar cabezas ni en encaramarse á lo alto—con un pié en la sepultura, con la mirada apartada de toda mundana mezquindad y con la sola aspiración de morir en paz con mi conciencia.

Compréndaseme bien. Estoy, desde hace cinco años, esperando morir de un momento á otro. Dios y mi voluntad, con el auxilio de la Ciencia, me van sacando adelante; y cada día que vivo más es un día de añadidura, de sobrevida, con que me encuentro obsequiado y

que, con toda mi alma, agradezco á Dios y á los sabios Doctores en Medicina que me asisten y me guían. En estas condiciones, para divertir mis ocios y obedeciendo á un impulso interior irresistible, he escrito *La Polipiada*, fiel relato de mis luchas y sufrimientos; y, si al final de ella entrego mi cadáver á los microbios para que me reduzcan á papilla, claro es que tengo en bien poco mi vida terrena—un nada al lado de la eternidad—y en menos todavía, como es natural, las grandezas, pompas y vanidades de este mundo, que siempre he despreciado y á las que ha muchos años renuncié, cuando todo me brindaba para llegar á eso que llaman cambres las gentes que se pagan de cropelerías. Y, si tal es el estado de mi ánimo, ¿qué puede importarme la acogida que tenga este poema humorístico? Absolutamente nada. ¿Lo aplauden? Me alegraré mucho, por el que aplauda; pues, «plaudiéndolo, demostraré saber lo que hace sin prejuicios de bandería ni de escuela, dando pruebas de buen gusto. ¿Lo censuran? Lo sentiré bastante, por la crítica también, que demostrará, censurándolo, que no sabe elevarse á las regiones serenas del ideal. En cuanto á mí, me echo fuera; y no ha de entrarme frío ni calor por el aplauso ni por la censura. ¿Que porqué lo público, entonces? ¡Qué sé yo! Porque, habiéndolo hecho y habiéndome otorgado Dios fuerzas para terminarlo, y siendo bueno, sería una ingratitud tirarlo al cesto de la basura.

Y ahora, gusanillos, á roer lo que se pueda; que siempre habrá quedado alguna piltrafilla. Homero, á veces dormitaba también. Si se encuentra alguna, ¡que aproveche!

Fernando Araujo.

La polipiada.

I.—Mi propósito.

¿Y vivo aún? Tras tanto sufrimiento,
¿quedo para contarlo?
Mi cuerpo palpo y tiento;
y, al palparlo y tentarlo,
(me parece increíble tal portento)
me encuentro casi ya restablecido
y creo puro sueño lo sufrido.
Y, aunque tan sólo estoy convaleciente,
capaz me siento de contar la historia
de lo que he padecido,
no para demostrar que soy valiente
(eso ya se supone
sin que yo lo pregone)
sino porque perdure su memoria,
y, de esta historia, claro se desprenda
un canto de victoria
que sea eternamente firme prenda
de mi agradecimiento
á Dios, que me ha otorgado este contento
desde el sublime trono de su gloria.

II.—Lo que queda todavía.

Es verdad que aun estoy en tanganiillas
y á-régimen de leche;
y me he quedado ya sin pantorrillas,

y estoy como sardina en escabeche,
de agrio y de pringoso;
llenándome de aceite mentoloso
las pícaras narices;
y echando bilis por mañana y noche;
sin poder despachar ni aun el correo,
ni salir de paseo
ni aun en tranvia ó coche;
y me echo sublimado en el oído,
cuando la otitis, por la oreja, asoma;
y el olfato he perdido;
y hasta llevo una faja de ancha goma,
que no deja de darme desazones,
porque no se me caigan los riñones;
con una bolsa y una estrecha liga,
porque no se me caiga la vejiga;
tengo, además, un quiste en una ceja
y otro tras de la oreja;
y, cual Napoleón, tengo disuria
y me queda algo aún de albuminuria;
y tomo yodiosis,
por la arterio-esclerosis;
y tengo en una válvula cardiaca
no sé qué insuficiencia mitraliaca,
para lo cual me dan digitalina
en píldora tan roja como fina;
y, además de gastar de miope anteojos,
andan moscas volantes por mis ojos;
y embadurno con yodo mis tobillos,
por cortar de un edema los progresos;
y agua se hacen mis sesos...
al ver cómo se quedan mis bolsillos..
Tengo, en fin, neurastenia;

y ahora me sale un callo
con un ojo de gallo;
¡Vaya! sólo me falta ya la tenia,
ó perder el sentido,
para acabar de estar entretenido.
Pues todo eso no es nada
para lo que he sufrido;
y estoy muy satisfecho
de verme tan rehecho;
y, aunque mi buen humor no haya perdido
ni en los días más críticos y duros,
ahora ya, que salí de mis apuros,
me he de dar cuenta clara
del complot que en mi cuerpo se tramara.

III.—La hipertrofia.

Hace diez meses ya... Favorecidos
por pertinaz catarro, ó lo que fuera,
y en mis fosas nasales guarecidos,
empezaron á echar hondas raíces,
sin pedirme permiso tan siquiera,
microbios sin vergüenza, en mis narices.

.....
¿Les hace á ustedes gracia este relato?
A mí, la misma que al ratón el gato.
Sí, porque hablo de bichos y narices,
en vez de hablar de pájaros y flores,
de peces de colores,
ó de perfumes de suave aroma,
sueltan ustedes de la risa el trapo
y lo toman á broma,
¿hasta dónde iba á hinchárselos el papo,

si, en lugar de unos pólipos nasales,
 padeciera de fístulas anales,
 y tuviera que hablar, sin disimulo,
 del... ¡tente, pluma, ante la rima en *ulo!*

Lo que les voy contando es cosa seria

y muy grave materia;

y, sea en verso ó prosa,

no hay otro modo de decir la cosa;

cuando tienes que hablar de las narices

¿no es nariz ó narices lo que dices?

Pero dejemos ya de hablar en vano

y vámonos al grano,

que hay mucho que correr, y el que no es tonto

procura el mal camino andar lo pronto.

—Y ¿qué es ello, Doctor?

—Nada, un catarro

—¿Un catarro no más?

—Con hipertrofia

de la mucosa.

—¡Bueno! Aunque soy charro,
 quiero decir, Doctor, aunque soy lego,
 algo entiendo de *hiper* y de *trofia*

con mi poco de griego:

eso quiere decir, si no me engaño

que hay exceso de vida en mi mucosa.

¿Y es muy grave ese daño?

¿Es curable la cosa?

—No tenga usted cuidado; aunque pesada,
 por estar descuidada;

la cosa, bien mirada,

en sí, no vale nada.

—Me siento ya mejor con tanta... *hada*.

—Tome usted estos ochos globulitos;
y en diez cucharaditas
de agua los echa usted.

—¡Ay! ¡qué bonitos!

—Y cada tres horitas,
cuidando de que estén bien moviditos,
toma usted una buena cucharada.
Y ¡adiós! Ya verá usted como no es nada.
—¡Adiós, Doctor! Estoy muy fastidiado
con el tubo nasal tan bien tapado.

IV.—Los microbios y el Doctor García.

Yo sentí en mi nariz un hormiguelo
y un confuso murmullo.
Era el ir y venir, en jubileo,
con gresca y con barullo,
de los microbios, que, en el breve espacio
de mis fosas nasales
habían erigido su palacio,
gozando en él venturas microbiales.

Todos ellos querían
al Doctor contemplar; y se empinaban,
tropezaban, caían,
y á mis pobres narices se asomaban;
y, luégo que le oían
y su cara veían,
haciendo cucamonas, se marchaban,
para que otros pudieran contemplarlo
y oírle á su sabor, y comentarlo.

—¡Vaya un tipo!, pensaban.

—¡Qué presumido!, algunos murmuraban.

—¿Y para qué serán esas bolitas,

que echó en aquel papel, tan redonditas?,
 decía un chiquitín de tres minutos,
 con los pelos hirsutos.
 ¿Será para asustarnos?
 —Es azúcar muy rico
 con el que quiere, el tonto, reventarnos;
 contestaba, lamiéndose el hocico,
 un vejete de más de cuatro días,
 mirando con ternura á una microbia
 que se estaba limpiando las encías
 y que en sus verdes tiempos fué su novia.
 —¿Y qué vamos á hacer?, gritaban todos.
 —¿Qué hemos de hacer?, decían los más sabios,
 de gusto relamiéndose los labios;
 reirnos del Doctor, que no lo entiende
 y matarnos pretende
 llamándose ¡infeliz! microbicida,
 la mucosa endulzando,
 en que vamos tirando
 de esta pícara vida.
 ¡Nada, nada, señores!,
 añadían muy serios los mayores;
 no se asusten ustedes:
 cuando el enfermo trague las bolitas
 y endulce su mucosa,
 echaremos las redes;
 y, con nuestras patitas,
 tomaremos el dulce, ¡esa es la cosa!

V.—Realismo, feismo y hermosismo.

Oyendo estoy decir á un niño gótico
 que este poema peca de estrambótico;

y que es ultra-realista;
y que hay que recordar la inmundada escena
ultra-naturalista,
que el buen gusto condena,
y que nunca tan sucia nadie ha visto,
en que Zola en *La Tierra*, nos describe
aquella apuesta que hizo Jesucristo,
(blasfemia es solo dar tan santo nombre
al repugnante tipo de aquel hombre)
para poder hallar algo que iguale
á esta veraz historia. Poco vale
el cacumen del necio que tal diga.
De esta historia á *La Tierra* hay un abismo:
quienes llamen realismo
á esas fotografiadas descripciones,
á esas escenas, á esas creaciones
en que Zola y los suyos se complacen,
no saben lo que hacen.
Lo he dicho en prosa y lo diré aquí en verso:
la realidad, el mundo, el universo
nos ofrece de todo;
junto al tipo más feo, una belleza;
el diamante y el lodo;
así, no de otro modo,
es la Naturaleza.
Y quien pinte tan sólo el lado feo
podrá ser un feista,
pero nunca un realista;
como quien pinte sólo el bello lado
estará de idealista bien tildado.
En nombre del realismo verdadero,
del gran naturalismo,
al que rindo homenaje,

protesto del ultraje
que le infiere el feismo
al usurpar su nombre... Y ahora, ¡oh Walia!
vamos á cuentas: Lo que yo pretendo
es, remojada en agua de Castalia,
ofrecerte la historia de mis males.
¿Que es prosaico el asunto? ¡Así lo entiendo!
Por eso lo remajo en esa fuente
que tiene el don de poetizar la prosa,
tornando el cieno en linfa transparente
y trocando en palacio una mucosa.
No se te ocurra nunca equipararme
á Zola; es muy distinto
nuestro procedimiento: si yo pinto
unos viles microbios, les doy alma
y los convierto en seres con pasiones
ya hirvientes ya en calma,
alzándolos así á nuestras regiones.
Dirás quizá que entonces los falseo
y que esos procederés no se avienen
con el naturalismo, bello ó feo,
á que yo rindo culto,
prestándoles un alma que no tienen.
¿Y quién te lo asegura? ¿Quién lo sabe?
Es cosa de tal bulto
y materia tan grave
negar la inteligencia
al más vil animal, al ciego topo,
que, quien tenga conciencia,
sobre todo tratándose de arte,
debe seguir en esto al griego Esopo,
á Fedro, á Lafontaine, Biart; Iriarte,
Anderson, Hartzzenbusch y Samaniego;

y, aun tratando de ciencia,
cantan del animal la inteligencia,
prescindiendo del mundo italo-griego,
sin hablar del pobre San Francisco
ni entrar de Fenelón en el aprisco,
Buffon, Menault, Le Bon, Brahm y Romanes.
Ya ves, que sin faltar á mi doctrina,
pasada por la fuente de Castalia,

 puedo muy bien, ¡oh, Walia!
hacer de mis microbios gente fina.
Zola lo hace al revés: de un ser humano
hace una bestia innoble. Yo no digo
 que no hay hombres bestiales.

Por desgracia, los hay; ¡oh, Walia amigo!
más brutos que los brutos animales;
pero son excepciones; el feista
las prefiere á la regla; es su derecho;
y á cada cual, feista ó humorista,
hay que dejarle que haga... lo que han hecho.
Quedamos, pues, en que el prosaico asunto
elegido por mí podrá ser raro
y, como tal, tildado de estrambótico;
pero es original. En cuanto al punto
de ser un tanto sucio, está bien claro
(y así ha de confesarlo el niño gótico
 mi buen amigo Walia)

que, pasado por agua de Castalia,
queda todo lo limpio que es posible;
y que esa suciedad, en todo caso,
(y es lo que más me importa en esta gresca
que armamos por montar en el Pegaso)
nada tiene que ver con la zolesca.

 Y sigamos el cuento

pidiendo á los lectores mil perdones
por estas digresiones.

VI.—Pólipos.

—Esto, Doctor, no marcha. Voy creyendo
que hay algo más, aquí, que la hipertrofia:
con dos meses de glóbulos, entiendo
que hay para convertirla en una atrofia.

—Es verdad

—He notado

que, al echarme, se tapa siempre el lado
sobre el que estoy echado; y es posible
que eso debido sea á lo movable
de algún pólipo que haya retoñado
de los que me extirpó el gran Uruñuela
hace diez años ya.

—¡Merecería

volver con tres azotes á la escuela!;
(gritó el Doctor, pegando una patada
que hizo saltar al suelo una bujía
y dándose en la frente una palmada).

¡Claro que eso será! Para saberlo,
debe un especialista examinarle:

si hay pólipo, á extraerlo;

y, si no, yo respondo de curarle.

Y dicho y hecho. Tras tan breve prólogo,
en busca me marché de un buen rinólogo,

ya que el Doctor García
aquel problema resolver quería.

VII.—Ardid de guerra.

- ¡La que se armó en mis húmedas narices!...
 —¿Habeis oído?
 —¡Todo!
 —¡Qué desgracia!
 —¡No hay que desesperar!
 —¿Qué es lo que dices!
 —Que si seguís con calma mis consejos,
 dijo el más respetable de los viejos
 con la cola ya lacia,
 no está perdido todo,
 y quizá nos salvemos todavía.
 —¿De veras? ¿De qué modo?
 —Présteme su atención la compañía,
 ¡Microbias y Microbios! ¡Compañeros
 de fatigas y goces!
 ¿os portareis cual buenos caballeros?
 ¿Me habreis de obedecer?
 —¿No nos conoces?
 ¡Ordena y manda; y lo verás tú mismo!
 —Es que estamos al borde de un abismo
 y la muerte feroz nos amenaza
 con su tremenda maza.
 Yo sé, por tradición requeantiquísima,
 que á diez años lo menos se remonta,
 lo que va á suceder: nuestro palacio
 va á ser examinado muy despacio
 con una luz que á todos nos atonta
 y, sin defensa, pone en descubierto.
 —¡Habrá que hacerse el muerto!
 gritó sin que pudiera contenerse

un microbín que apenas podía verse,
de esos que, en las más serias reuniones,
por hablar, se destrozan los riñones
—¡Silencio y á callar!... Al que interrumpa
se le da de cachetes

y, cuando tenga hinchados los mofletes,
se le sopla en la boca hasta que estrumpa.

—¡Muy bien, muy bien!

—Ahora,

atentos escuchadme. Sin demora,
abandonemos todas nuestras casas;
(lo que ellos llaman pólipos) y, á escape,
tras la mucosa, en apretadas masas,
poniéndonos en fila,

la empujamos, haciendo que nos tape;
y, cuando el nuevo médico nos busque,
sin que la luz que lleva nos ofusque,
nada verá, sino la gran mucosa,
por mucho que rebusque.

Así la salvación es fácil cosa.

—¡Bravo!

—¡Muy bien!

—¡Que viva el gran maestro!

—¡Gracias; y á trabajar; que el triunfo es nues-
[tro!

VIII.—No hay pólipos.

Invocando á las ánimas benditas,
mis narices llevé al Doctor Casitas.
El amigo oto-rino-laringólogo,
discípulo del célebre Uruñuela,
pertrechado con su ojo de rinólogo,

que en cíclope le trueca, de zarzuela,
su espéculo introdujo en mis narices,
y, haces de luz por ellas dirigiendo,
y toda su extensión iluminando,
fué rincón por rincón examinando,

por donde quiera viendo
la mucosa que todo lo tapaba,
sin topar con el gato que encerraba.

— No encuentro nada, amigo;
me dijo satisfecho, recogiendo
su máscara de cíclope.

— Yo sigo,
sin embargo, creyendo
que hay pólipos, le dije.

— No hay tal cosa.
No tenga usted cuidado. La mucosa
está congestionada.

¡Borisol y paciencia! Eso no es nada.

— ¡Paciencia y borisol! No es nada esto;
pero, así que me acuesto,
empiezo á pegar brincos y á dar vueltas,
sin poder descansar de ningún lado;
y me levanto todo destrozado,
con las ideas vueltas y revueltas.

Esto no será nada;
mas, con esa ensalada,
que usted me ha recetado,
de borisol con rajitas de paciencia,
dudo yo mucho, mucho,
que no esté cada día más pachucho.
¡Adiós, Casitas! Fíe en su experiencia.

—

Al regresar á casa, una misiva
de Requejo (1) encontré, en que me rogaba,
en forma cariñosa y persuasiva,
que, por el poco tiempo que faltaba
 hasta las vacaciones,
me encargara de dar clase de Historia
y Geografía, obra meritoria
que quitara al desorden ocasiones,
pues, muerto el titular y estando enfermo
el Auxiliar, la clase se cerraba
y á la huelga escolar cebo se daba.
La labor era dura con mi muermo;
pero no vacilé y presté el servicio,
haciendo, Dios lo sabe, un sacrificio,
y dejando el conflicto bien salvado;
pero pescando en clase un constipado
 que vino á complicarse
con lo que luégo habrá de consignarse.

IX.—La neuralgia facial.

Los microbios su triunfo celebraron;
 y tres noches me dieron
de las que más memoria me dejaron.
En la noche tercera, sobre todo,
 comieron y bebieron,
 cantaron y bailaron
y de aturdirme no dejaron modo;
luégo por un pasillo se metieron,
guiados por su jefe, y penetraron

(1) De Director del Instituto hacia,
y sus deberes, como tal cumplía.

en el nervio trigémino; tomaron
posiciones en él; y, cuando todos
estuvieron sentados, el vejete
de marras habló así:

—La inmensa gloria
que, por diversos modos,
desde que me pusieron á destete
hasta la brillantísima victoria
que estamos celebrando,
hace inmortal mi nombre
en nuestra eterna lucha con el hombre,
me da claro derecho
á que cumplais mi voluntad postrera.
Soy viejo ya; mi postrimer suspiro
voy á lanzar, amigos; esto es hecho.

—¡No queremos que muera!

—¡Qué lástima!

—¡Delira!

—No deliro:

la vejez no se cura;
y no he de vivir ya más que un minuto.

—Declararemos nacional el luto.

—Deseo que caveis mi sepultura
en este nervio mismo.

¿Jurais darme ese gusto?

—¡Lo juramos!

—¡Pues ya lo estais haciendo; que hay gran prisa
Y, dando magno ejemplo de civismo,
á una voz gritan todos:

—¡Allá vamos!

Remangando hasta el codo la camisa
y metiendo en el nervio uñas y dientes,
hasta dejar abierto

un agujero en que cupiera el muerto
con todos sus criados y parientes,
 como es costumbre fina
de la India importada ó de la China
por la ilustrada gente microbina.
En un instante todo quedó hecho;
y el jefe se marchó tan satisfecho;
mas yo me levanté con cefalalgia
(por esto ó por el fuerte constipado
 en mis clases pescado)
 y con una neuralgia
facial, que me duró las vacaciones
de Navidad enteras, sin dejarme
 ni probar los turronec,
 ni asistir á funciones.
 ni hacer más que quejarme
y dar á mi familia desazones.

X.—Sí hay pólipos.

Con la ayuda de Dios, la homeopatía
del buen Doctor García
me curó la neuralgia en tres semanas.
La hipertrofia seguía,
sus mejoras contándose por ceros,
y siendo todas las recetas vanas,
 hasta que, cierto día,
plantéme en casa del Doctor Cisneros,
el que á más españoles infelices
ve gargantas, oídos y narices.
En cualquier oto-rino-laringólogo
hay una trinidad hecha y derecha:
laringólogo, otólogo y rinólogo;

médico trino y uno
que recoge á la vez triple cosecha
sin misterio ninguno,
siendo ejemplo palpable y evidente
de la otra Trinidad omnipotente.
De esta triple aptitud es consecuencia
que cada cual, según sus aficiones,
ó según la clientela dominante,
afine su experiencia,
según las ocasiones,
con pericia especial predominante
en una ú otra rama de su ciencia,
traducida en perjuicio
de las otras dos ramas de su oficio.
Y aquí está el tropezón del pobre cliente,
que casi nunca sabe si aquel-ólogo,
que ha de ser, ante todo, un gran fisiólogo
para curar de veras á la gente
por el rin—, por el ot—, ó el laring— siente
marcada preferencia;
y en sus manos se pone
y, al ponerse, se expone
á quedar... para ser prueba viviente
de lo impotente de la humana ciencia.
Hagamos aquí punto
y no estiremos más tan arduo asunto.
La cuestión es que yo me cansé un día
(después de cinco meses bien enteros)
de tanta homeopatía,
y fuíme á casa del Doctor Cisneros.
Los microbios se olieron la tostada
y enseguida tocaron á rebato;
y, en el no breve rato

en que esperando estuve mi llamada,
acudiendo á la táctica aprendida
del jefe Bimbirín, perfeccionada
por Limbilín, entonces su caudillo,
la mucosa empujaron
convirtiéndola en fuerte barricada;
y, cual Señor feudal en su castillo,
tras ella cautelosos se ocultaron.
Casi es seguro que al Doctor Cisneros
le sucede lo mismo que á Casitas,
si, contra unos microbios tan arteros,
no salen los valientes fagocitas.

Cuando entró en mis narices
la luz que el ojo reflector lanzaba,
se rasgó la mucosa; y ya, sin traba,
pudo ver el Doctor aquellas gentes
que el terror casi inmóviles dejaba.
Era que unos heróicos leucocitos,
que por allí pasaban, se enteraron
del ardid de los fieros biribitos;
y tal ardor y empeño desplegaron,
aquí tirando y más allá mordiendo
y tajando y hendiendo,
que la densa mucosa desgarraron.

—¿Hay pólipos?

—¡Bastantes!

—¿Y qué hacer?

—Pues, estando usted dispuesto...

—Délo usted por supuesto.

—Sacarlos cuanto antes.

—Pues ¡manos á la obra!

que nunca al hombre activo el tiempo sobra.
Con gran tiento, el Doctor, en gasa fina

una gotita echó de cocaina,
y, con pinza de acero aseptizada,
en mis narices la metió arrollada;
y á miles los microbios, atontados,
murieron asfixiados.

En tanto que el efecto se obtenía
de anestesia local, con fino alambre,
y dándose gran maña,
como quien lo hace un día y otro día,
preparaba el Doctor una artimaña,
á manera de lazo corredizo,
para cazar y extrangular los pólipos,
el rato aprovechando del hechizo.

Por la nariz derecha,
de la gasa anestésica librada
y á *giorno* previamente iluminada,
principio dió la polipil cosecha,
entrando en ella la fatal lazada
y un pólipo sacando
semejante á rosada gelatina,
por lo diáfano y blando,
y del grosor de una judía fina.

Era aquello una mina,
y otros tres más sacó; pero, cubierta
de sangre la nariz y siendo incierta
toda nueva pesquisa, era preciso,
siguiendo del Doctor el cuerdo aviso,
dejar la operación para otro día
en que se viera bien lo que se hacía.
Con agua oxigenada en una gasa
metida en la nariz, volvíme á casa.
Y, por no dejar nada en el tintero,
diré que esto pasó el diez de Febrero.

XI.—Pánico y reacción.

El pánico cundió entre los microbios,
contándose sus bajas por millones;
y eran de ver allí los pobres novios
á sus novias buscando en los montones
de muertos y de heridos;
los hijos, á los padres;
las hijas, á las madres;
las hembras, á sus míseros maridos
y recíprocamente;
siendo muy numerosos los hogares
en los que no quedó ni un ser viviente
para guardar los fastos familiares.
Tuvieron que abolir la monogamia
y acudir á la dulce poligamia,
con premios al que fuera más fecundo,
para volver á repoblar su mundo.
Aquella noche, mis narices fueron
teatro de violentas discusiones;
pero, al fin, los microbios resolvieron,
más al miedo atendiendo que á razones,
dejar el campo libre al enemigo
abandonando aquellas poblaciones
de difícil abrigo
que, por estar situadas en llanuras,
pudieran ser de cuajo rebanadas,
del Doctor por las armas aceradas,
refugiándose luégo en las alturas

sinuosas de detrás de los cornetes (1)
y, alzando allí, sin omitir esfuerzo,
para pasmo de todo Poliorcetes,
un castillo tan bien fortificado,
basílica—palacio—fortaleza—
campamento, todo en una pieza,
que libres les dejara de cuidado,
y donde hallara todo
perfecto abrigo y fácil acomodo,
así lo hicieron; y, en los doce días
que al gran 10 de Febrero sucedieron,
cuatro generaciones mantuvieron,
con sin igual firmeza,
los acuerdos tomados, levantando
aquella catedral ó fortaleza
de extensión superior á una pulgada,
en ella abrigo dando,
con amplitud sobrada,
á todo el pueblo microbial, repuesto
de las enormes pérdidas sufridas,
y á toda hora dispuesto
por su defensa á dar bienes y vidas.

(1) Perdónenme las musas castellanas
el uso de tan feo barbarismo,
porque, si digo *aletas*, que es lo mismo,
las personas profanas
nada han de comprender en ambos casos,
y, en cambio, los Doctores
que tienen su imponente tecnicismo
(por culpa de usureros editores
y á causa de los malos traductores)
de asnerías plagado (es eufemismo).
van á chillar, poniéndome en un brete,
si oyen hablar de *aleta* por *cornete*.

El Doctor, entretanto, sin alardes,
no perdía su tiempo; y, en tres tardes
en aquella quincena repartidas,
de pólipos limpió llanos y montes
de mi nariz derecha;
y, mientras descansaba la maltrecha,
de la izquierda exploró los horizontes,
y, hallando en ella un pólipo escondido,
arrancólo también. De mis narices
habían ya salido,
con crestas y raíces,
diez y ocho polipitos, por mi cuenta,
del grueso de avellanas,
habichuelas, garbanzos y guisantes,
sin que, de tanta operación cruenta,
sacara yo sino esperanzas vanas,
pues tan mal respiraba como antes;
teniendo mis narices
hechas criba, de tantas cicatrices;
y siguiendo tan fresca y tan famosa
la hipertrofia tenaz de mi mucosa.

XII.—La rotura de la arteria.

Llegamos al momento culminante,
y tiemblo todavía al recordarlo,
de aquella gran campaña.
¡Sacras Musas! ¡Apolo rutilante!
prestadme inspiración para contarlo;
y, si prestar no os gusta, dadme maña
para narrar sereno la victoria
que igual á la de Pirro hizo mi gloria.

Era una tarde hermosa de Febrero,
anticipo de dulce primavera;
mi fiel é idolatrada compañera,
por la fiebre, en el lecho, retenida,
su puesto hizo ocupara, de faldero,
mi sobrino-tocayo-hijo Fernando,
un muchacho impasible,
si no tocan su piel suprasensible.
El Doctor, en el acto, preparando
reflector, lazo, espéculo, anestesia,
iluminó, exploró y, metiendo con acierto
el alambre en el fondo,
cercó con él la polipil iglesia
y el mundo microbil se quedó yerto,
al ver aquel acero allá en lo hondo
amenazando hacer de su castillo
lo mismo que en un queso hace un cuchillo.
—¡A la arterial!, gritó con voz potente
Chimpilfn, que era entonces presidente.

Se armó tal alboroto
que aquello parecía un terremoto;
se oyó un crugido y se sintió un meneo
seguido de terrible bamboleo.
La catedral, en su cimiento mismo,
sintióse vacilar, como la caña
que al huracán opone resistencia,
ó cual peñasco que, en el hondo abismo
de empinada montaña,
del volcán desaffa la potencia.
—¡Que se salve quien pueda!, gritan todos,
queriendo abrirse paso de mil modos
sin respetar edad ni jerarquía;
pues todo se atropella,

la vieja y la doncella,
la sobrina y la tía,
porque, en tales momentos,
nadie piensa en andar con miramientos
y aquí, como en Varsobia,
salta el novio por cima de su novia
y cada cual tan sólo se aconseja
de este axioma: ¡Salvemos la pelleja!
El Doctor dió un tirón; yo solté un grito
que debió parecerse al de un precito,
y á Dios encomendé mi pobre alma
para en mis nervios imponer la calma;
y, como tengo yo de intercesora,
hace ya muchos años,
á prueba de patrañas y de engaños,
á la insigne escritora
que, por ser escritora y castellana,
es mi amiga y paisana,
y es santa que en el cielo mucho pesa,
y con esto nombré á Santa Teresa,
á ella acudí en mis pobres oraciones,
cual hago siempre en mis tribulaciones;
y, en tanto que el Doctor tirones daba,
yo, de la santa, la oración glosaba,
y apenas mi nariz dolor sentía
mientras yo, fervoroso, repetía:
«*¡Nada te turbe!*» ¡oh alma incorruptible!
«*¡Nada te espante!*» ¡cuerpo deleznable!
«*Todo se pasa*»; aquí todo es fungible;
«*Dios no se muda*»; Él sólo es inmutable.
«*La paciencia*», que todo lo soporta
«*todo lo alcanza*», con tenaz empeño.
«*Quien á Dios tiene*», y eso es lo que importa,

«*nada le falta*», vele ó viva en sueño.
«*¡Sólo Dios basta!*», que de todo es dueño.
Al terminar esta oración divina
que tanto aliento en mi dolor me daba,
su acción paró también la cocaina
que el sentir de mis nervios embotaba;
y un *iris, ras!* percibí tan tremebundo
y un tirón tan tremendo
que me quedé temblando
y diciendo «¡Ay, Fernando,
se acabó! ¡Pataplum! ¡El fin del mundo!»
Mi cuerpo recorrió un escalofrío
y me sentí morir; mientras, gozoso,
exclamaba el Doctor: «¡Este ya es mío!
¡Vaya un pólipo hermoso!»
¡Ya lo creo que estaba de buen año!
Como que era, justito, del tamaño
de mi dedo pulgar; como que era
la basílica entera y verdadera
fortaleza-palacio-campamento
elevada detrás de mis cornetes,
colosal microbiesco monumento
con puntas y ribetes
de torre de Babel, el esperpento.
¡Qué á gusto hubiera yo sin él quedado
y qué bien, sin su estorbo, respirado,
sí, al grito aquel del Chimpilín famoso
—«¡á la arteria! ¡á la arteria!»
no hubiera dado el resultado astroso
de hacer mucho mayor mi gran miseria;
pues miles de microbios se agarraron
á la arteria nasal, y así obligaron
al Doctor á romperla,

siendo tal de la sangre la abundancia
que llenó mis narices y mi boca,
sin que el Doctor lograra contenerla,
que pensé de Petronio en la elegancia
y de Lucano en la jactancia loca
para decirme que, después de todo
y habiendo de morir de alguna suerte,
quizás la mejor muerte
fuera morir sangrando de aquel modo.
Lo que más me asustaba, si moría,
era el susto tremendo
que mi pobre mujer se llevaría.
Entretanto, el Doctor iba y venía
las jofainas de sangre recogiendo,
metiéndome tapones
de gasas y algodones
y no sé si de borra,
poniendo mi nariz hecha una porra.
Mediante aquella primitiva magia
del tapón apretado,
se contuvo á la postre la hemorragia
y el Doctor se quedó tan descansado.
—¡Gracias á Dios! Ya puede usted marcharse;
me dijo; pero yo, con ese instinto
mucho más sabio, á veces, que la ciencia,
que, siendo humana, puede equivocarse
aun en boca del propio Sixto Quinto,
—¿no sería mejor—le dije inquieto—
que me estuviera media hora quieto,
hasta ver si el coágulo iniciado
así se consolida
y corta de la sangre la salida?
—Sí; no está mal pensado.

Y, en la sala, esperé; sin atreverme
ni casi á respirar, por no moverme.
A los veinte minutos no cabales,
entra el Doctor:—¿Qué tal?

—Va bien.

—Me alegro.

Hay momentos fatales
en que el color de rosa se ve negro;
ya habrá pasado el susto
y puede usted marcharse sin cuidado;
no le quise quitar antes el gusto
de esperar, comprendiendo que su estado
era algo pesimista; pero ahora
estará usted del todo convencido
de que no es para tanto lo ocurrido.
Ya puede usted marcharse.

—Sí; ya es hora.

¡Gracias, Doctor! ¡Adiós!

—¡Adiós!

Me alzo,

no del todo tranquilo;
y, apenas doy tres pasos, hilo á hilo,
á través del tapón la sangre mana;
y, no encontrando allí salida llana,
la busca por la boca,
y, brotando á torrente, me sofoca.
—¡Jamás he visto un caso semejante!,
con sañudo semblante,
grita el Doctor, airado y contrariado,
volviéndose al salón de operaciones
y empezando á sacar los algodones
y gasas del tapón ensangrentado.
¿Habeis visto en el circo á los juglares

sacar cintas y cintas de su boca,
á docenas, á cientos y á millares,
en mágico trajín, que siempre choca?

Pues lo mismo salían
algodones y gasas

de mi pobre nariz, formando con sus masas
montones que de carne parecían.

Y vuelta á fabricar nuevos taponés
de gasas y algodones;

y, para que la sangre sujetaran
y mejor las arterias apretaran,
el Doctor se ponía de rodillas
y, empujando con fuerza con un hierro,
no sé si era bolillo ó tenacillas,
me metía el tapón en las ternillas.

Por dos veces, la fuerza de la sangre
venció la del Doctor, desorientado
por aquel contratiempo inesperado.

Y era que los malditos polipenses,
de Chimpilín las órdenes cumpliendo
cual si fuera él prior y ellos trapenses,
la arteria á cada instante recorriendo,
entraban y salían

y su cierre, tenaces, impedían.

El Doctor, aturdido,
estaba impresionado por la cosa.

¡Nunca hubiera creído
que así se condujera una *mucosa!*
Llegado ya al tercer taponamiento,
para que no quedase en otro intento,
con una jeringuilla limpia y fina,
inyecciones me puso de ergotina;
tan bien y tan á punto

que Chimpilín, hallándose á su paso,
por un feliz acaso,
las patas estiró y cayó difunto.

Gracias á tal ventura,
que dejó á los microbios aturcidos,
se sostuvo el tapón unos instantes;
y el Doctor ordenó que, cuanto antes,
aprovechando aquella coyuntura,
á mi casa me fuera.

Yo me hubiera quedado todavía
hasta dejar la cosa bien segura;
pero preciso era

someterse y callar, y así lo hacía.

Por ganar todavía algún momento,
con lápiz y papel pedí instrucciones;
pues de la boca todo movimiento
había que evitar, por los tapones.

Luégo que me las dió, con mi sobrino
la escalera bajé, pero no estaba

ni aún á medio camino,
cuando ¡zás! el tapón se me remueve,
y por boca y nariz la sangre llueve.

Como se ve, yo no hago comentarios,
ni hablo de mis angustias y sudores,
ni cuento mis tormentos y temores,
por evitar los tintes tenebrarios.

Hechos narro y no más, haciendo historia,
tales cual los conserva mi memoria.

La muerte inesperada
de Chimpilín, tragando la ergotina,
dejó á la hueste microbil pasmada;
pero, previendo en la inacción su ruina,
tardaron poco tiempo en rehacerse

y, confiando á Quinquín el mando,
de tal modo empezaron á moverse,
de la boca en la arteria trabajando,
por dentro y por defuera,
que lograron al cabo destaparla
y que la sangre, en su veloz carrera,
corriese hacia mi boca hasta llenarla,
la labor de Cisneros destrozando
y su fama poniendo en grave apuro,
pues era, en verdad, duro
lo que en la ruda lid iba pasando.
El ascensor, de nuevo, nos eleva
y al Doctor encontramos ya dispuesto,
con el sombrero puesto,
para salir donde el deber le lleva.
—¿Otra vez?

—¡Otra vez!

—¡Es inaudito!

Volvemos al salón de operaciones
y otra vez á sacar los algodones
por el medio más breve y expedito.

¡Pobres narices mías!

¡Qué torturas sufristeis! ¡qué agonías
con tanto mete y saca de tapones!
Aquella vez, Cisneros, irritado,
metió los algodones á montones,
haciéndome un tapón tan apretado
que, aunque ya de estirarse estaba harta,
se estiró mi nariz más de una cuarta,
y el tapón me la puso tan en pompa
que, más que una nariz, era una trompa.
Entonces aguardamos un buen rato;
(huye del agua el escaldado gato)

y, al estar el coágulo más firme,
Cisneros resolvió podía irme.
Y me fuí; con Fernando entré en el coche,
aguardando el final de la tragedia.
Eran las ocho y media de la noche
y la acción empezó á las tres y media.

XIII.—En el coche. Proyectos testamentarios.

Yo tenía por cierto,
al meterme en el coche,
que era llegada ya mi última noche
y que de ella saldría sólo muerto.
¿No era lo natural, tras lo ocurrido,
que, apenas se saliera del asfalto,
del coche al primer salto,
el tapón resultara desprendido?
Y entonces... ¿qué? ¡Pues, nada! ¡Friolera!
Según las instrucciones
del Doctor, con las gasas y algodones
sujetos como yo mejor pudiera,
saliéndome la sangre á borbotones,
había que llevarme al domicilio
de Cisneros, llamar al ayudante,
(calle del Almirante)
de Doctores, quizá, reunir concilio,
correr á la farmacia
y esperar despacharan la receta;
y, en tanto, mi nariz, siempre sangrando,
se quedaría lacia,
y en mi busca vendría el gran Pateta.
Como esto yo lo daba por su puesto,
no me preocupaba nada de esto.

En mi ánimo, tampoco, mella hacía,
las cuentas que ajustar con Dios debía,
porque suelo tenerlas ajustadas
y se las llevo al día,
y, aunque un gran saldo en contra me resulta,
como me consta que Él me quiere mucho,
seguro estoy que, al verme tan pachucho,
habrá de perdonarme deuda y multa.

Lo que me enloquecía,
y hasta la lengua me dejaba seca,
era pensar en lo que Life haría
y dó iría á parar mi biblioteca.
¡Qué mal lo iba á pasar mi pobre viuda,
mi Life idolatrada,
si no acudía Dios presto en su ayuda!

La suerte que tenía,
aunque, al pronto, quedase anonadada,
era que, con su falta de memoria (1)
si resistir podía
los arrechuchos del primer momento,
no tardaría en olvidar la historia
de tanto sufrimiento
y, al año ó poco más, ya no sabría
si su «pobre marido, que esté en gloria»
y á quien tanto quería,
se llamaba Fernando ó Segismundo;
porque así son las cosas de este mundo,
y el ser muy cariñoso
sufrir no impide olvidos horrorosos.

(1) Es tal, que ocho ó diez veces cada día
en busca de las llaves anda en vano;
y, cuando ya de hallarlas desconfía,
se tropieza con ellas en la mano.

De todos modos, fuera lo que fuera,
yo no tenía medio
de hallar ningún remedio
á lo que tras mi muerte aconteciera.
¿Y mis libros? ¿á quién los dejaría
para librarlos de funesto acaso?
De todo lo demás no había caso:
Tan sólo mi mujer lo heredaría,
con perfecto derecho,
por su amor, su lealtad, su economía,
sólida base del común provecho.
Pero ¿y mis libros) ¡Ay! ¡*Ecco il problema!*
Ese, de mis congojas, era el tema.
¿A quién dejaros, pobres libros míos,
que tantos puros goces me habeis dado,
para que os traten, como os he tratado,
sin temores á injurias ni desvíos?
Todos me recordais días dichosos,
pues lo era para mí el de poseeros,
ya viniérais á mí por mis dineros
ya en ofrenda de amigos cariñosos.
En todos tengo un trozo de mi alma:
unos mi pensamiento han modelado,
otros mi corazón han cultivado
y otros vertieron en mi ardor su calma.
Estos me hacen pensar con sus lecciones;
aquéllos, sonreir con sus salidas;
y sueño aquí fantásticas visiones
y lloro allá miserias revividas.
Si la edición es rica, me enamora;
si es pobre, me enternece;
una mácula en ellos me encocora;
un mal pliegue me saca de mis trece;

un rasgón me anonada;
y, si alguien, ¡cuántos, ay!, al volver hoja,
con saliva... ¡animal!... el dedo moja,
queda mi alma tan triste y angustiada,
con esa salvajada,
que, de rabia, padece una congoja.
Derecho, Religión, Literatura,
Artes, Sociología, Poesía,
Lingüística, Viajes, Teosofía,
Juegos, Ciencias, Gimnasia, Agricultura,
Medicina, Farmacia, Economía,
de todo un poco tengo
y con todo mis ocios entretengo;
pues nada hay á que niegue mi tributo,
que *á me nihil humani alienum puto*.
Aun, siendo tantos, me parecen pocos;
pero he tenido que ponerme tasa,
para que no me sumen con los locos,
por tres poderosísimas razones,
que explican lo que pasa:
que no cuento mis bienes por millones;
que no quiero en mi casa desazones;
(que no caben más libros en mi casa).
¿A dónde irá á parar esta riqueza
que, con tanto trabajo, he reunido?
¿Cómo podré morir con la certeza
de no verla dispersa ni en olvido?
Mientras mi mujer viva,
su dueña ella será; quizás cerrados
estarán; pero nunca estropeados;
que es mi Life celosa y muy activa,
y así estarán mis libros bien cuidados.
Pero ¿y después?... ¡Ay!... Tengo dos sobrinos,

dos enmadrileñados salmantinos,
muchachos, uno y otra, inteligentes,
 simpáticos, juiciosos,
cultos, sociables, buenos, ocurrentes,
 amables, cariñosos,
muy desinteresados, muy correctos,
dos perlas en materia de parientes,
 casi sin más defectos
que ser responcionillos é indolentes,
 pecadillos veniales
comunes hoy en todos los mortales.
Ambos viven, como hijos, á mi lado
 y yo los he educado;
en visita, resultan deliciosos;
y, aunque en casa no sean tan modosos,
como no se les vaya contra el pelo,
á punto siempre están de caramelo.

 Teresa, mi sobrina,
esbelta, morenita, quince Abriles,
gracioso el frente, duros los perfiles,
salvo alguna invención campoamorina,
ningún interés tiene en leer nada;
y ni aún mis ricos albums de postales
merecen ni siquiera una mirada
de sus hermosos ojos virginales.

 Mi sobrino, Fernando,
gusta de revisar *Ilustraciones*
y se queda un buen rato contemplando
los grabados de ricas ediciones;
mas tampoco le tira la lectura;
y, si al chico el deber no le obligara,
 los días se pasara
sin un libro agarrar, la criatura.

Y aquí está la cuestión: si, aun yo viviendo,
no sienten por los libros simpatía,
muerto yo, ¿cuál sería
la suerte de mis libros? Ni pensarlo
quiero, siquiera, para no llorarlo.
Quizá lo mejor fuera
donarlos al Estado,
como Castro lo hiciera;
y, si en Suiza viviera,
es seguro lo haría
y en paz me quedaría.

O tal vez fuese aun mejor pensado
(por algo tengo al fin que decidirme)
ponerlos de cimiento,
muy pobre, desde luego, pero firme
de una modesta Biblioteca nueva,
como hizo Balaguer en Villanueva.
El caso es peliagudo;
y más, mucho más, dudo,
cuando luego recuerdo

lo que en el mundo pasa y ha pasado,
y de Sesostris ó Ramsés me acuerdo,
que, ni aun muertos, tranquilos han quedado;
O la gran Biblioteca Alejandrina
trocada veo en espantable hoguera;
ejemplos duros que la Historia diera
de nuestra humana vanidad mezquina.
¿No es pura vanidad, en todo caso,
y ridículo culto de sí mismo,
querer salvar por siempre del acaso
lo condenado á hundirse en el abismo,
cuerpo, libro ó nombre,
perecedero todo, como el hombre?

Es verdad. Y es muy cierto
que, donde no hay Omar, hay un Vesubio;
pero no hemos de ser Luis XV todos,
para decir, con egoísta acierto,
cuando, al lanzar nuestro postrer efluvio,
estiremos las piernas y los codos
«después de muerto yo, ¡venga el diluvio!»
Mientras así medito en todo esto,
 quedando manifiesto
 que nada me seduce,
y pienso en el Notario y en el Cura,
funeral, testamento y sepultura,
 el coche nos conduce
al largo de la calle de Serrano
 que, como está asfaltada
y es llana cual la palma de la mano,
conserva mi nariz bien taponada;
 pero tras ella viene
la calle de Alcalá y sus adoquines,
 y, aunque bien se mantiene,
al principio, el tapón, en los confines
de San José, sentí que se ponía
húmeda mi nariz, amenazando
arrastrar el tapón. Con sangre fría,
pues caliente ya poca iba quedando,
sujeté mi nariz con un pañuelo
y así crucé el adoquinado suelo
 de aquella larga calle,
pasando luego al asfaltado valle
de la Puerta del Sol, y de Preciados,
por donde fuimos ya más descuidados
 hasta llegar á casa
quietos los algodones y la gasa.

Mi mujer en el lecho proseguía;
y, aunque quería verme,
yo preferí meterme
en otra habitación, porque tenía
tintas en sangre manos, barba y pecho,
y creo que aun los mismos pantalones,
y así quedaba hecho,
con la sangre, el pañuelo y los taponés,
tan trágica figura,
que espantara, aun al Cid, mi catadura;
y nuestro encuentro, en tales condiciones,
se prestaba á fatales emociones.
Por eso al más distante gabinete
me fuí; tomé un sillón junto á la estufa
que en la marmórea chimenea enchufa;
puse los pies sobre alto cojinete,
sin quitarme una prenda de mi traje,
y, envuelto en una manta de viaje,
por la niña velado y por Mauricia.
(alcarreña que quita la ictericia
con su cara de Pascua y sus cantares,
más limpia que las aguas de Solares,
servicial, incansable y cariñosa)
me dispuse á pasar aquella noche,
cual inmóvil estatua pavorosa,
haciendo de paciencia gran derroche.

XIV.—La noche terrible.

¡Oh tristíßima nox! ¡Oh noite horríbel!
¡Oh nuit affreuse! ¡Oh notte spaventosa!
¡Terrible night! ¡Oh nucta akataskínate!
¡Hässliches Nacht! ¡Tohu nabohu laila!
¡Oh noche interminable y horrorosa!

Señores: se acabó mi repertorio.
 Pero, aunque el propio Mitridates (1) fuera
 palabras suficientes no tuviera
 para este ramillete exclamatorio.

(1) Es licencia poética
 exigida del verso por la estética.
 Me importa hacer constar que yo no digo
 Mitridates, jamás, sino Mitridates;
 y que, en esto, no sigo
 á la Academia, que ha cogido el tema
 de lanzar su anatema
 contra muchos esdrújulos, dejando
 la hermosísima lengua castellana
 sin su típico traje de aldeana,
 que la da su color, su poesía,
 su genio y su armonía,
 vistiéndola de extraños atavíos
 latinos, galos, griegos,
 que le quitan los bríos
 y tan sólo seducen á los legos,
 ora resucitando
pes y bes en buen hora abandonados,
 como en «Septiembre», «oscuro»,
 ingratos olvidando
 que es clásico decir *Setiembre, oscuro*;
 ora trocando el armonioso acento
 del esdrújulo en grave,
 quitando así á la lengua movimiento;
 (¿Habrà quien esto alabe?)
 de kilógramo haciendo *kilogramo*,
 de pentágrama haciendo *pentagrama*,
 como si fuera de la lengua el ama
 y del gusto español el solo amo,
 su misión siendo consignar el uso
 é incurriendo, al cambiarlo, en torpe abuso;
 que no tiene derecho la Academia
 para imponernos su letal anemia.

¡Vaya una nohecita
que me dió la mehallá biribita!
Y ¡gracias á que alerta
estaba bien despierta
la valerosa hueste leucocita!
La destrucción del pólipó gigante
desconcertó á los fieros polipenses,
dejándolos en cuadro en un instante;
pero son tan tunantes y tan pillos
esos liliputienses
que, apenas ven su tribu reducida,
fabrican, cual por máquina, chiquillos
que crecen sin nodriza y sin escuela
y revientan al prójimo enseguida.
Destruída su fuerte ciudadela,
todo su empeño, con ardor, pusieron
en mantener abierta la salida
de venillas, arterias y arteriolas;
y, bien se ha visto ya, lo consiguieron,
haciendo al gran Doctor siete mamolas.
Sólo la última atroz taponadura
logró cerrarles paso;
pero hay que confesar no fueron solas
la ciencia y la paciencia de la cura
las que obtuvieron tan feliz acaso;
fué que las avanzadas fagocitas
dieron con las vanguardias biribitas,
haciendo en ellas trágico escarmiento
que intacto conservó el taponamiento,
permitiendo al coágulo formarse
con que la arteria había de cerrarse.
Yo, sediento y hambriento,
hambre y sed resistí por no moverme,

y, mirando á la muerte cara á cara,
 empeñada en vencerme,
demostré que, aunque asco me causara
 su monda calavera,
 impávido me hallara
la guadaña que, tétrica, esgrimiera,
con la que vidas, sin cesar, segara.
En mi interno y continuo soliloquio,
ora de mi figura me reía;
ora á mi Life fiel compadecía;
ora intentaba místico coloquio
 con mi Santa Teresa;
ó, pensando en mis libros, padecía;
ó bien trazaba planes de viajes,
si del lance mi piel sacaba ilesa;
 ó bien me entretenía
en contar hasta mil por no dormirme;
 ó, para no aburrirme,
trazaba un cuento lleno de incidentes;
ó pensaba en lo necio de las gentes
que en este mundo sublunar vegetan
 y que sólo se inquietan
 por su estómago y dientes;
ó mi *Pater* políglota rezaba,
viendo los disparates que encerraba
la versión del corriente catecismo
que ya es hora se ponga en castellano
y lo rece el católico en cristiano;
ó bien daba su nota el patriotismo
y en Gibraltar pensaba, eterna presa
de la perficia y la ambición inglesa;
 ó lágrimas vertía
pensando en mi labor de muchos años;

que incompleta, por siempre, quedaría
mi «Gramática histórica española»,
de la que espero gloria sin amaños
y no como esas glorias de escayola
que al menor vendabal se resquebrajan,
creadas entre bombos y sofiones,
que, más que alzar al hombre, le rebajan
en teatros, cafés y redacciones;

también sufrir me hacía
recordar que mi lindo *Vistabella*,
un cómodo chalet de Guadarrama
que, para mi vejez, comprado había
haciendo en mis ahorros honda mella,
(y donde luégo fabriqué esta trama)
sin disfrutarlo yo se quedaría.

De este modo pasábanse las horas,
el cuerpo estatua, el alma torbellino,

mi nariz destilando
gotas casi incoloras,
de Valdepeñas cual aguado vino,
y mi vela velando,

á mi cariño haciéndose acreedoras,
Teresita y Mauricia,

la salamandra su calor lanzando
y dejando en mi cuerpo su caricia.
Mientras el gran tapón se rezumaba
y siempre desprenderse amenazaba,
su tiempo no perdían las bacterias
y, no hallando salida en las arterias
del lado taponado,

convocaron á junta al otro lado.

—Señoras y señores, —dijo un tipo
de estiradas patillas—

si en el diafragma hiciéramos cosquillas,
el señor del tapón tendría hipo
y saldría el tapón de sus casillas.

—Está muy bien pensado—
contestó un vejestorio—

lo que propone Guiriguín Tenorio;
pero el diafragma encuéntrase tan lejos
que puede asegurarse que los viejos
no llegaremos vivos.

Recurramos á medios más activos;
acepto desde luégo las cosquillas;
pero no en el diafragma; en las ternillas
de esta misma nariz; así no dudo
que hemos de provocar un estornudo;
y, como haya estornudo, los tapones
saltarán con sus gasas y algodones
y, libre entonces de la arteria el paso,
cantaremos victoria á campo raso.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—¡Corriente!

A ver quién es más listo y más valiente.
En mi nariz izquierda sólo había
unas tiras de gasa
de resistencia escasa,
y andar bien por entre ellas se podía.

Los bravos leucocitos,
comprendiendo el peligro que corría
si lograban su fin los biribitos,
ocuparon las plazas y plazuelas,
calles y callejuelas,
caminos y senderos,
pasos, desfiladeros,
aberturas, resquicios

y hasta los más pequeños intersticios
por donde una bacteria pasar pueda,
resueltos á librar combate rudo
sin que nadie en valor á nadie ceda,
por salvarme del trágico estornudo.
Y se dió la batalla; ¡y qué batalla!
¡Bien creí que me iba por la posta!
No hay gente más traidora y más canalla

que el feroz biribito:
encima de vivir á nuestra costa
chupándonos los jugos de la vida,
nos odia de tal modo ese maldito
que nace y muere siendo un homicida.

Con su conducta abona
la odiosa y repugnante del ingrato:
en el humano trato,
quien recibe merced no la perdona;
y quien hace favor á los amigos
hace fecunda siembra de enemigos;
y todo el que parásitos mantiene
quien le muerda con rabia siempre tiene.

El combate duró la noche entera
y una hora pasó tras otra hora
de estornudar las ansias resistiendo,
pues, tras el estornudo, muerto fuera.

Cuando por el balcón entró la aurora
el velo de la noche descorriendo,
sentíme revivir; y la alegría

fuerzas no me dejaba
para expresar mi gratitud diciendo:
«Otra vez puedo ver la luz del día».
«¡Gracias, Dios mío; gracias, Madre mía!»
Expresiva y brevísima plegaria

que no tiene indulgencias todavía
y que ofrezco gustoso
á toda alma, de hipócritas contraria,
y á todo ser piadoso
que crea en el divino Taumaturgo
y no sea borrego de Panurgo,
en lugar de esas otras oraciones,
que andan por esos mundos á montones,
llenas de tonterías
estilo Fray Gerundio de Campazas,
de meollo vacías
y más huecas que pipas de sandías
si las sandías salen calabazas.
Tres días, con tres noches insufribles,
enteros me pasé en aquel suplicio,
cual si santo de altar fuera mi oficio,
con hambre, sueño y sed luchando horribles,
molido y destrozado,
en un sillón, clavado.
La batalla seguía
entre mis valedores y enemigos,
siendo el triunfo del bueno
que cada vez ganaba más terreno
conquistando del malo los abrigos.
La sangre que unos y otros derramaban,
á manera de suero sonrosado,
á gotas mis narices destilaban,
que á veces me ponían alarmado.
Al fin, al cuarto día,
vino el Doctor Cisneros
y, con maña, con tiento y sangre fría,
destapó mis tapados agujeros.
Aquello parecía interminable

y toda mi familia estaba absorta
viendo sacar en serie inacabable
tanta sangrienta torta,
á manera de carne de chanfaina,
y con ella llenar una jofaina.

El tapón más profundo,
por cansancio, quedó para otro día;
pero no se veía
estando al fin del nasalino mundo
¡Tanto empujado habían al meterlo!
Una hora tardóse en extraerlo,
comenzando á salir en duras masas,
tras las últimas gasas,
montones de cadáveres podridos,
á pedazos de jaspe parecidos,
quedando al descubierto en mis narices
cientos de cicatrices,
y siguiendo, tras brega tan famosa,
hipertrofiada siempre mi mucosa.

XV.—El complot y la explosión.

Las guerras de troyanos y de tirios,
de medos y de griegos,
de egipcios con asirios,
las guerras de atenienses y espartanos,
las del gran Alejandro en todo el mundo,
las de cartagineses con romanos,
las guerras de invasión de visigodos,
vándalos, suevos, hunnos, ostrogodos,
árabes, turcos, tártaros, daneses,
nuestras guerras de moros y cristianos,
las guerras de españoles y franceses,

las de Napoleón con los ingleses,
las guerras de franceses y prusianos,
 rusos y japoneses,
 y aun las guerras civiles,
las sociales de esclavos y vasallos,
 y aun las riñas de gallos,
y aun las peleas de comadres viles,
todas son como juegos infantiles
 de seres racionales,
al lado de las guerras microbiales.
 Porque, en aquellas luchas,
 hay treguas y armisticios;
y, cuando están las huestes muy pachuchas,
 á veces se descansa;
que toda profesión, artes ú oficios,
aun siendo de matar, al hombre cansa,
 por muy grata que sea
del fraternal degüello la tarea;
 y por muy provechoso
que resulte el saqueo más glorioso;
que hay ratos en que, al fin, se amansa el hombre,
aun de Atila ó Marat llevando el nombre.
Pero, en las fieras luchas microbiescas,
no hay tregua ni cuartel ni nadie sabe
cuándo aquellas feroces soldadescas
comen, beben, descomen y desbeben,
se cansan y descansan, pues no cabe
suspender el combate, y todos deben
matar hasta morir, sin que haya modo
de hallar para un apuro un acomodo.
 Allí el combate dura
no algunas horas sino noche y día
 y nadie tiene cura,

pues cayendo en la atroz carnicería,
como allí no hay camillas ni Cruz Roja
ni siquiera se sabe lo que es venda,
no hay quien heridos cure ni recoja:
el que tiene apetito los merienda.

En tales condiciones,
nada tiene de extraño
que, sacados los últimos tapones,
una semana entera se pasara
(como luégo ha pasado todo un año)
sin que aquella pelea terminara.

Al cabo de ocho días,
cuando ya quiso Dios que se calmase
la excitación de tantas agonías,
pude volver á clase,
aunque echando por boca y por narices
cuajarones de sangre purulenta
formados en las hondas cicatrices
de tanta y tanta operación cruenta,
alternando con masas de cristales
producto de las secas secreciones
de mis fosas nasales,
de la dureza y del color del cuarzo,
que, al sonarme, me hacían erosiones.

Pero el 9 de Marzo,
otra fecha de lúgubre recuerdo,
el complot estalló que se fraguaba
contra mi pobre vida.

Los biribitos, en virtud de acuerdo,
visto el odio que á todos animaba
y su ardor homicida,
resolvieron mandar embajadores
á todos los Estados microbiles

que en el cuerpo del hombre asiento tienen;
Imperios de traidores;
Repúblicas y Reinos inciviles;
que, después que del hombre se mantienen
chupándole los jugos,
son sus propios verdugos
que todo lo envenenan
y, con ingenio sádico y artero,
á todos los tormentos le condenan.
Así corrió por Fernancosmo entero,
cual reguero de pólvora maldito,
de guerra santa el pavoroso grito:
Estreptocoburgo,
la voraz Verminesia,
el letal Fricoburgo,
la vil Bacililandia,
la atroz Bacterinesia,
el feroz Nefriburgo,
la cruel Reumilandia,
la opresora Dispnesia,
la Espiroquetilandia,
toda la Gusanesia,
toda la Cocolandia,
toda la Bichinesia,
entraron en la trágica conjura,
dirigiendo la trama Polipópolis,
resueltos á labrar mi sepultura
aunque fuera mi cuerpo su necrópolis.
Tan secretas llevaron los bribones
estas negociaciones,
por arterias y venas navegando
astutos y tenaces
con múltiples disfraces,

que los bravos y fieles fagocitos
de nada se enteraron, los benditos.
Aquel día, famoso en esta historia,
tomé mi desayuno de costumbre
que siempre me ha sabido y sabe á gloria
y, sin sentir de novedad vislumbre,
de la cama salté; pero ¡oh, sorpresa!

en aquel mismo instante
el complot estalló; y, hecho pavesa
por la explosión tremenda y fulminante,
en el suelo caí dando alaridos
y, cual si fuera de las Furias presa,
revolcándome, auxilio reclamando,
pataleando, espumarajeando,
con horrible dolor en los riñones,
con chasquidos de huesos y tendones,
cual si á quebrarse fueran
mis articulaciones;

con respiro angustioso mis pulmones
cual si de aire bastante carecieran;
mis nervios, en tensión inaguantable;
mi corazón, saltándome del pecho;
mi vientre, con dolor abominable;

mis músculos, torcidos;
todo mi ser, deshecho
y trastornados todos mis sentidos.
Sólo mi voluntad seguía intacta,
decidida á vencer, sin cobardías,
aunque cuenta se daba bien exacta
de todos mis dolores y agonías.

Acudiendo á mis gritos,
vinieron en mi ayuda los de casa;
y, cual inerte masa,

en la cama me echaron,
mientras los jefes del complot malditos
su triunfo celebraron
cantando con sus huestes la victoria
y, á coro, repitiendo,
garras y picos en mi carne hundiendo:
«¡Ya es nuestro! ¡Gloria, gloria!»
No eran bastante ya mis fagocitas
para estas nuevas cuitas;
y, al verles yo quedar desconcertados,
reclamé de un Doctor la sabia ciencia
y la magna experiencia,
por lograr los mejores resultados.
Pero es el caso que, en tan triste trance,
y no sirviendo allí ningún rinólogo,
había que echar mano de un patólogo
para salir lo menos mal del lance;
y que la cosa urgía
mi gravísimo estado lo decía.

XVI.—La elección de médico.

Te hacen falta, en un pueblo, plumas, platos,
almidón, un dedal, un sonajero,
azúcar, vasos, rábanos, zapatos,
aceitunas, cordón, seda, un sombrero,
naipes, huevos, betún ó perdigones,
una muñeca, arroz, hilo, un tintero,
papel, pimienta, un clavo, cañamones,
galletas, azafrán, queso, cerillas,
tijeras, salchichón, vino, botones,
cascabeles, anís, aceite, horquillas,
bacalao, postales, unas latas,

petróleo, sal, un pito, mondadientes,
calcetines, piñones, alpargatas,
chocolate, un martillo, una escofina,
escobas, caramelos ó pendientes,
una taza, un limón, jabón, gallina,
ó cualquier otra cosa
que te piden tus hijos ó tu esposa;
y siempre hay una tienda,
«La Aurora», «El Porvenir», «Al Gran Escudo»
ú otro nombre no menos campanudo,
donde hallar cuanto el hombre compre y venda.
En ese mismo pueblo, cualquier día,
(pues eres vulnerable, por desgracia)
te da una pulmonía,
ó se te pone la chiquilla lacia,
ó te sientes gastrálgico,
inapetente, tísico ó neurálgico,
bilioso, melancólico,
ó te sale un divieso,
ó te da un patatús, ó te da un cólico,
ó le da por parir á tu señora,
ó la caca del niño huele á queso,
ó tu orín de ladrillo se colora,
ó te sale en la frente un lobanillo,
ó vas á picos pardos
y vuelves bien picado y no de cardos,
ó se te hincha el tobillo,
ó se te rompe un hueso,
ó te sientes con fuerte calentura,
ó se te abre la espita con exceso;
para todo, en el pueblo, tienes cura;
que, así como hay de todo en una tienda,
así permite Dios que una persona,

cuyo saber su título pregona,
de todo mal, en cada pueblo, entienda.
Nunca tienes allí que preocuparte
de á quién has de acudir para curarte:
no tienes que elegir; no hay más que uno
y ese te ha de salvar ó ha de matarte,
sin que haya apelación á otro ninguno.
Pero ¡ay! aquí, en Madrid, es otra cosa:

Quieres comprar sombrero,
bien sea para tí ó para tu esposa,
y tienes ciento tres sombrererías;
se le antoja un juguete á tu chiquillo,
y, entre tiendas de feria y platerías,
bazares y ambulantes,
encuentras los juguetes á porrillo;
te hacen falta unos guantes,
y no hay tienda de hilos ni de sedas
donde no los encuentres bien flamantes,
sin contar treinta y nueve guanterías
y sin hablar de saldos ni almonedas;
te rompe algún puchero una criada
y tienes cinco mil cacharrerías.

Y así pasa con todo; pues no hay nada
que no se venda á cientos y á millares
en tiendas, almacenes y bazares;
y, en pós de las tres B siempre marchando,
se te pasa la vida vagueando.

¿Y si tienes que echar mano de un médico
para una enfermedad? Aquí no tienes
al Doctor Para-todo, enciclopédico,
con que, en el pueblo, tan feliz te avienes.
Aquí, quieras ó no, y el caso es duro,
te has de sacar tú mismo del apuro:

Tú mismo has de elegir entre homeópatas,
higienistas, alópatas,
hidrólogos, coprólogos,
electroterapeutas, sugestistas,
fisiópatas, dietistas, microbiólogos,
mecanoterapéuticos, hidristas,
dosimétricos, psíquicos, sueristas,
grafológicos, fototerapeutas,
quirúrgicos, oxípatas, alristas,
espiritistas, radioterapeutas,
y otros—*terapios*, —*ólogos* é—*istas*.

Cuando ya has elegido
el médico ó sistema curatorio,
necesitas hacer otro escogido
que es el del sanatorio
en que te han de curar; y, aun siendo en casa,
necesitas saber lo que te pasa
para acertar con un especialista,
laringólogo, otólogo, rinólogo,
toxicólogo, urólogo, oculista,
frenólogo, neurólogo, pediatra,
ginecólogo, pneumo-cardiólogo,
manicuro, tocólogo, psiquiatra,
gastrólogo, ortopédico, alienista,
sifiliógrafo, anólogo, osteólogo,
pedicuro, dentista, dermatólogo,
teratólogo, miólogo, estetista,
y entonces puedes ya buscar tranquilo,
pues ya tienes el hilo
que en este laberinto ha de guiarte,
la persona encargada de curarte.
Claro es que no es tan fácil el problema,
porque ¿quién eres tú, pobre profano,

para afirmar, si tienes un edema
 en el pie ó en la mano,
que eso es fruto de alguna hiperclorhidría,
ó que es cosa del hígado ó riñones,
ó de arterioesclerosis que te vidría
los vasos y los llena de taponés?
La prueba de lo oscuro de estos temas
es que te sale, por ejemplo, un grano
y vas á consultar á un cirujano,
de los que entienden bien estos problemas,
y quiere que lo cortes por lo sano;
pero lo llevas luego á un dermatólogo
y te dice que es fruto de una diátesis
y que debes usar algún homólogo;
te vas después á ver á un buen cardiólogo
que, apenas lo examina, te asegura
 que tienes sangre impura,
y que sus impurezas siempre brotan
en forma de granitos que se notan;
 corres á un higienista
 y, del grano á la vista,
 te afirma ser testigo
de tu poco cuidado con tu ingesta
y quiere y te aconseja como amigo
que te prives de todo en toda fiesta,
aunque alguno lo tenga por desaire;
que, enseguida que puedas, cambies de aire
y te pongas á régimen de leche,
con enemas de caldo de escabeche;
 Vas después á un urólogo
y ve tan claro cual la luz del día
que el filtro no anda bien; y un sifiliólogo
te receta mercurio y sandalía.

¿Y qué haces entre tantos pareceres?
Tú has de juzgar y resolver tus dudas;
y en un círculo estás que sangre sudas;
y, si curarte quieres,
has de salir del paso
entregándote en manos del acaso
y eligiendo, con fe en tu propia suerte,
el que haya de salvarte ó de perderte.
Pero aquí hay otro enigma: los Doctores
que están ya consagrados por la fama
¿son ó nó los mejores?
Es bueno, por si acaso, algo de escama.
Por otra parte, el médico famoso
no puede las más veces visitarte
por su falta de tiempo, y no es gracioso
que el mal avance sin ponerle vallas
y tu salud acabe de minarte
por esperar del sabio la venida;
pues en ésta y en todas las batallas,
si esperas á Grouchy, le da la vena
de venir á Blücher, y, de vencida,
hallas un Vaterlío en lugar de un Jena.
Es claro que el Doctor menos nombrado
quizá (sólo quizá) sepa algo menos;
pero si es de los buenos,
te tendrá más cuidado
y no estarás así siempre en un potro,
si es grave el mal y grave se mantiene,
por si el médico viene ó si no viene;
y váyase lo uno por lo otro;
aquél puede quedar para consultas,
si, por desgracia, las requiere el caso,
ó si, por aprensión, tu mal abultas,

y éste puede quedar de cabecera;
y así sales del paso
y hallas á sí la solución tercera.
Pero hay más todavía:
Dentro de cada grupo de doctores
con sus categorías,
los hay de muchas pastas,
y de varios colores
y de distintas castas:
los hay de tipo fino, aristocrático,
que hablan de sports mientras el pulso toman;
los hay de tipo basto, democrático,
que apestan con su olor en cuanto asoman;
los hay que están metidos en política,
los hay que sólo hablar saben de caza,
los hay que se dedican á la crítica,
y otros que son modelo de cachaza.
¿Y los que entran bufando y dando voces,
y á veces hasta coces,
para dar confianza al que visitan?
¿Y los que entran fumando y escupiendo
y cuerpo y alma del enfermo irritan?
Los hay que estás muriendo
y, aunque recado envíes apremiante,
como al tresillo jueguen y haya puestas,
tén seguro que éstas
son antes que su cliente agonizante.
Los tienes que, á la vista de un catarro,
te extienden la partida de difunto;
ó que, aun estando el muerto ya en el carro,
se empeñan en curarlo con un unto.
Los hay que se las echan de graciosos
y en hacerte reir cifran su gloria;

y otros más serios, graves y gomosos
que retratos de historia.

Los hay del tipo pelma, que se sientan
y no hallan el momento de marcharse;
y otros, tipo relámpago, que inventan
hasta no saludar para largarse.

¿Y los que te hacen dos ó tres visitas
diarias, porque tienes un divieso?

¿Y los que, mientras tú no los evitas,
sin darte de alta siguen; y tú, ileso?

¿Y los que, en cambio, quieren tres recados
cada vez que los llamas,

lo mismo para simples resfriados
que cuando en fiebre pútrida te inflamas?

¿Y los que te atiborran de jarabes,
específicos, píldoras y unturas?

¿Y los que sólo en circunstancias graves
te dan agua templada, si es que apuras?

¿Y los que hasta pulirse y perfumarse
no salen de su casa ó de su paso,

sin que la crisis pueda retrasarse,
y así truecan un éxito en fracaso?

Los tienes que, con aire convencido,
en el acto, te largan un pronóstico;
y tardos, que no te hacen un diagnóstico
sino después que todo ha concluído.

Los hay delgados, gordos,
afeitados, con barba, con patilla,

calvos, cojos, miopes, mancos, sordos,
altos y bajos, flojos y nervudos,

lampiños y belludos,
rebosando salud, siempre tosiendo,
entrando de puntillas, taconeando,

hablando muy quedito, voceando,
solterones, casados y viudos,
con cara triste, siempre sonriendo;
los tienes verdinegros, rubios, rojos,
morenos, colorados y amarillos,
sin hijos y cargados de chiquillos,
con lentes, con ahumados, con anteojos
y los hay que resultan muy simpáticos
y otros que te resultan antipáticos;
sin que tenga que ver la simpatía
con los aciertos en cualquier *patfa*.

Y ésta es la cuestión cuarta, que no es floja;
pues comprende otras mil, todas de empeño,
que, de seguro, quitan más de un sueño
por poco que preocupen al que escoja.
¿Crees tú que con esto has acabado
y que ya tienes médico á tu gusto?

Siento darte el disgusto
de decirte que estás equivocado.

Te falta resolver una minucia
que se plantea en forma de dilema
y es, á veces, la clave del problema
que agota los recursos de la astucia:

¿Tienes ó nó dinero suficiente
para pagar al médico elegido?

Aquí entra de la Fama un coeficiente
que, á veces, con la ciencia está reñido,
pues, no siempre, quien alta cuota cobra
es más sabio ni célebre que otros,
sino un tragón quizá, á quien nada sobra,
que quiere cubrir gastos con nosotros;
ó un *vivo* que fomenta su clientela
con el cebo del lujo á la alta escuela;

ó un avaro sencillo
que quiere esté repleto su bolsillo;
ó un médico que tiene filtraciones
ó juega á la ruleta sus doblones.
Claro es que la elegante vestimenta,
los teatros, los toros, la comida,
y el auto, y los criados, y el perfume
hacen que suba la tremenda cuenta
de gastos de la vida,
y que aquel que presume
necesita á montones buenos duros
para saldar sus cuentas sin apuros.
No te fíes jamás de ese egoísta;
porque es la Medicina un sacerdocio
y quien sólo ve en ella un buen negocio
es sólo un mercader ó un arbitrista;
si algún aprieto pasa, es voluntario,
digno de los mayores vituperios;
y no es justo crear conflictos serios
por salir de un aprieto innecesario.
Se comprende que un buen especialista,
con su completo y gran laboratorio
y operando en soberbio sanatorio,
gire á sus clientes letras á la vista;
quien en el surco mucho grano echa
es justo que recoja gran cosecha;
pero, por una enfermedad corriente
que se cura con medios ordinarios,
¿por qué aprietos crear al pobre cliente
cobrándole excesivos honorarios?
Podría hablar aquí de los Doctores
que cobran sus visitas á peseta;
de los de á medio duro;

de los dioses menores
que te cobran un duro por receta;
de los que ya te ponen en apuro
cobrándote dos duros por visita
y de los que te tiran á degüello
reclamándote cinco y descabello:
lo cual te trae un mal, si otro te quita;
podría hablar también de las iguales,
de la Beneficencia
con muchas cosas buenas y otras malas;
y de tantas y tantas Sociedades
con médica asistencia
como existen en villas y ciudades;
pero baste decir en este punto,
que es complejo con visos de sencillo,
que, para resolver tan grave asunto,
te importa consultar con tu bolsillo.
No digo que lo estires ni lo encojas;
mas vé cómo y con quién tiras y aflojas,
porque no tiene gracia
que, por miedo de ver tu bolsa lacia
ó por afán de dar golpe certero,
te quedes sin salud ó sin dinero.
¿Crees ya que con esto has acabado?
Pues te has equivocado.
Tienes que resolver otro problema
antes de decidirte todavía;
y, aunque es problema extraño á todo tema
de ciencia, de experiencia y simpatía,
es de tal importancia
que, si no lo resuelves con acierto
y un mal serio te ataca con constancia,
puedes darte por muerto.

Figurate que vives en Preciados
y tu médico vive en Argensola;
y, mientras van y vienen los recados,
la crisis llega y se resuelve sola.
¿De qué te sirve que hayas elegido
Doctor experto, sabio, comedido,
simpático, sesudo, inmejorable,
si, en un caso de apuro, es inhallable;
y, mientras se le busca, el mal avanza;
y llega cuando ya no hay esperanza?
El médico mejor, en tales casos,
es el que llega á tiempo de atenderte;
y, para prevenir tales acasos,
debes tenerlo cerca,
y así, si el mal se acerca,
tendrás siempre quien pueda defenderte.
En madrid, por fortuna,
abundan los Doctores;
y no hay calle ninguna
donde no haya Galenos con honores.
Elige entre ellos uno
que sea honrado y bueno,
celoso, de ojo clínico, oportuno,
y ese es el ideal de tu Galeno,
No es fácil la elección; pues vas á informes
y, entre lo que uno narra y otro cuenta,
encuentras diferencias tan enormes
que sin brújula queda quien lo intenta.
No hagas caso de nada. A tu criterio
atente, decidido;
y, una vez que hayas médico elegido,
sin un motivo serio
nunca cambies, que es de hombres sin sentido.

¡Que él te salve ó te envíe al cementerio!
y ten por cosa cierta
que yerra el listo donde el torpe acierta.

XVII.— La consulta.

Precisamente enfrente
de nuestra propia casa
vive el Doctor Jurado
que, por ser militar, es un valiente,
pues lo exige la masa,
y, por ser un Doctor, es ilustrado,
(lo reza su diploma)
y, por ser andaluz, es muy de broma;
tres cosas que hacen falta en estos casos
para dar con acierto ciertos pasos.
Llamado, vino; y, estudiado todo,
se asustó y animóme como pudo
con ingenioso modo:
Era lo mío un reumatismo agudo
poli-arti-muscular, y una nefritis
con algo de hepatitis.
Esto, unido á mis males anteriores,
ó sea endocarditis,
catarro y asma crónicos y otitis,
más las resultas de mi neurastenia,
de mis rinopatías,
de mi estado dispéptico y neurálgico,
de mi insomnio y mi estado cefalálgico,
sin meternos en más filosofías,
y agregando que empiezo ya á ser viejo,
pues pasé, hace dos años, de cincuenta,

hacían tan complejo
mi mal que hasta era ya galana cuenta
lograr salvar el mísero pellejo.
Jurado prometió lo salvaría;
y me mandó tomar salicilato
y friegas de aguarrás, de rato en rato;
pero ya al tercer día
se declaró vencido
y reclamó consulta, convencido
de no corresponder la mejoría
á esos y otros remedios,
y de ver agotados ya sus medios.
Y era que los microbios y bacterias,
por Nefrilín, con arte, dirigidos,
y navegando siempre por arterias,
atacaban sin tregua ni reposo
los puntos que no estaban defendidos,
hígado, corazón, bazo y riñones,
y, con su fiero y decidido acoso,
me daban las mayores desazones
y me tenían en constante grito,
sin poderme estar quieto ni un momento
cual si tuviera el baile de San Vito.

Más de un ocho por ciento
de albúmina mi orina contenía,
y se notaba que, de día en día,
la proporción crecía en alto grado,
pareciendo el orín como empapado
en vedijas de lana amarillenta,
que revelaban la labor paciente,
eficaz, aunque lenta,
de toda aquella microbiesca gente.
Pedida la consulta por Jurado,

acudí al Doctor Hauser, un Hipócrates
filósofo cual Sócrates,
en palabras avaro, en hechos pródigo,
de infalible ojo clínico, higienista,
pensador, convencido, autoritario
como aquel que, seguro de su vista,
en cuanto ve, resuelve; estrafalario
en su modo de hablar hispano-exótico
con síncope y apócope estrambótico
que hacen difícil entender su lengua,
sin que en nada su ciencia sufra mengua;
pues se ve desde luego que es un sabio
que no tiene el dominio de su labio,
aunque su gran saber en Medicina,
como en ciencias político-sociales,
merece los más altos pedestales
porque todos sus ámbitos domina.
Desde hacía diez años, por lo menos,
yo le debía mi existencia. ¡Cuántos
médicos toledanos, salmantinos,
madrileños, gallegos, parisinos,
cántabros, donostiarras y otros tantos
me habían recetado en mis dolencias!
Ninguno con la causa dado había
de toda mi ya crónica patfa:

corizas, flatulencias,
asma y palpitaciones;

pues todos por catarro me curaban
y todos, sin querer, me estropeaban.

—Esas perturbaciones—
dijo Hauser—son sólo producidas
por pólipos.

Y gracias á su ciencia

y del gran Uruñuela á la experiencia
ví todas mis dolencias corregidas.

Tiempo hacía que Hauser, retirado,
á nadie visitaba;

pero, al ruego rendido, con agrado
prestóse á la consulta,

y á las once del 13 me auscultaba.

Toda la turbamulta

de cocos, bichos, vermes y bacilos

su triunfo, con estruendo, celebraba;

y Hauser, buen lingüista, se enteraba
del complot; y, cogiendo bien sus hilos,

todo se lo explicaba.

—Llego á tiempo—me dijo;—el daño es hondo;
pero no haya cuidado. ¡Yo respondo!

Con esta garantía,

yo sentí restaurada mi energía.

A la consulta, á guisa de testigos,
asistieron dos médicos amigos;

Javier Ortiz, que trato como hermano,

y Don Carlos Soler, el compañero

que mi cátedra da, si no estoy sano

ó salgo forastero.

Ambos prestan servicio al Municipio

en casas de socorro diferentes

y ambos practican fieles el principio

de hacer el bien que pueden á las gentes.

Todos á Hauser con respeto oyeron,

(no podré asegurar que le entendieron)

opinando Jurado,

y así lo convinieron,

que mi cura quedase á su cuidado.

Para Hauser, la cosa era bien clara:

La infección purulenta
que la rotura de la arteria armara,
con su taponamiento de tres días,
progresando con marcha firme y lenta,
mi sangre toda había envenenado,
 habiendo penetrado
hígado, corazón, vientre y riñones,
aumentado la urea, que, en cristales,
se aglomeraba en todos los rincones
y era causa eficiente de los males
de mis músculos, nervios y tendones,
precipitando en copos guedijales
la albúmina flotante en mis regiones.
Así quedó la trama descubierta
de la conjura microbil urdida
 contra mi pobre vida,
y el calor vuelto á mi esperanza yerta.
Aunque evidente el mal, en sus raíces
Hauser quería, con razón, vencerlo;
y, á fin de ver por dónde acometerlo,
por de pronto, olvidando mis narices,
 dispuso que tres días
con las sales de Carlsbad me purgara,
y á régimen de leche me quedara
sin que ni agua mojase mis encías;
para que el duro vientre se ablandara,
mandó una cataplasma bien caliente
 que, con cambio frecuente,
varios días mi abdomen abrigara;
y, para sujetarme los riñones
y reducir del vientre el timpanismo,
de ancha faja de goma en las prisiones
lo encerró; recetándome estoicismo;

y marchóse afirmando
que el mal de Bright supuesto
no pasaría de un error funesto
y que todo se iría mejorando.

Grande fué el rebullicio
que en las filas micrózoas produjo
de la gran cataplasma el artificio,
pues estaba abrasando, y, á su influjo,
una epidemia tal de calenturas
malignas declaróse en Microlandia,
que no había bastantes sepulturas
en toda Fernanlandia;

y, á millones, los muertos obstruían
del cuerpo los conductos y canales
y en la tumba, por último, caían
de escupideras, bicos y orinales.
No quiero acometer la magna empresa
de escribir el diario de mis males;
baste decir que, desde Marzo á Mayo,
retorcióse mi cuerpo cual pavesa;

sin sentir un desmayo,
entre tanto homicida,
ni mi apego á la vida
ni mi eterno optimismo;

siempre postrado en la revuelta cama,
ya del reuma entre horribles convulsiones,
ya del delirio en pleno paroxismo,
ya de la fiebre en la ardorosa llama,
los nervios con crueles crispaciones,
el aliento silbando,
la sangre galopando en las arterias,
mis piernas la gordura deformando,
mi corazón brincando,

y mi oído y nariz sucias materias
de sangre, pus y mocos destilando;
sin poder conciliar ni un solo día
el sueño que tan grato me sería.

XVIII.—Intermedio.

Al fin, de Hauser la ciencia
y de Dios la clemencia,
unida á mi tenaz perseverancia,
vencieron la terrible virulencia,
dando alientos de nuevo á mi arrogancia,
del mal que amenazaba mi existencia.
Y á mi clase volví; y aun valor tuve
de examinar de Historia y Geografía,
Francés, ingreso y grados; valentía
que, como en la labor no me contuve,
me dejó tan rendido y desquiciado
que á Guadarrama vine amortajado.
El aire incomparable de la Sierra,
de radio cargadísimo y de ozono,
restituyó á mis vísceras el tono
y permitiómé proseguir la guerra.

Pasé todo el verano
en reponer con lentitud mis bríos;
y, gracias á este clima fresco y sano,
hasta ví renacer mis amoríos,
pues sucedió una cosa extraordinaria:

yo, que, en mi adolescencia,
cultivé con amor la Poesía,
años enteros mi labor diaria,
y que, luégo, cediendo á la violencia
de la busca del pan de cada día,

rompí mis relaciones con las Musas,
víme, de pronto, en mi convalecencia,
por ellas, con empeño, requerido
á reanudar, sin admitir excusas,
las rotas relaciones,
brindándome laureles y ovaciones.

Y descolgué mi lira,
y restauré mi enmohecida pluma,
y mis versos brotaron, como espuma,
al soplo de la Musa que me inspira.
Y entonces dí comienzo á este poema
y, con él, á otras cien composiciones,
sirviéndome de tema
de excelsa poesía

realidades, creencias y visiones
de la razón, la fe y la fantasía.

Todo aquí convidaba
á cultivar el Arte: el puro ambiente
que aquí se respiraba;
las auras, que, en fresquísima corriente,
nuestros rostros besaban con delicia;
las aves, en los árboles cantando;
las flores, sus colores ostentando
y su perfume uniendo á la caricia
del céfiro, el ambiente embalsamando;
el agua, por el prado discurriendo;
el césped, sus blanduras ofreciendo;
las mariposas, revoloteando.

¿Y luégo el admirable panorama
severo y deleitoso
de este valle, sin par, de Guadarrama?
¿Y el rugido del viento pavoroso
cuando rabioso zumba,

en tormentosa forma,
como infernal balumba
de diez trenes en férrea plataforma?
¿Y cuando se desata una tormenta
y el relámpago lanza sus fulgores
y el trueno al más impávido amedrenta
y el iris tiende su arco de colores?
¿Y esas noches de luna deliciosas
que nos hacen vivir la paz de Arcadia
en horas venturosas
de placidez que el firmamento irradia?
¿Y el correr de las nubes
por la llanura azul del infinito,
llevadas por fantásticos querubes
detrás del horizonte de granito?
¿Y el vapor que desprenden las montañas
agarrado á los picos de la sierra
ó tendido en los huecos de la tierra
fingiendo formas á cuál más extrañas?
¿Y aquel nacarear de atardeceres
en la umbrosa extensión de los pinares?
¿Y el revolotear de las mujeres
con su charla, sonrisas y cantares?
¿Y luégo los dulcísimos idilios
que, como nubes, cría el veraneo,
que inspiraran á Horacios y Virgilio
con el sabroso y futil discreteo
de tantas parejitas vaporosas,
que semejan aladas mariposas,
ya bailando ya en grato cuchicheo?
Todo aquí es manantial de poesía,
y es natural brotara á borbotones
aun de lira tan vieja cual la mía.

Así pasé el verano;
y reanudé en Octubre mis funciones,
con apariencias de encontrarme sano.
Mas, como mis narices desdichadas
segúan tan tapadas,
de nuevo recurrí al Doctor Cisneros,
que me siguió sacando de la mina
por ambos agujeros
microbios en rosada gelatina.

Cada vez que operaba
(por semana una vez le visitaba)
veía yo al Doctor preocupado;
y, su nerviosidad yendo en aumento,
hubo, al fin, un momento
en que llegó á infundirme gran cuidado.
El recuerdo, sin duda, harto enojoso
de la grave rotura de la arteria,
que, si por siempre ha hundido mi reposo,
puede al sabio ofrecer formal materia
de discusión, minando los cimientos
en que la Fama erige monumentos,
los nervios de Cisneros perturbaba
y su pulso alteraba.

Como él no sabía
la causa ocasional del accidente,
no podía saber que era inocente;
y, en la cosa al pensar, se consumía.

Aunque él nada decía,
y procuraba, con palabra amena,
ocultar los temores que sentía,
yo bien le comprendía;
y, por librarle de la inútil pena
que siempre el operarme le causaba,

á la tercera vez que me operaba
decidí, sin más prólogo,
irme con mi nariz á otro rinólogo.
Tres meses me tomé para escogerlo,
oyendo pareceres y opiniones;
y, como era forzoso resolverlo,
pues ya me iban ahogando mis taponés,
flotando entre el temor y la esperanza,
á Tapia me entregué con confianza.

XIX.—¡Abajo tabiques!

En aquellos tres meses de reposo
en que dejé á mis fieros enemigos,
fué Nasoburgo centro prodigioso
de actividad. Los bélicos abrigos
que la nariz ofrece por doquiera
fueron fortificados,
y todos sus abordes reforzados
con pólipos-blockhaus en cordillera;
luégo, cual si Vauban los dirigiera,
ciñeron de baluartes el recinto
llegando hasta los senos del etmoides,
corriéndose de allí hasta el esfenoides,
yendo del temporal al laberinto
y bajando hasta dar, por la faringe,
con la misma laringe;
de modo que, por todos los costados,
nariz, oído y boca,
se les hallara siempre preparados
á defenderse tras blindada roca.
No contentos aún, sus embajadas
á Otolandia enviaron apremiantes,
á fin de que las bien acreditadas

fábricas de materias purulentas
en mis oídos ocho lustros antes
fundadas por colonias virulentas
de la potente Sociedad del Tifus,
cuando era yo un chiquillo de ocho años
dos veces ya salvado de la muerte
con asombro de propios y de extraños,
mandaran á Rinesia el pus más fuerte
para infestar estómago y riñones
y estropearme así las digestiones.
Pareció en Otolandia el trato bueno;
y, á la salida del externo oído,
la única que el pus haya tenido,
salida interna unieron del veneno,
por la trompa de Eustaquio abriendo paso.
En odres bien repletos lo llevaban
á unas cavernas propias para el caso
que el frontal y el etmoides ofrecían;
allí con sangre y moco lo mezclaban
y por su propio peso lo caían
y mi boca y mi estómago infestaban.

Así estaban las cosas
cuando fui al Doctor Tapia con mis cuitas.
En una plaza de las más hermosas
que hay en Madrid, la de Colón, estaba,
y en ella recibía las visitas.
Hay que creer que Dios se ha complacido
en encerrar lo grande en lo pequeño:
Aníbal, Alejandro, Bonaparte,
César, Prim, lo más grande que ha existido (1)

(1) No quiero hablar de Weyler ni de Auñón
por no extremar mi fiel comparación.

en lo que más grandeza pide al dueño,
pues sólo fuerte y alto se ve á Marte,
eran poca figura
y bajos, todos ellos, de estatura.
Y así, Tapia: con verlo se adivina
que en aquel forro de hombre en miniatura
se encierra, como en Hauser, una mina
de sabia inteligencia; lo pregona
el sutil bisturí de la mirada,
lo terso de la frente despejada,
la esperanza que inspira la persona.
Por vez primera entonces le vefa
y le narré la historia de mis males;
atento me escuchó; y para otro día
me citó en su flamante sanatorio
de Villa-Luz, allá en los arrabales
del Nordeste que llaman Guindalera,
para sacarme ya del purgatorio
en mi nariz curando el mal que hubiera.
El día señalado, en la mañana
del 16 de Enero, décimo año
del siglo XX, á hora bien temprana,
entré en el sanatorio. Los de antaño
médicos de renombre y campanillas
de Valencia, Aragón y ambas Castillas,
jamás soñar pudieron
hacer operaciones
en tales condiciones,
ni, en sueños, tales maravillas vieron.
¡Qué salas, qué limpieza,
qué austeridad tan noble y tan lujosa!
Si á uno allí le cortan la cabeza,
le parece la muerte hasta graciosa.

Allí el Doctor estaba
en blanca blusa que á los pies llegaba.

Me sentó en una silla;
escrutó mis narices;
repasó las antiguas cicatrices;
tomó una jeringuilla;
de cocaina una inyección me puso;
y, mientras la anestesia funcionaba,
me dió una placa de brillante espejo.

No sabiendo yo el uso,
pues el Doctor Cisneros no la usaba,
miréme en ella y me encontré muy viejo.
Sonríome el Doctor, benevolente,
y me indicó expirase nasalmente,
proyectando en la placa
el vapor que el aliento siempre saca;
entonces ví que la nariz derecha,
algo memos maltrecha,
empañaba la luna,
no dejando la izquierda huella alguna.

Bien así se explicaba
la causa de lo mal que respiraba
y las perturbaciones
del corazón, el hígado y riñones,
la sequedad constante de la boca,
el insomnio que tanto me agobiaba
no pudiéndome echar de ningún lado
y sin poder calmar el ansia loca
de dormir, que me tiene desquiciado,
y todas las secuencias
del respirar á fuerza de violencias.
Armó el Doctor el lazo extirpa-pólipos
y sacó tres blockhaus de la vanguardia,

dejando libre el paso
para poder batir en campo raso
del enemigo el centro y retaguardia.
Exploró nuevamente el horizonte;
y no sé qué vería
en el llano ó el monte
que observé un gestecito de alegría,
augur de triunfo y nuncio de victoria,
que no se borrará de mi memoria.
Y ví se despojaba de la blusa,
típica veste de Asclepiadea musa,
se quitaba después la americana,
vulgar abrigo de la especie humana,
y se quedaba en mangas de camisa.
A mí vino después en esta guisa,
(sin duda para darme confianza
é infundir en mi pecho la esperanza)
su lazo en mis narices introdujo;
lo enganchó en una apófisis del hueso
que cierto cosquilleo me produjo;
y, para hacer más fuerza con su peso,
se recogió de él. Sentí rasgarse
algo dentro de mí; y á Tapia ufano
el sudor del esfuerzo ví limpiarse,
mostrando larga esquirra en una mano.
—Era un tabique —dijo— que estorbaba
para ver y operar; y, sin licencia,
lo he quitado; era caso de conciencia
suprimir, sin escrúpulo, esa traba.
Me quedé estupefacto con el lance;
celebré la osadía;
y, ya pasado el trance,
pude estimar lo mucho que valía,

en ahorro nervioso de jactancia,
 la anestesia fatal de la ignorancia.
 Juzgando suficiente
 el Doctor su trabajo y mi paciencia,
 tuvo por conveniente
 dejar para otro día su secuencia
 y, limpia mi nariz y envuelta en gasa,
 volví de Villa-Luz, en coche, á casa.

XX.—El sitio de Polipópolis.

Fué atroz el rebullicio
 que en Nasoburgo armó el tremendo lazo
 que el tabique abatiera de un hachazo.

Gracias al armisticio
 de tres días que Tapia concediera,
 dando á mis nervios tiempo á reponerse,
 pudo Microbiolandia rehacerse
 de aquel golpe que tanto le doliera.
 Cual todo vil parásito asqueroso,
 que se indigna, si ve que el generoso,
 harto de que lo exploten, se defiende,
 pues, á fe de parásito, pretende
 que hay que darle las gracias por la honra
 de sus víctimas ser, los biribitos
 se pusieron rabiosos.

—¡Qué deshonra!—

dijeron, los benditos—

¡Esto es inaguantable!

Este hombre va ya siendo insoportable.

¡Habernos descubiertol

No pararemos hasta verle muerto.

¡Bárbaro! ¡Bruto! ¡Bestia abominable!

¿Se ha visto cosa igual? ¿Que no nos deja
que comamos tranquilos su pelleja?

¡Esto es intolerable!

—¡Basta de insultos ya!— gritó un valiente
del grupo intelectual de aquella gente.

—Cada cual se defiende con sus mañas.

—Pero es cobarde andar con artimañas—
replicó un jorobilla.—

Que haga como nosotros

y no se valga, en la contienda, de otros.

¡Así murió Don Pedro de Castilla!

¡Que se urgue con los dedos las narices
y no se valga de armas de cobardes!

—No sabes lo que dices.

No hagas de tu oratoria más alardes
ó *Pablo Iglesias* te pondrán de mote.

—¡Mejor quiero ser eso que Quijote!

—Vente á la realidad, que es cosa negra.

—¡Mucho más que mi suegra!—

gimió un reciencajado,

con cuñadas y suegra, el desdichado.

—¡No más lamentaciones!—

gritó con voz severa el presidente.

—¡Basta de dilaciones;

y á trabajar; que el riesgo es inminente!

Repártase la gente

desde la laminilla del etmoides

hasta la misma apófisis mastoides;

acumulemos pus en las cavernas

para soltarlo en fieras cataratas

cuando llegue el momento; las poternas

guardemos bien; y, atentos vigilando,

dejándonos de insultos ni bravatas,

esperemos, el tiempo aprovechando
fabricando toxinas,
llenando de vibriones estas minas
y siempre en nuestro triunfo confiando.
Así lo hicieron; pero no contaban
con que un golpe mortal les preparaban.
En efecto: pasados los tres días,
á la cita acudí; de Cirineo
actuaba mi fiel Life. Los tranvías,
aun teniendo que hacer algún rodeo,
prefiero al coche; voy entretenido
con la gente que sube, baja y pasa,
y me evito del piso el traqueteo.
A casa del Doctor desde mi casa
(Cólón—Santo Domingo La victoria,
¡oh augurio glorioso! me aseguras)
fúime en tranvía, pues; y en mi memoria
consta que, por doquier, las colgaduras
de Ministerios, Bancos y Casinos
sus alegres colores ostentaban,
y, por modos tan ciertos como finos,
augures de mi triunfo se mostraban.
Así el hombre del mundo se hace centro
y todo lo atribuye á su de dentro,
como el sapo, sin duda, se figura
que sale el sol por ver su catadura.
El caso es que Madrid lucía el manto
que se pone cuando es del Rey el santo;
y á mí los reposteros y banderas
que ostentaban ventanas y balcones
me mecían en dulces ilusiones
y en gratas esperanzas lisonjeras.
¡Esperanzas!... ¡de verme sin tapones!

¡Ilusiones!... ¡de limpias tragaderas!

¡Oh prosa! ¡Oh poesía!

¡Oh poesía! ¡Oh prosa!

¡Cuán mezcladas andais en este mundo!

Como Marta y María,

cual la espina y la rosa,

cual el Nilo arrasando, al ser fecundo;

San Luis, allá en Damietta, vomitando,

Rousseau notas copiando y pan royendo.

Luis XIV en su corte estornudando,

Vendome en un bacín á Boileau oyendo,

Napoleón luchando con la uremia,

Chopin examinando sus esputos,

Cervantes apuntando sus tributos.

y yo de mi nariz con la hiperemia.

Y todos los mortales,

artistas, sabios, prestes ó guerreros,

buscando, en los momentos más geniales

en que surge el fulgor que al mundo asombra,

los cuartitos de un uno con dos ceros;

y, á falta de ellos, la campestre alfombra.

¿Qué le vamos á hacer? ¡Así es la vida;

y que no hay luz sin sombra

es cosa hasta olvidada de sabida!

Se me va el santo al cielo

con estas digresiones;

y es que una palabra me desvía

y, sus alas soltando en raudo vuelo,

del cosmos por las vastas extensiones

corre mi fantasía,

hasta que, al ver me lleva despeñado,

la tiro de las riendas, asustado.

Llegué á las once en punto; me esperaban,

teniéndolo ya todo preparado;
y en mi nariz sentí que alerta estaban.
Tapia me embadurnó con cocaina
que su acre gusto me dejó, de suela,
y el paladar me heló y dejó acorchado;
abriendo luego paso por la mina,
sin hacer caso alguno al centinela
que estaba, como todos, acauchado,
 vió que el caso era grave;
para extirpar un pólipo tan firme,
saber era preciso cuanto sabe
el más hábil rinólogo en su esfera;
y estar yo preparado á no rendirme
al dolor por vivísimo que fuera.

 Yo preparado estaba
y en mi Santa Teresa confiaba.
Sé ya lo que es sufrir; y á Dios ofrezco
mi dolor; y al que sufre compadezco.
Tapia extirpó primero varios pólipos
que, como torreones avanzados,
en la vanguardia estaban colocados;
y, dándome de nuevo el claro espejo,
pudo ver que ni un átomo siquiera
del aire introducido en mis pulmones
empañaba su límpido reflejo,
pues nada mi nariz echaba fuera
ni aun haciendo con fuerza espiraciones;
si no abría la boca á cada instante,
me quedaba anheloso y jadeante.
La destrucción total de Polipópolis
 quedó entonces resuelta:
un estilete Tapia me introdujo
por la nariz; para tomar la vuelta,

en la boca me puso una mordaza
que sensación penosa me produjo,
aunque tomé la cosa con cachaza;
y, abierto paso por nariz y boca,
por la nariz pasó de alambre el lazo;
y en la boca (el recuerdo me sofoca)
toda la mano me metió hasta el brazo.
El jefe Birbilín, siempre al acecho,
juzgando aquel momento favorable,
el estanque de pus soltó derecho;
y, junto con la ola formidable
del vómito que Tapia provocara
mi garganta tocando con la mano,
fué tal la inundación, que no bastara
á mudarme toallas y vasijas
el celoso ayudante Tapia hermano;
 ni yo creer pudiera
 que el pobre cuerpo humano
tal cantidad de escorias contuviera.
Me ví ya tan ahogado, tantas veces
el cáliz apurando hasta las heces,
 con la nariz tapada,
 la boca amordazada,
el alambre rasgando mis narices
y rozando mis frescas cicatrices,
 vomitando á torrentes,
el hierro rechinándome en los dientes,
los dedos maniobrando en mi garganta,
mi estómago sufriendo crispaciones,
y accionando entre angustias mis pulmones,
que, sólo en Dios pensando y en mi Santa,
puedo explicarme que aguantar pudiera
el suplicio infernal que padeciera

de algún duo de flautas y violas
que parece flotar sobre las olas
hasta extinguirse en plácido murmullo.
Tal es la voluntad, reina absoluta
que rige y que gobierna la existencia.
hábil ó torpe, cándida ó astuta,
sin otros consejeros
que nuestra inteligencia
que procura alumbrarla en su camino,
sin responder de abismos ni viajeros,
con la luz que le presta la conciencia,
y el corazón, un pobre peregrino
vibrando siempre en plena inexperiencia.
Dijo Bossuet, en acertada frase,
lo de «el hombre se mueve y Dios le guía»;
la voluntad, de nuestros actos base,
es el *Deus in nobis*, que en la vía
del bien nos lanza y nos conduce al cielo,
ó, *diábolus in nobis*, nos desvía
y nos lleva al eterno desconsuelo.
Y, siendo así la voluntad, ¿es mucho
que podamos vencer nuestras pasiones
y anular del dolor las impresiones
que el pobre cuerpo dejan tan pachucho?
No habrá quien, más que yo, de las mujeres
sienta el imán de vil concupiscencia;
pero ¿perder, por eso, en los placeres
que me brindan, la paz de mi conciencia?
Jamás la fruta del cercado ajeno,
dulce y sabrosa y siempre tentadora,
quise tocar; la reputé veneno
y resistí su seducción traidora.
El virginal encanto de un capullo,

de su aroma brindando las primicias,
siempre me enloqueció: tengo el orgullo
de no haberme rendido á sus caricias.
Todo, la voluntad omnipotente
servida por consciente inteligencia;
la noción del deber siempre presente
y austera y limpia siempre la conciencia.
¡Cómo! Porque una hermosa casquivana
presente fácil el sexual acceso
¿voy á ser yo el ratero que se ufana
del hurto que comienza por un beso?
¡Tanto valdría, entonces, gloriarme
de pasar por lujosa joyería
y de cualquier descuido aprovecharme
para hurtar un collar de pedrería!
¡Cómo! Porque una niña candorosa,
maleada tal vez, siempre curiosa,
ofrezca fácil triunfo á mis empeños,
¿voy á ser yo quien turbe sus ensueños
y la haga desgraciada de por vida
porque al pecado de Eva me convida?
¡Tanto valdría, entonces, el alarde
de hacer mío el joyel que me da un niño!
¡Eso es infame y, además, cobarde;
abuso innoble de infantil cariño!
Que «otros lo harán, si la ocasión se ofrece;
y nada sacaré de mi abstinencia».
Quien dice tal (son todos) no merece
ni tener voluntad ni inteligencia.
¡Que lo haga; y allá él! Tendré derecho
á llamarle animal, por su egoísmo;
y yo gozaré el goce, satisfecho,
de haber logrado el triunfo de mí mismo.